

# EL EXTRAÑO CASO DEL DR JECKYLL Y MR HYDE Y OTROS RELATOS DE TERROR

R. L. STEVENSON

## El Dr. Jekyll Y Mr. Hyde

### Historia de la puerta

Mr. Utterson, el abogado, era hombre de semblante adusto jamás iluminado por una sonrisa, frío, parco y reservado en la conversación, torpe en la expresión del sentimiento, enjuto, largo, seco y melancólico, y, sin embargo, despertaba afecto. En las reuniones de amigos y cuando el vino era de su agrado, sus ojos irradiaban un algo eminentemente humano que no llegaba a reflejarse en sus palabras pero que hablaba, no sólo a través de los símbolos mudos de la expresión de su rostro en la sobremesa, sino también, más alto y con mayor frecuencia, a través de sus acciones de cada día. Consigo mismo era austero. Cuando estaba solo bebía ginebra para castigar su gusto por los buenos vinos, y, aunque le gustaba el teatro, no había traspuesto en veinte años el umbral de un solo local de aquella especie. Pero reservaba en cambio para el prójimo una enorme tolerancia, meditaba, no sin envidia a veces, sobre los arrestos que requería la comisión de las malas acciones, y, llegado el caso, se inclinaba siempre a ayudar en lugar de censurar.

—No critico la herejía de Caín —solía decir con agudeza—. Yo siempre dejo que el prójimo se destruya del modo que mejor le parezca.

Dado su carácter, constituía generalmente su destino ser la última amistad honorable, la buena influencia postrera en las vidas de los que avanzaban hacia su perdición y, mientras continuaran frecuentando su trato, su actitud jamás variaba un ápice con respecto a los que se hallaban en dicha situación.

Indudablemente, tal comportamiento no debía resultar difícil a Mr. Utterson por ser hombre, en el mejor de los casos, reservado y que basaba su amistad en una tolerancia sólo comparable a su bondad. Es propio de la persona modesta aceptar el círculo de amistades que le ofrecen las manos de la fortuna, y tal era la actitud de nuestro abogado. Sus amigos eran, o bien familiares suyos, o aquellos a quienes conocía hacía largos años. Su afecto, como la hiedra, crecía con el tiempo y no respondía necesariamente al carácter de la persona a quien lo otorgaba. De esa clase eran sin duda los lazos que le unían a Mr. Richard Enfield, pariente lejano suyo y hombre muy conocido en toda la ciudad. Eran muchos los que se preguntaban qué verían el uno en el otro y qué podrían tener en común. Todo el que se tropezara con ellos en el curso de sus habituales paseos dominica les afirmaba que no decían una sola palabra, que parecían notablemente aburridos y que recibían con evidente agrado la presencia de cualquier amigo. Y, sin embargo, ambos apreciaban al máximo estas excursiones, las consideraban el mejor momento de toda la semana y, para poder disfrutar de ellas sin interrupciones, no sólo rechazaban oportunidades de diversión, sino que resistían incluso a la llamada del trabajo.

Ocurrió que en el curso de uno de dichos paseos fueron a desembocar los dos amigos en una callejuela de uno de los barrios comerciales de Londres. Se trataba de una vía estrecha que se tenía por tranquila pero que durante los días laborables albergaba un comercio floreciente. Al parecer sus habitantes eran comerciantes prósperos que competían los unos con los otros en medrar más todavía dedicando lo sobrante de sus ganancias en adornos y coqueterías, de modo que los escaparates que se alineaban a ambos lados de la calle ofrecían un aspecto realmente tentador, como dos filas de vendedoras sonrientes. Aun los domingos, días en que velaba sus más granados encantos y se mostraba relativamente poco frecuentada, la calleja brillaba en comparación con el deslucido barrio en que se hallaba como reluce una hoguera en la oscuridad del bosque acaparando y solazando la mirada de los transeúntes con sus contraventanas recién pintadas, sus bronce bien pulidos y la limpieza y alegría que la caracterizaban.

A dos casas de una esquina, en la acera de la izquierda yendo en dirección al este, interrumpía la línea de escaparates la entrada a un patio, y exactamente en ese mismo lugar un siniestro edificio proyectaba su alero sobre la calle. Constaba de dos plantas y carecía de ventanas. No tenía sino una puerta en la planta baja y un frente ciego de pared deslucida en la superior. En todos los detalles se adivinaba la huella de un descuido sórdido y prolongado. La puerta, que carecía de campanilla y de llamador, tenía la pintura saltada y descolorida. Los vagabundos se refugiaban al abrigo que ofrecía y encendían sus fósforos, en la superficie de sus hojas, los niños abrían tienda en sus peldaños, un escolar había probado el filo de su navaja en sus molduras y nadie en casi una generación se había preocupado al parecer de alejar a esos visitantes inoportunos ni de reparar los estragos que habían hecho en ella.

Mr. Enfield y el abogado caminaban por la acera opuesta, pero cuando llegaron a dicha entrada, el primero levantó el bastón y señaló hacia ella.

—¿Te has fijado alguna vez en esa puerta? —preguntó. Y una vez que su compañero respondiera afirmativamente, continuó—. Siempre la asocio mentalmente con un extraño suceso.

—¿De veras? —dijo Mr. Utterson con una ligera alteración en la voz—. ¿De qué se trata?

—Verás, ocurrió lo siguiente —continuó Mr. Enfield—. Volví yo en una ocasión a casa, quién sabe de qué lugar remoto, hacia las tres de una oscura madrugada de invierno. Mi camino me llevó a atravesar un barrio de la ciudad en que lo único que se ofrecía literalmente a la vista eran las farolas encendidas. Recorrí calles sin cuento, donde todos dormían, iluminadas como para un desfile y vacías como la nave de una iglesia, hasta que me hallé en ese estado en que un hombre escucha y escucha y comienza a desear que aparezca un policía. De pronto vi dos figuras, una la de un hombre de corta estatura que avanzaba a buen paso en dirección al este, y la otra la de una niña de unos ocho o diez años de edad que corría por una bocacalle a la mayor velocidad que le permitían sus piernas. Pues señor,

como era de esperar, al llegar a la esquina hombre y niña chocaron, y aquí viene lo horrible de la historia: el hombre atropelló con toda tranquilidad el cuerpo de la niña y siguió adelante, a pesar de sus gritos, dejándola tendida en el suelo. Supongo que tal como lo cuento no parecerá gran cosa, pero la visión fue horrible. Aquel hombre no parecía un ser humano, sino un juggernaut horrible. Le llamé, eché a correr hacia él, le atenacé por el cuello y le obligué a regresar al lugar donde unas cuantas personas se habían reunido ya en torno a la niña. El hombre estaba muy tranquilo y no ofreció resistencia, pero me dirigió una mirada tan aviesa que el sudor volvió a inundarme la frente como cuando corriera. Los reunidos eran familiares de la víctima, y pronto hizo su aparición el médico, en cuya búsqueda había ido precisamente la niña. Según aquel matasanos la pobre criatura no había sufrido más daño que el susto natural, y supongo que creerás que con esto acabó todo. Pero se dio una curiosa circunstancia. Desde el primer momento en que le vi, aquel hombre me produjo una enorme repugnancia, y lo mismo les ocurrió, cosa muy natural, a los parientes de la niña. Pero lo que me sorprendió fue la actitud del médico. Respondía éste al tipo de galeno común y corriente. Era hombre de edad y aspecto indefinidos, fuerte acento de Edimburgo y la sensibilidad de un banco de madera. Pues le ocurría lo mismo que a nosotros. Cada vez que miraba a mi prisionero se ponía enfermo y palidecía presa del deseo de matarle. Ambos nos dimos cuenta de lo que pensaba el otro y, dado que el asesinato nos estaba vedado, hicimos lo máximo que pudimos dadas las circunstancias. Le dijimos al caballero de marras que daríamos a conocer su hazaña, que todo Londres, de un extremo al otro, maldeciría su nombre, y que si tenía amigos o reputación sin duda los perdería. Y mientras le fustigábamos de esta guisa, manteníamos apartadas a las mujeres, que se hallaban prestas a lanzarse sobre él como arpías. En mi vida he visto círculo semejante de rostros encendidos por el odio. Y en el centro estaba aquel hombre revestido de una especie de frialdad negra y despectiva, asustado también —se le veía—, pero capeando el temporal como un verdadero Satán.

»"Si desean sacar partido del accidente —nos dijo—, naturalmente me tienen en sus manos. Un caballero siempre trata de evitar el escándalo. Dígan me cuánto quieren: Pues bien, le apretamos las clavijas y le exigimos nada menos que cien libras para la familia de la niña. Era evidente que habría querido escapar, pero nuestra actitud le inspiró miedo y al final accedió. Sólo restaba conseguir el dinero, y, ¿dónde crees que nos condujo sino a ese edificio de la puerta? Abrió con una llave, entró, y al poco rato volvió a salir con diez libras en oro y un talón por valor de la cantidad restante, extendido al portador contra la banca de Coutts y firmado con un nombre que no puedo mencionar a pesar de ser ése uno de los detalles más interesantes de mi historia. Lo que sí te diré es que era un nombre muy conocido y que se ve muy a menudo en los periódicos. La cifra era alta, pero el que había estampado su firma en el talón, si es que era auténtica, era hombre de una gran fortuna. Me tomé la libertad de decirle al caballero en cuestión que todo aquel

asunto me parecía sospechoso y que en la vida real un hombre no entra a las cuatro de la mañana en semejante antro para salir al rato con un cheque por valor de casi cien libras firmado por otra persona. Pero él se mostró frío y despectivo.

»"No tema —me dijo—, me quedaré con ustedes hasta que abran los bancos y pueda cobrar yo mismo ese dinero." Así pues nos pusimos todos en camino, el padre de la niña, el médico, nuestro amigo y yo. Pasamos el resto de la noche en mi casa y a la mañana siguiente, una vez desayunados, nos dirigimos al banco como un solo hombre. Yo mismo entregué el talón al empleado haciéndole notar que tenía razones de peso para sospechar que se trataba de una falsificación. Pues nada de eso. La firma era legítima.

—¡Qué barbaridad! —dijo Mr. Utterson.

—Ya veo que piensas lo mismo que yo —dijo Mr. Enfield—. Sí, es una historia desagradable porque el hombre en cuestión era un personaje detestable, un auténtico infame, mientras que la persona que firmó ese cheque es un modelo de virtudes, un hombre muy conocido y, lo que es peor, famoso por sus buenas obras. Un caso de chantaje, supongo. El del caballero honorable que se ve obligado a pagar una fortuna por un desliz de juventud. Por eso doy a este edificio el nombre de «la casa del chantaje». Aunque aun eso estaría muy lejos de explicarlo todo —añadió. Y dicho esto se hundió en sus meditaciones.

De ellas vino a sacarle Mr. Utterson con una pregunta inopinada.

—¿Y sabes si el que extendió el talón vive ahí?

—Sería un lugar muy apropiado, ¿verdad? —respondió Mr. Enfield—, pero se da el caso de que recuerdo su dirección y vive en no sé qué plaza.

—¿Y nunca has preguntado a nadie acerca de esa casa de la puerta? —preguntó Mr. Utterson.

—Pues no señor, he tenido esa delicadeza —fue la respuesta—. Estoy decididamente en contra de toda clase de preguntas. Me recuerdan demasiado el día del juicio Final. Hacer una pregunta es como arrojar una piedra. Uno se queda sentado tranquilamente en la cima de una colina y allá va la piedra arrastrando otras cuantas a su paso hasta que al final van a dar todas a la cabeza de un pobre infeliz (aquel en quien menos habías pensado) que no se ha movido de su jardín, y resulta que la familia tiene que cambiar de nombre. No señor. Yo siempre me he atenido a una norma: cuanto más raro me parece el caso, menos preguntas hago.

—Sabio proceder, sin duda —dijo el abogado.

—Pero sí he examinado el edificio por mi cuenta —continuó Mr. Enfield—, y no parece una casa habitada. Es la única puerta, y nadie sale ni entra por ella a excepción del protagonista de la aventura que acabo de relatarte. Y eso muy de tarde en tarde. En el primer piso hay tres ventanas que dan al patio. En la planta baja, ninguna. Esas tres ventanas están siempre cerradas aunque los cristales están limpios. Por otra parte de la chimenea sale generalmente humo, así que la casa debe de estar habitada, aunque es difícil asegurarlo dado que los edificios que dan a ese

patio están tan apiñados que es imposible saber dónde acaba uno y dónde empieza el siguiente. Los dos amigos caminaron un rato más en silencio hasta que habló Mr. Utterson.

—Es buena norma la tuya, Enfield —dijo.

—Sí, creo que sí —respondió el otro.

—Pero, a pesar de todo —continuó el abogado—, hay una cosa que quiero preguntarte. Me gustaría que me dijeras cómo se llamaba el hombre que atropelló a la niña.

—Bueno —dijo Mr. Enfield—, no veo qué mal puede haber en decírtelo. Se llamaba Hyde.

—Ya —dijo Mr. Utterson—. ¿Y cómo es físicamente?

—No es fácil describirle. En su aspecto hay algo equívoco, desagradable, decididamente detestable. Nunca he visto a nadie despertar tanta repugnancia y, sin embargo, no sabría decirte la razón. Debe de tener alguna deformidad. Ésa es la impresión que produce, aunque no puedo decir concretamente por qué. Su aspecto es realmente extraordinario y, sin embargo, no podría mencionar un solo detalle fuera de lo normal. No, me es imposible. No puedo describirle. Y no es que no le recuerde, porque te aseguro que es como si le tuviera ante mi vista en este mismo momento.

Mr. Utterson anduvo otro trecho en silencio, evidentemente abrumado por sus pensamientos.

—¿Estás seguro de que abrió con llave? —preguntó al fin.

—Mi querido Utterson —comenzó a decir Enfield, que no cabía en sí de asombro.

—Lo sé —dijo su interlocutor—, comprendo tu extrañeza. El hecho es que si no te pregunto cómo se llamaba el otro hombre es porque ya lo sé. Verás, Richard, has ido a dar en el clavo con esa historia. Si no has sido exacto en algún punto, convendría que rectificaras.

—Deberías haberme avisado —respondió el otro con un dejo de indignación—. Pero te aseguro que he sido exacto hasta la pedantería, como tú sueles decir. Ese hombre tenía una llave, y lo que es más, sigue teniéndola. Le vi servirse de ella no hará ni una semana.

Mr. Utterson exhaló un profundo suspiro pero no dijo una sola palabra. Al poco, el joven continuaba:

—No sé cuándo voy a aprender a callarme la boca —dijo—. Me avergüenzo de haber hablado más de la cuenta. Hagamos un trato. Nunca más volveremos a hablar de este asunto.

—Accedo de todo corazón —dijo el abogado—. Te lo prometo, Richard.

**En busca de Mr. Hyde**

Aquella noche, Mr. Utterson llegó a su casa de soltero sombrío y se sentó a la mesa sin gusto. Los domingos, al acabar de cenar, tenía la costumbre de instalarse en un sillón junto al fuego y ante un atril en que reposaba la obra de algún árido teólogo hasta que el reloj de la iglesia vecina daba las doce, hora en que se iba a la cama tranquilo y agradecido. Aquella noche, sin embargo, apenas levantados los manteles, tomó una vela y se dirigió a su despacho. Una vez allí, abrió la caja fuerte, sacó del apartado más recóndito un sobre en el que se leía «Testamento del Dr. Jekyll» y se sentó con el ceño fruncido a inspeccionar su contenido. El testamento era ológrafo, pues Mr. Utterson, si bien se avino a hacerse cargo de él una vez terminado, se había negado a prestar la menor ayuda en su confección. El documento estipulaba no sólo que tras el fallecimiento de Henry Jekyll, doctor en Medicina y miembro de la Royal Society, todo cuanto poseía fuera a parar a manos de su «amigo y benefactor, Edward Hyde», sino también que, en el caso de «desaparición o ausencia inexplicable del Dr. Jekyll durante un período de tiempo superior a los tres meses», el antedicho Edward Hyde pasaría a disfrutar de todas las pertenencias de Henry Jekyll sin la menor dilación y libre de cargas y obligaciones, excepción hecha del pago de sendas sumas de menor cuantía a los miembros de la servidumbre del doctor.

El testamento venía constituyendo desde hacía tiempo una preocupación para Mr. Utterson. Le molestaba no sólo en calidad de abogado, sino también como amante que era de todo lo cuerdo y habitual por ser hombre para quien lo desusado equivalía, sin más a deshonroso. Y si hasta el momento había sido la ignorancia de quién podía ser ese Mr. Hyde lo que provocara su enojo, ahora, por un súbito capricho del destino, lo que sabía de él era precisamente la causa de su indignación. Malo era ya cuando aquel personaje no constituía sino un nombre del cual nada podía averiguar, pero aún era peor ahora que ese nombre comenzaba a revestirse de atributos detestables. De la neblina movediza e incorpórea que durante tanto tiempo había confundido su vista, saltaba de pronto a primer plano la imagen concreta de un ser diabólico.

«Creí que era locura —se dijo mientras volvía a colocar en la caja el odioso documento—, y me empiezo a temer que sea infamia.» Apagó la vela, se puso el abrigo y se dirigió a la plaza de Cavendish, reducto de la medicina, donde su amigo, el famoso Dr. Lanyon, tenía su casa y recibía a sus numerosos pacientes. «Si alguien sabe algo del asunto, tiene que ser Lanyon», había decidido.

El solemne mayordomo le conocía y le dio la bienvenida. Sin dilación le condujo a la puerta del comedor, donde sentado a la mesa, solo y paladeando una copa de vino, se hallaba el Dr. Lanyon. Era éste un hombre cordial, sano, vivaz, de semblante arrebolado, cabellos prematuramente encanecidos y modales bulliciosos y decididos. Al ver a Mr. Utterson se levantó precipitadamente de su asiento y salió a recibirle tendiéndole ambas manos. Su cordialidad podía resultar quizá un poco

teatral a primera vista, pero respondía a un auténtico afecto. Los dos hombres eran viejos amigos, antiguos compañeros, tanto de colegio como de universidad, se respetaban tanto a sí mismos como mutuamente y, lo que no siempre es consecuencia de lo anterior, gozaban el uno con la compañía del otro.

Tras unos momentos de divagación, el abogado encaminó la charla al tema que tan desagradablemente le preocupaba.

—Supongo, Lanyon —dijo—, que somos los amigos más antiguos que tiene Henry Jekyll.

—Ojalá no lo fuéramos tanto —dijo Lanyon riendo—. Pero sí, supongo que no te equivocas. ¿Y qué es de él? Últimamente le veo muy poco.

—¿De veras? —dijo Utterson—. Creí que os unían intereses comunes.

—Y así es —fue la respuesta—. Pero hace ya más de diez años que Henry Jekyll empezó a complicarse demasiado para mi gusto. Se ha desquiciado mentalmente y aunque, como es natural, sigue interesándome por mor de los viejos tiempos, como suele decirse, lo cierto es que le veo y le he visto muy poco durante estos últimos meses. Todos esos disparates tan poco científicos... —añadió el doctor mientras su rostro adquiría el color de la grana— habrían podido enemistar a Daimon y Pitias.

Aquella ligera explosión de ira alivió en cierto modo a Mr. Utterson. «Difieren solamente en una cuestión científica», se dijo. Y por ser hombre desapasionado con respecto a la ciencia (excepción hecha de lo concerniente a las escrituras de traspaso), llegó incluso a añadir: «¡Pequeñeces». Dio a su amigo unos segundos para que recuperase su compostura y abordó luego el tema que le había llevado a aquella casa.

—¿Conoces a ese protegido suyo, un tal Hyde? —preguntó.

—¿Hyde? —preguntó Lanyon—. No. Nunca he oído hablar de él. Debe de haberle conocido después de que yo dejara de frecuentar su trato.

Ésta fue toda la información que el abogado pudo llevarse consigo al lecho, grande y oscuro, en que se revolió toda la noche hasta que las horas del amanecer comenzaron a hacerse cada vez más largas. Fue aquélla una noche de poco descanso para su cerebro, que trabajó sin tregua enfrentado solo con la oscuridad y acosado por infinitas interrogaciones.

Cuando las campanas de la iglesia cercana a la casa de Mr. Utterson dieron las seis, éste aún seguía meditando sobre el problema. Hasta entonces sólo le había interesado en el aspecto intelectual, pero ahora había captado, o mejor dicho, esclavizado su imaginación, y mientras Utterson se revolvía en las tinieblas de la noche y de la habitación velada por espesos cortinajes, la narración de Mr. Enfield desfilaba ante su mente como una secuencia ininterrumpida de figuras luminosas. Veía primero la infinita sucesión de farolas de una ciudad hundida en la noche, luego la figura de un hombre que caminaba a buen paso, la de una niña que salía corriendo de la casa del médico y cómo al fin las dos figuras se encontraban. Aquel *juggernaut* humano atropellaba a la chiquilla y seguía adelante sin hacer caso de sus



gritos. Otras veces veía un dormitorio de una casa lujosa donde dormía su amigo sonriendo a sus sueños. De pronto la puerta se abría, las cortinas de la cama se separaban y una voz despertaba al durmiente. A su lado se hallaba una figura que tenía poder sobre él, e, incluso a esa hora de la noche, Jekyll no tenía más remedio que levantarse y obedecer su mandato. La figura que aparecía en ambas secuencias obsesionó toda la noche al abogado, que si en algún momento cayó en un sueño ligero, fue para verla deslizarse furtivamente entre mansiones dormidas o moverse cada vez con mayor rapidez hasta alcanzar una velocidad de vértigo, entre los laberintos de una ciudad iluminada por farolas, atropellando a una niña en cada esquina y abandonándola a pesar de sus gritos. Y la figura no tenía cara por la cual pudiera reconocerle. Ni siquiera en sus sueños tenía rostro, y si lo tenía, le burlaba apareciendo un segundo ante sus ojos para disolverse un instante después. Y así fue como surgió de pronto y creció con presteza en la mente del abogado una curiosidad singularmente fuerte, casi incontrolable, de contemplar la faz del verdadero Mr. Hyde. «Si pudiera verle, aunque sólo fuera una vez —pensó—, el misterio se iría disipando y hasta puede que se desvaneciera totalmente como suele suceder con todo acontecimiento misterioso cuando se le examina con detalle. Podría averiguar quizá la razón de la extraña predilección o servidumbre de mi amigo (llámesela como se quiera), y hasta de aquel sorprendente testamento. Al menos, valdría la pena ver el rostro de un hombre sin entrañas, sin piedad, un rostro que sólo tuvo que mostrarse una vez para despertar en la mente del poco impresionable Enfield un odio imperecedero.»

Desde aquel día, empezó Mr. Utterson a rondar la puerta que se abría a la callejuela de las tiendas. Lo hacía por la mañana, antes de acudir a su despacho, a mediodía, cuando el trabajo era mucho y el tiempo escaso, por la noche, bajo la mirada de la luna que se cernía difusa sobre la ciudad. Bajo todas las luces y a todas horas, ya estuviera la calle solitaria o animada, el abogado montaba guardia en el lugar que para tal fin había seleccionado.

—Si él es Mr. Hyde —había decidido—, yo seré Mr. Seek.

Al fin vio recompensada su paciencia. Era una noche clara y despejada, el aire helado, las calles limpias como la pista de un salón de baile. Las luces, inmóviles por la falta de viento, proyectaban sobre el cemento un dibujo regular de claridad y sombra. Hacia las diez, cuando las tiendas estaban ya cerradas, la calleja queda solitaria y, a pesar de que hasta ella llegaran los ruidos del Londres que la rodeaba, muy silenciosa. El sonido más mínimo se oía hasta muy lejos. Los ruidos que procedían del interior de las casas eran claramente audibles a ambos lados de la calle y el rumor de los pasos de los transeúntes precedía a éstos durante largo rato. Mr. Utterson llevaba varios minutos apostado en su puesto, cuando oyó unos pasos, leves y extraños, que se acercaban. En el curso de aquellas vigilancias nocturnas se había acostumbrado al curioso efecto que se produce cuando las pisadas de una persona aún distante se destacaban súbitamente, con toda claridad, del vasto

zumbido y alboroto de la ciudad. Nunca, sin embargo, habían acaparado su atención de forma tan aguda y decisiva, y así fue como se ocultó en la entrada del patio sintiendo un supersticioso presentimiento de triunfo.

Los pasos se aproximaban rápidamente y al doblar la esquina de la calle sonaron de pronto mucho más fuerte. El abogado miró desde su escondite y pronto pudo ver con qué clase de hombre tendría que entenderse. Era de corta estatura y vestía muy sencillamente. Su aspecto, aun a distancia, predispuso automáticamente en su contra al que de tal modo le vigilaba. Se dirigió directamente a la puerta cruzando la calle para ganar tiempo y, mientras avanzaba, sacó una llave del bolsillo con el gesto seguro del que se aproxima a casa.

En el momento en que pasaba junto a él, Mr. Utterson dio un paso adelante y le tocó en el hombro.

—Mr. Hyde, supongo.

Hyde dio un paso atrás y aspiró con un siseo una bocanada de aire. Pero su temor fue sólo momentáneo y, aunque sin mirar directamente a la cara al abogado, contestó con frialdad:

—El mismo. ¿Qué desea?

—He visto que iba a entrar y... —respondió el abogado—. Verá usted, soy un viejo amigo del Dr. Jeckyll. Mr. Utterson, de la calle Gaunt; debe de conocerme de nombre. Al verle llegar tan oportunamente he pensado que quizá me permitiera usted entrar.

—No encontrará al Dr. Jeckyll. Está fuera —respondió Mr. Hyde mientras soplaba en el interior de la llave. Y luego continuó sin levantar la vista.

—¿Cómo me ha reconocido?

—¿Querrá usted hacerme un favor? —preguntó Mr. Utterson.

—Desde luego —replicó el otro—. ¿De qué se trata?

—¿Me permite que le vea la cara? —preguntó el abogado.

Mr. Hyde pareció dudar, pero al fin, como por fruto de una repentina decisión, le miró de frente con gesto de desafío. Los dos hombres se contemplaron fijamente unos segundos.

—Ahora ya podré reconocerle —dijo Mr. Utterson—. Puede serme muy útil.

—Sí —respondió Mr. Hyde—. No está mal que nos hayamos conocido. A propósito. Le daré mi dirección. Y dijo un número de cierta calle del Soho.

—¡Dios mío! —se dijo Mr. Utterson—. ¿Habría estado pensando él también en el testamento?»

Pero se guardó sus temores y se dio por enterado de la dirección con un sordo gruñido.

—Y ahora dígame —dijo el otro—, ¿cómo me ha reconocido?

—Por su descripción —fue la respuesta.

—¿Quién se la dio?

—Tenemos amigos comunes —dijo Mr. Utterson.

—¿Amigos comunes? —repitió Mr. Hyde con cierta aspereza—. ¿Quiénes?

—Jekyll, por ejemplo —dijo el abogado.

—Él no le ha dicho nada —gritó Mr. Hyde en un acceso de ira—. No le creía a usted capaz de mentir.

—Vamos, vamos —dijo Mr. Utterson—. Ese lenguaje no le honra.

Estalló entonces el otro en una carcajada salvaje y un segundo después, con extraordinaria rapidez, había abierto la puerta y desaparecido en el interior de la casa.

El abogado permaneció clavado en el suelo unos momentos. Era la imagen viva de la inquietud. Luego echó a andar calle abajo parándose a cada paso y llevándose la mano a la frente como si estuviera sumido en una profunda duda. El problema con que se debatía mientras caminaba era de esos que difícilmente llegan a resolverse nunca. Mr. Hyde era pequeño, pálido, producía impresión de deformidad sin ser efectivamente contrahecho, tenía una sonrisa desagradable, se había dirigido al abogado con esa combinación criminal de timidez y osadía, y hablaba con una voz ronca, baja, como entrecortada. Todo ello, naturalmente, predisponía en su contra, pero aun así no explicaba el grado, hasta entonces nunca experimentado, de disgusto, repugnancia y miedo de que había despertado en Mr. Utterson. «Debe de haber algo más —se dijo perplejo el caballero—. Tiene que haber algo más, pero este hombre no parece un ser humano. Tiene algo de troglodita, por decirlo así. ¿Nos hallaremos, quizá, ante una nueva versión de la historia del Dr. Fell? ¿O será la mera irradiación de un espíritu malvado que trasciende y transfigura su vestidura de barro? Creo que debe de ser esto último. ¡Mi pobre amigo Henry Jekyll! Si alguna vez he leído en un rostro la firma de Satanás, ha sido en el de tu nuevo amigo.»

Saliendo de la callejuela, a la vuelta de la esquina, había una plaza flanqueada de casas antiguas y de hermosa apariencia, la mayor parte de ellas venidas a menos y divididas en cuartos y aposentos que se alquilaban a gentes de toda clase y condición: grabadores de mapas, arquitectos, abogados de ética dudosa y agentes de oscuras empresas. Una de ellas, sin embargo, la segunda a partir de la esquina, continuaba teniendo un solo ocupante, y ante su puerta, que respiraba un aire de riqueza y comodidad a pesar de estar hundida en la oscuridad, a excepción de la claridad que se filtraba por el montante, Mr. Utterson se detuvo y llamó. Un sirviente bien vestido y de edad avanzada salió a abrirle.

—¿Está en casa el Dr. Jekyll, Poole? —preguntó el abogado.

—Iré a ver, Mr. Utterson —dijo el mayordomo. Mientras hablaba hizo pasar al visitante a un salón grande y confortable, de techo bajo y pavimento de losas, caldeado (según es costumbre en las casas de campo) por un fuego que ardía alegremente en la chimenea y decorado con lujosos armarios de roble.

—¿Quiere esperar aquí junto al fuego, señor, o prefiere que le lleve luz al comedor?

—Esperaré aquí, gracias —dijo el abogado.

Se aproximó después a la chimenea y se apoyó en la alta rejilla que había ante el fuego. Se hallaba en la habitación favorita de su amigo el doctor, una estancia que Utterson no habría tenido el menor reparo en describir como la más acogedora de Londres. Pero esa noche sentía un estremecimiento en las venas. El rostro de Hyde no se apartaba de su memoria. Experimentaba —cosa rara en él— náusea y repugnancia por la vida, y dado el estado de ánimo en que se hallaba, creía leer una amenaza en el resplandor del fuego que se reflejaba en la pulida superficie de los armarios y en el inquieto danzar de las sombras en el techo. Se avergonzó de la sensación de alivio que le invadió cuando Poole regresó al poco rato para anunciarle que Jekyll había salido.

—He visto entrar a Mr. Hyde por la puerta de la antigua sala de disección, Poole —dijo Mr. Utterson—. ¿Le está permitido venir cuando el Dr. Jekyll no está en casa?

—Desde luego, Mr. Utterson —replicó el sirviente—. Mr. Hyde tiene llave.

—Al parecer, su amo confía totalmente en ese hombre, Poole —continuó el otro pensativo.

—Sí, señor, así es —dijo Poole—. Todos tenemos orden de obedecerle.

—No creo haber conocido nunca a Mr. Hyde —observó Utterson.

—¡No, por Dios, señor! Nunca cena aquí —replicó el mayordomo—. De hecho le vemos muy poco en esta parte de la casa. Suele entrar y salir por el laboratorio.

—Bueno, entonces me iré. Buenas noches, Poole.

—Buenas noches, Mr. Utterson.

El abogado se dirigió a su casa presa de gran inquietud. «Pobre Henry Jekyll —se dijo—. Ha debido de tener una juventud desenfrenada. Ciertamente que desde entonces ha pasado mucho tiempo, pero de acuerdo con la ley de Dios, las malas acciones nunca prescriben. Tiene que ser eso, el fantasma de un antiguo pecado, el cáncer de alguna vergüenza oculta. Al fin el castigo llega inexorablemente, *pede claud*, años después de que el delito ha caído en el olvido y nuestra propia estimación ha perdonado ya la falta.»

Y el abogado, asustado por sus pensamientos, meditó un momento sobre su propio pasado rebuscando en los rincones de la memoria por ver si alguna antigua iniquidad saltaba de pronto a la luz como surge un muñeco de resortes del interior de una caja de sorpresas. Pero su pasado estaba hasta cierto punto libre de culpas. Pocos hombres podían pasar revista a su vida con menos temor, y, sin embargo, Mr. Utterson sintió una enorme vergüenza por las malas acciones que había cometido y su corazón se elevó a Dios con gratitud por las muchas otras que había estado a punto de cometer y que, sin embargo, había evitado. Mientras seguía meditando sobre este tema, su mente se iluminó con un rayo de esperanza. «Pero ese Mr. Hyde —se dijo— debe de tener sus propios secretos, secretos negros a juzgar por su aspecto, secretos al lado de los cuales el peor crimen del pobre Jekyll debe brillar como la luz del sol. Las cosas no pueden seguir como están. Me repugna pensar que

ese ser maligno pueda rondar como un ladrón al lado mismo del lecho del pobre Henry. ¡Desgraciado Jekyll! ¡Qué amargo despertar! Y encima, el peligro que corre, porque si ese tal Hyde llega a sospechar de la existencia del testamento, puede impacientarse por heredar. Tengo que hacer algo inmediatamente. Si Jekyll me lo permitiera...» Y luego añadió: «Si Jekyll me permitiera hacer algo...» Porque una vez más veía con los ojos de la memoria, tan claras como la transparencia misma, las raras estipulaciones del testamento.

### **El Dr. Jekyll estaba tranquilo**

Dos semanas después, por una de esas halagüeñas jugadas del destino, el Dr. Jekyll invitó a cenar a cinco o seis de sus mejores amigos, inteligentes todos ellos, de reputación intachable y buenos catadores de vino, y Mr. Utterson pudo ingeniárselas para quedarse a solas con su anfitrión una vez que partieran el resto de los invitados. No era aquello ninguna novedad, sino que, al contrario, había sucedido en innumerables ocasiones. Donde querían a Utterson, le querían bien. Sus anfitriones solían retener al adusto abogado una vez que los despreocupados y los habladores habían traspasado ya el umbral. Gustaban de permanecer un rato en su discreta compañía, practicando la soledad, serenando el pensamiento en el fecundo silencio de aquel hombre tras el dispendio de alegría y la tensión que ésta suponía.

El Dr. Jekyll no era excepción a la regla. Sentado como estaba frente a Utterson delante de la chimenea —era hombre de unos cincuenta años, alto, fornido, de rostro delicado, con una expresión algo astuta, quizá, pero que revelaba inteligencia y bondad—, su mirada demostraba que sentía por su amigo un afecto profundo y sincero.

—Hace tiempo quería hablar contigo, Jekyll —le dijo éste—. ¿Recuerdas el testamento que hiciste? Un buen observador se habría dado cuenta de que el tema no era del agrado del que escuchaba. Pero, aun así, el doctor respondió alegremente.

—¡Mi pobre Utterson! —dijo—. Qué mala suerte has tenido con que sea tu cliente. En mi vida he visto un hombre tan preocupado como tú cuando leíste ese documento, excepto quizá ese fanático de Lanyon ante lo que llama «mis herejías científicas». Ya. Ya sé que es una buena persona. No tienes que fruncir el ceño. Es un hombre excelente y me gustaría verle con más frecuencia. Pero es también un ignorante, un fanático y, sin lugar a dudas, un pedante. Nadie me ha decepcionado nunca tanto como él.

—Tú sabes que nunca he aprobado ese documento —continuó Utterson, haciendo caso omiso de las palabras de su amigo.

—¿Te refieres a mi testamento? Sí, naturalmente, ya lo sé —dijo el doctor ligeramente enojado—. Ya me lo has dicho.

—Pues te lo repito —continuó el abogado—. He averiguado ciertas cosas acerca de Mr. Hyde.

El agraciado rostro del Dr. Jeckyll palideció hasta que labios y ojos se ennegrecieron.

—No quiero oír ni una sola palabra de ese asunto —dijo—. Creí que habíamos acordado no volver a mencionar el tema.

—Lo que me han dicho es abominable —continuó Utterson.

—Eso no cambiará nada. No puedes entender en qué posición me encuentro —contestó el doctor no sin cierta incoherencia—. Me hallo en una situación difícil, Utterson, en una extraña circunstancia de la vida, muy extraña. Se trata de uno de esos asuntos que no se solucionan con hablar.

—Jeckyll —dijo Utterson—, tú me conoces y sabes que soy hombre en quien se puede confiar. Puedes hablarme con toda confianza y no dudes de que podré sacarte del atolladero.

—Mi querido Utterson —dijo el doctor—, tu bondad me conmueve. Eres un excelente amigo y no encuentro palabras con que agradecerte el afecto que me demuestras. Te creo y confiaría en ti antes que en ninguna otra persona, antes, ¡jay!, que en mí mismo si me fuera posible. Pero no se trata de lo que tú imaginas. No es tan grave el asunto. Y sólo para tranquilizar tu corazón te diré una cosa. Puedo deshacerme de ese tal Mr. Hyde en el momento en que lo desee. Te lo prometo. Mil veces te agradezco tu interés y sólo quiero añadir una cosa que, espero, no tomes a mal. Se trata de un asunto personal y no quiero que volvamos a hablar de ello jamás.

Utterson reflexionó unos segundos mirando al fuego.

—Estoy seguro de que tienes razón —dijo al fin poniéndose en pie.

—Pero ya que hemos tocado el tema por última vez —prosiguió el doctor—, hay un punto en el que quiero insistir. Siento un gran interés por ese pobre Hyde. Sé que le has visto, me lo ha dicho, y me temo que estuvo muy grosero contigo. Pero con toda sinceridad te digo que siento un interés enorme por ese hombre y quiero que me prometas, Utterson, que si muero, serás tolerante con él y le ayudarás a hacer valer sus derechos. Estoy seguro de que lo harías si conocieras el caso a fondo. Me quitarás un gran peso de encima si me lo prometes.

—No puedo mentirte diciéndote que será alguna vez persona de mi agrado —dijo el abogado.

—No es eso lo que te pido —suplicó Jeckyll posando una mano sobre el brazo de su amigo—. Sólo quiero justicia. Que le ayudes en mi nombre cuando yo no esté aquí.

Utterson exhaló un irreprimible suspiro.

—Está bien —dijo—. Te lo prometo.

### **El caso del asesinato de Carew**

Casi un año después, en octubre de 18..., todo Londres se conmovió ante un crimen singularmente feroz, crimen aún más notable por ser la víctima hombre de muy buena posición. Lo que se supo fue poco, pero sorprendente. Una criada que vivía sola en una casa no muy lejos del río había subido a su dormitorio hacia las once para acostarse. La niebla solía cernirse sobre la ciudad al amanecer y, por lo tanto, a aquella hora temprana de la noche la atmósfera estaba despejada y la calle a la que daba la ventana de la criada estaba iluminada por la luna. Al parecer era aquella mujer de naturaleza romántica, pues se sentó en un baúl colocado justamente bajo la ventana y allí se perdió en sus ensoñaciones. «Nunca —solía decir entre amargas lágrimas—, nunca me había sentido tan en paz con la humanidad ni había pensado en el mundo con mayor sosiego.»

Y mientras en esta actitud se hallaba acertó a ver a un anciano de porte distinguido y pelo canoso que se acercaba por la calle. Otro caballero de corta estatura, y en el que fijó menos su atención, caminaba en dirección contraria. Cuando ambos hombres se cruzaron (cosa que ocurrió precisamente bajo su ventana) el anciano se inclinó y se dirigió al otro con cortesía. Se diría que el tema de la conversación no revestía gran importancia. De hecho, por la forma en que señalaba, parecía que el anciano pedía indicaciones para llegar a un determinado lugar. La luna se reflejaba en su rostro y la sirvienta se complació en mirarle mientras hablaba. Respiraba caballerosidad, una bondad inocente y, al mismo tiempo, algo muy elevado, como una satisfacción interior ampliamente justificada. Se fijó entonces en el otro hombre y se sorprendió al reconocer en él a un tal Mr. Hyde que en una ocasión había visitado a su amo y por el que había sentido inmediatamente una profunda antipatía. Llevaba en la mano un pequeño bastón con el que jugueteaba nerviosamente. No respondió al anciano una sola palabra y parecía escucharle con impaciencia mal contenida. De pronto estalló con una explosión de ira. Empezó a dar patadas en el suelo y a blandir el bastón en el aire como (según dijo la doncella) preso de un ataque de locura. El anciano dio un paso atrás aparentemente asombrado de la actitud de su interlocutor, y en ese momento Mr. Hyde perdió el control y le golpeó hasta derribarle en tierra. Un segundo después, con la furia de un simio, pisoteaba salvajemente a su víctima cubriéndola con una lluvia de golpes, tan fuertes que la criada oyó el quebrarse de los huesos y el cuerpo fue a parar a la calzada. Ante el horror provocado por la visión y aquellos sonidos, la mujer perdió el sentido.

Eran las dos de la mañana cuando volvió en sí y dio aviso a la policía. El asesino había desaparecido hacía largo tiempo, pero su víctima yacía desarticulada en el centro de la calle. El bastón con que se había cometido el crimen, aunque de una madera poco común, excepcionalmente fuerte y pesada, se había roto por la mitad bajo el impulso de aquella insensata crueldad y una de las mitades había ido a parar a la alcantarilla cercana. La otra, indudablemente, se la había llevado el

asesino. Hallaron en posesión de la víctima una cartera y un reloj de oro, pero ni un solo documento o tarjeta de identificación, a excepción de un sobre lacrado y franqueado que probablemente se disponía a depositar en algún buzón de correos y que iba dirigido a Mr. Utterson.

Se lo llevaron al abogado a la mañana siguiente antes de que se levantara, y no bien hubo fijado en él la mirada y escuchado la narración del caso cuando dijo solemnemente las siguientes palabras:

—No diré nada hasta que haya visto el cadáver. El asunto debe de ser muy serio. Tengan la amabilidad de esperar mientras me visto.

Y con el mismo grave talante, desayunó apresuradamente, subió a su carruaje y se dirigió a la Comisaría de Policía donde se encontraba el cuerpo. Tan pronto como lo vio, asintió:

—Sí —dijo—. Le reconozco. Siento tener que decirles que se trata de Sir Danvers Carew.

—¡Santo cielo! —exclamó el oficial—. ¿Será posible? Al momento reflejó su mirada el destello de la ambición.

—Esto, sin duda, provocará un escándalo —continuó—. Quizá pueda usted ayudarnos a encontrar al criminal.

Dicho esto le informó de las declaraciones de la sirvienta y le mostró la mitad del bastón.

Mr. Utterson se había estremecido ya al oír el nombre de Mr. Hyde, pero cuando vio ante sus ojos aquel trozo de madera ya no pudo dudar más. Aunque roto y maltratado, reconoció en él el bastón que hacía muchos años había regalado a Henry Jekyll.

—¿Es ese Mr. Hyde un hombre de corta estatura? —preguntó.

—Según la criada, es muy bajo y de aspecto desagradable en extremo —dijo el oficial.

Mr. Utterson reflexionó y dijo luego, levantando la cabeza:

—Si quiere acompañarme, puedo conducirlo hasta su casa.

Eran alrededor de las nueve de la mañana y habían comenzado ya las nieblas propias de la estación. Un manto de bruma color chocolate descendía del cielo, pero el viento atacaba y dispersaba continuamente esos vapores formados en orden de batalla, de modo que conforme el coche avanzaba de calle en calle Mr. Utterson pudo contemplar una maravillosa infinidad de grados y matices de una luz casi crepuscular: aquí una oscuridad semejante a lo más recóndito de la noche, allí un destello de marrón intenso vivo como el reflejo de una extraña conflagración. Luego, por un momento, la niebla se disipaba y un débil rayo de luz diurna se abría paso entre inquietos jirones de vapor. El miserable barrio del Soho, visto a la luz de esos destellos cambiantes, con sus calles fangosas, sus transeúntes desalmados y esas farolas que, o no habían apagado todavía, o habían vuelto a encender para combatir esa nueva invasión de la oscuridad, parecía a los ojos del abogado un barrio de



pesadilla. Sus pensamientos eran, por otra parte, de los más sombríos que cabe imaginar, y cuando miraba a su compañero de viaje sentía ese escalofrío de terror que la ley y sus agentes suelen despertar en ocasiones incluso entre los más honrados.

En el momento en que el carruaje se detenía ante la casa indicada, la niebla se disipó ligeramente para mostrar una casa miserable, una taberna, una casa de comidas francesa, un cuchitril donde se vendían cachivaches y baratijas, gran número de niños harapientos acogidos al abrigo de los quicios de las puertas y mujeres de distintas nacionalidades que, llave en mano, se dirigían a tomarse su traguito mañanero.

Pero al momento la niebla volvió a cernirse sobre ese barrio de la ciudad aislando a Mr. Utterson de su mísero entorno. Se hallaban él y su acompañante ante la casa del protegido del doctor Jekyll, el presunto heredero de un cuarto de millón de libras esterlinas.

Abrió la puerta una mujer de cabellos canosos y rostro marfileño. Tenía una expresión maligna temperada por la hipocresía, pero sus modales eran excelentes. Sí, afirmó, aquella era la casa de Mr. Hyde, pero su amo había salido. La noche anterior había vuelto de madrugada para salir de nuevo, una hora después. No, no tenía nada de raro. Mr. Hyde tenía unas costumbres muy irregulares y salía con frecuencia. Por ejemplo, había pasado dos meses sin volver por su casa hasta que regresó la noche anterior.

—Muy bien, entonces condúzcanos a sus aposentos —dijo el abogado. Y cuando la mujer abrió la boca para afirmar que era imposible, continuó—: Será mejor que le informe de la identidad de este caballero. Es el inspector Newcomer, de Scotland Yard.

Un rayo de alborozo abominable iluminó el rostro de la mujer.

—¡Ah! —exclamó—. Se ha metido al fin en un lío, ¿eh? ¿Qué ha hecho?

Mr. Utterson y el inspector intercambiaron una mirada.

—No parece que le tenga mucha estimación —observó el segundo. Y luego continuó—: Y ahora, buena mujer, permítanos que este caballero y yo echemos un vistazo a las habitaciones de su amo.

De toda la casa, habitada únicamente por la anciana en cuestión, Mr. Hyde había utilizado sólo un par de habitaciones que había amueblado con lujo y exquisito gusto. Tenía una despensa llena de vinos, la vajilla era de plata, los manteles delicados; de la pared colgaba una buena pintura, regalo —supuso Utterson— de Henry Jekyll, que era muy entendido en la materia, y las alfombras eran gruesas y de colores agradables a la vista. Todo en aquellos aposentos daba la impresión de que alguien había pasado por ellos a toda prisa revolviendo hasta el último rincón. Diseminadas por el suelo había prendas de vestir con los bolsillos vueltos hacia fuera, los cajones estaban abiertos y en la chimenea había un montón de cenizas grisáceas que revelaban que alguien había estado quemando un montón de papeles.

De entre estos restos desenterró el inspector la matriz de un talonario de cheques de color verde que se había resistido a la acción del fuego. Detrás de la puerta encontraron la otra mitad del bastón y, dado que esto confirmaba sus sospechas, el policía se mostró encantado del hallazgo. Una visita al banco, donde averiguaron que el presunto asesino tenía depositados en su cuenta varios miles de libras, acabó de satisfacer la curiosidad del inspector Newcomer.

—Se lo aseguro, caballero —dijo a Mr. Utterson—. Puede usted darle por preso. Debe de haber perdido la cabeza o no habría dejado la mitad de su bastón en un sitio tan fácil de encontrar. Y lo que es más importante, no habría quemado el talonario de cheques. Dinero es precisamente lo que más va a necesitar en estos momentos. No tenemos más que esperar a que se pase por el banco y proceder a su detención.

Pero esto último no resultó tan fácil como el policía se las prometía. Mr. Hyde tenía muy pocos conocidos —incluso el amo de la criada que había presenciado el crimen le había visto sólo un par de veces— y no fue posible localizar a ninguno de sus familiares. No existían, por otra parte, fotografías suyas, y los pocos que pudieron describirle dieron versiones contradictorias sobre su apariencia, como suele ocurrir cuando se trata de observadores no profesionales. Sólo coincidieron todos en un punto. En destacar esa vaga sensación de deformidad que el fugitivo despertaba en todo el que le veía.

### **El incidente de la carta**

Era ya avanzada la tarde cuando Mr. Utterson llegó a casa del doctor Jekyll, donde Poole le admitió al punto y le condujo a través de las dependencias de servicio y del patio que antes fuera jardín hasta el edificio que se conocía indiferentemente con los nombres de laboratorio o sala de disección. El doctor había comprado la casa a los herederos de un famoso cirujano y, por encaminarse sus gustos más hacia la química que hacia la anatomía, había cambiado el destino de la construcción que se alzaba al fondo del jardín.

Era la primera vez que el abogado pisaba esa parte de la vivienda de su amigo. Fijó la vista con curiosidad en aquel sombrío edificio sin ventanas y, una vez dentro de él, paseó la mirada a su alrededor experimentando una desagradable sensación de extrañeza al ver aquella sala de disección antes poblada de estudiantes ávidos de entender y ahora solitaria y silenciosa, las mesas cargadas de aparatos destinados a la investigación química, las cajas de madera y la paja de embalar diseminadas por el suelo y la luz que se filtraba a través de la cúpula nebulosa. Al fondo, una escalera subía hasta una puerta tapizada de fieltro rojo cuyo umbral traspuso al fin Mr. Utterson para entrar al gabinete del doctor. Era ésta una habitación grande rodeada de armarios de puertas de cristal y amueblada, entre otras cosas, con un espejo de cuerpo entero y un escritorio. Se abría al patio por medio de tres ventanas de vidrios

polvorientos y protegidas con barrotes de hierro. Un fuego ardía en la chimenea y sobre la repisa había una lámpara encendida, pues hasta en el interior de las casas comenzaba a acumularse la niebla.

Allí, al calor del fuego, estaba sentado el doctor Jekyll, que parecía mortalmente enfermo. No se levantó para recibir a su amigo, sino que le saludó con un gesto de la mano y una voz irreconocible.

—Dime —dijo Mr. Utterson tan pronto como Poole abandonó la habitación—. ¿Sabes la noticia?

El doctor se estremeció.

—La han estado gritando los vendedores de periódicos por la calle. La he oído desde el comedor.

—Permíteme que te diga lo siguiente —dijo el abogado—: Carew era cliente mío, pero también lo eres tú y quiero que me digas la verdad de lo sucedido. ¿Has sido lo bastante loco como para ocultar a ese hombre?

—Utterson, te juro por el mismo Dios —exclamó el doctor—, te juro por lo más sagrado, que no volveré a verle nunca más. Te doy mi palabra de caballero de que he terminado con Hyde para el resto de mi vida. Nunca volveré a verle. Y te aseguro que él no desea que le ayude. No le conoces como yo. Está a salvo, totalmente a salvo, y nunca se volverá a saber de él.

El abogado escuchaba, sombrío. No le gustaba la apariencia enfebrecida de su amigo.

—Pareces estar muy seguro de él —dijo—. Por tu bien deseo que no te equivoques. Si hay un juicio, tu nombre puede salir a relucir en él.

—Estoy completamente seguro de lo que digo —replicó Jekyll—. Tengo razones de peso para hacer esta afirmación, razones que no puedo confiar a nadie. Pero sí hay una cosa sobre la que puedes aconsejarme. He recibido una carta y no sé si mostrársela o no a la policía. Quiero dejar el asunto en tus manos, Utterson. Tú juzgarás con prudencia, estoy seguro. Ya sabes que confío plenamente en ti.

—Jemes que pueda conducir a su detención? —preguntó el abogado.

—No —respondió su interlocutor—. La verdad es que no me importa lo que pueda sucederle a Hyde. Por lo que a mí respecta, ha muerto. Pensaba sólo en mi reputación, que todo este horrible asunto ha puesto en peligro.

Utterson rumió las palabras de su amigo durante unos instantes. El egoísmo que encerraban le sorprendía y aliviaba al mismo tiempo.

—Bueno —dijo al fin—. Veamos esa carta.

La misiva estaba escrita con una caligrafía extraña, muy picuda, y llevaba la firma de Edward Hyde. Decía en términos muy concisos que su benefactor, el doctor Jekyll, a quien tan mal había pagado las mil generosidades que había tenido con él, no debía preocuparse por su seguridad, pues tenía medios de escapar, de los cuales podía fiarse totalmente. Al abogado le gustó la carta. Daba a aquella intimidación

mejores visos de lo que él había sospechado y se censuró interiormente por sus pasadas sospechas.

—¿Tienes el sobre? —preguntó.

—Lo he quemado —replicó Jekyll— sin darme cuenta de lo que hacía. Pero no llevaba matasellos. La trajo un mensajero.

—¿Puedo quedármela y consultar el caso con la almohada? —preguntó Utterson.

—Quiero que decidas por mí, pues he perdido toda confianza en mí mismo.

—Lo pensaré —respondió el abogado—. Y ahora una cosa más. ¿Fue Hyde quien te dictó los términos del testamento con respecto a tu desaparición?

El doctor estuvo a punto de desmayarse. Apretó los labios con fuerza y asintió.

—Lo sabía —dijo Utterson—. Ese hombre tenía intención de asesinarte. Te has librado de milagro.

—Pero de esta experiencia he sacado algo muy importante —contestó el doctor solemnemente—. Una lección. ¡Dios mío, Utterson, qué lección he aprendido!

Dicho esto hundió el rostro entre las manos durante unos segundos.

Camino de la puerta, el abogado se detuvo a intercambiar unas palabras con Poole.

—A propósito —le dijo—, ¿han traído hoy alguna carta? ¿Podría describirme al mensajero?

Pero Poole dijo estar seguro de que no había llegado nada, a excepción del correo.

—Y eran sólo circulares —añadió.

La respuesta de Poole renovó los temores del visitante. Estaba claro que la misiva había llegado por la puerta del laboratorio. Muy posiblemente había sido escrita en el gabinete y, de ser así, tenía que juzgarla de modo distinto y con mucho más cuidado. Cuando salió de la casa, los vendedores de prensa pregonaban por las aceras: «¡Edición especial! ¡Miembro del Parlamento, víctima de un horrible asesinato!» Aquella era una oración fúnebre por su amigo y cliente, y, al oírla, Utterson no pudo evitar sentir cierto temor de que la reputación de Jekyll cayera víctima del remolino que indudablemente había de levantar el escándalo. La decisión que tenía que tomar era, como poco, extremadamente delicada, y a pesar de ser hombre que, en general, se bastaba a sí mismo, en aquella ocasión sintió la necesidad de pedir consejo, si no abiertamente, sí de modo indirecto.

Al poco rato se encontraba en su casa sentado a un lado de la chimenea, con Mr. Guest, su pasante, frente a él, y entre los dos hombres, a calculada distancia del fuego, una botella de vino particularmente añejo que durante mucho tiempo había permanecido en la oscuridad de la bodega. La niebla sumergía en su vapor dormido a la ciudad de Londres, donde las luces de las farolas brillaban como carbúnculos. A través de las nubes espesas y asfixiantes que se cernían sobre ella, la vida seguía circulando por sus arterias con un retumbar sordo semejante a un fuerte viento. Pero

el fuego del hogar alegraba la habitación, dentro de la botella los ácidos se habían descompuesto a lo largo de los años, el color se había dulcificado con el tiempo como se difuminan los tonos en las vidrieras y el resplandor de las cálidas tardes otoñales en los viñedos de las laderas esperaba para salir a la luz y dispersar las nieblas londinenses. Insensiblemente, el abogado se fue ablandando. En pocos hombres confiaba tantos secretos como en su pasante. Nunca estaba seguro de ocultarle tanto como deseara. Guest había ido en varias ocasiones por asuntos de negocios a casa del doctor. Conocía a Poole, seguramente había oído hablar de la familiaridad con que Hyde era recibido en aquella casa y podía haber llegado a ciertas conclusiones. ¿No era natural, pues, que viera la carta que aclaraba aquel misterio? Y sobre todo, por ser Guest un gran aficionado a la grafología, ¿no consideraría la consulta natural y halagadora? Su empleado era, por añadidura, hombre dado a los consejos. Raro sería que leyera el documento sin dejar caer alguna observación, y con arreglo a ella Mr. Utterson podría tomar alguna determinación.

—Es triste lo que le ha sucedido a Sir Danvers —dijo para iniciar la conversación.

—Sí señor, tiene usted mucha razón. Ha despertado la indignación general —respondió Guest—. Ese hombre, naturalmente, debe de estar loco.

—Sobre eso precisamente quería preguntarle su opinión —dijo Utterson—. Tengo un documento aquí de su puño y letra. Que quede esto entre usted y yo porque la verdad es que no sé qué hacer. Se trata, en el mejor de los casos, de un asunto muy feo. Aquí tiene. Algo que sin duda va a interesarle. El autógrafo de un asesino.

Los ojos de Guest resplandecieron, e inmediatamente se sentó a estudiar el documento con verdadera pasión.

—No señor —dijo—. No está loco. Pero la letra es muy rara.

—Tan rara como el que ha escrito la misiva —añadió el abogado.

En ese mismo momento entró el criado con una nota.

—¿Es del doctor Jekyll, señor? —preguntó el pasante—. Me ha parecido reconocer su letra. ¿Se trata de un asunto privado, Mr. Utterson?

—Es una invitación a cenar. ¿Por qué? ¿Quiere verla?

—Sólo un momento. Gracias, señor.

El empleado puso las dos hojas de papel, una junto a otra, y comparó su contenido meticulosamente.

—Muchas gracias —dijo al fin, devolviéndole a Utterson ambas misivas—. Es muy interesante.

Se hizo una pausa durante la cual Mr. Utterson sostuvo una lucha consigo mismo.

—¿Por qué las ha comparado, Guest? —preguntó al fin.

—Verá usted, señor —respondió el pasante—. Hay una similitud bastante singular. Las dos caligrafías son idénticas en muchos aspectos. Sólo el sesgo de la escritura difiere.

—¡Qué raro! —dijo Utterson.

—Como usted dice, es muy raro —replicó Guest.

—Yo no hablaría con nadie de esta carta, ¿sabe usted? —dijo Mr. Utterson.

—Naturalmente que no, señor —contestó el pasante—. Comprendo.

Apenas se quedó solo aquella noche, Mr. Utterson guardó la nota en su caja fuerte, donde reposó desde aquel día en adelante.

—¡Dios mío! —se dijo—. ¡Henry Jekyll falsificando una carta para salvara un asesino!

Y la sangre se le heló en las venas.

### **La extraña aventura del doctor Lanyon**

Pasó el tiempo. Se ofrecieron miles de libras de recompensa a cambio de cualquier información que pudiera conducir a la captura del asesino, pues la muerte de Sir Danvers se consideró una afrenta pública, pero Mr. Hyde había escapado al alcance de la policía como si nunca hubiese existido. Se desveló gran parte de su pasado, todo él abominable. Salieron a la luz historias de la crueldad de aquel hombre a la vez insensible y violento, de su vida infame, de sus extrañas amistades, del odio que, al parecer, le había rodeado siempre, pero nada se averiguó acerca de su paradero. Desde aquella madrugada en que había salido de su casa del Soho, parecía que se había evaporado en el aire, y gradualmente, conforme pasaba el tiempo, Mr. Utterson fue olvidando sus antiguos temores y recuperando la paz interior. La muerte de Sir Danvers estaba, a su entender, más que compensada por la desaparición de Mr. Hyde.

Una vez desvanecida esta mala influencia, una nueva vida comenzó para Jekyll. Salió de su encierro, reanudó la amistad que le unía a viejos compañeros, fue una vez más huésped y anfitrión y, si bien siempre había sido famoso por sus obras de beneficencia, ahora se distinguió también por su devoción. Estaba siempre ocupado, salía mucho y hacía el bien. Su rostro parecía de pronto más fresco y resplandeciente, como si interiormente se diera cuenta de que era útil, y durante dos meses vivió en paz.

El día 8 de enero, Mr. Utterson comió en su casa con un pequeño grupo de invitados. Lanyon estuvo también presente y los ojos del anfitrión iban del uno al otro como en los viejos tiempos, cuando los tres amigos eran inseparables. Pero el día 13, y de nuevo el 14, el abogado no fue recibido en la casa.

—El doctor quiere estar solo —dijo Poole—. No recibe a nadie.

El día 15 volvió a intentarlo, y de nuevo se le negó la entrada. Por haberse acostumbrado durante los dos últimos meses a ver a su amigo casi a diario, esta vuelta a la soledad le entristeció sobremanera. A la quinta noche invitó a cenar a Guest, y a la sexta fue a ver a Lanyon.

Al menos allí se le abrieron las puertas, pero apenas hubo entrado se sorprendió al ver el cambio que había tenido lugar en el rostro de su amigo. Llevaba impresa en la cara, de forma claramente legible, su sentencia de muerte. El hombre antes arrebolado parecía ahora pálido, había adelgazado mucho, estaba visiblemente más calvo y envejecido y, sin embargo, no fueron estas muestras de decadencia física las que atrajeron la atención del abogado, sino la mirada de su amigo, algo en sus gestos que parecía revelar un terror profundamente arraigado. Era poco probable que el doctor tuviera miedo a la muerte y, sin embargo, eso fue lo que Mr. Utterson se inclinó a sospechar.

«Sí —se dijo—, es médico. Debe de saber el estado en que se halla, debe de saber que sus días están contados. Y ese conocimiento es superior a sus fuerzas.»

Y, sin embargo, cuando Utterson hizo una referencia a su mal aspecto, Lanyon se declaró con gran entereza un hombre condenado a muerte.

—He sufrido un golpe del que no me repondré ya jamás —dijo—. Es cuestión de semanas. La vida ha sido agradable. He disfrutado viviendo, sí señor. Me ha gustado. Pero a veces pienso que si supiéramos todo, no nos importaría tanto abandonar este mundo.

—Jekyll también está enfermo —observó Utterson—. ¿Le has visto?

Lanyon cambió de expresión y levantó una mano temblorosa.

—No quiero ver nunca más a Jekyll ni volver a hablar de él —dijo en voz alta y entrecortada—. He terminado totalmente con esa persona y te ruego que no vuelvas u mencionar su nombre en mi presencia. Por lo que a mí respecta, ha muerto.

—¡Vaya por Dios! —dijo Utterson. Y luego, tras una pausa de duración considerable—: ¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó—. Nos conocemos desde hace muchos años, Lanyon, y ya no estamos en edad de hacer amistades nuevas.

—No puedes hacer nada —contestó Lanyon—. Ve a preguntarle a él.

—No quiere verme —dijo el abogado.

—No me sorprende lo más mínimo —fue la respuesta—. Algún día, Utterson, cuando yo haya muerto, quizá llegues a saber la verdad de lo ocurrido. Ahora no puedo decírtelo. Y mientras tanto, si puedes hablar de otra cosa, por todo lo que más quieras, quédate y hablemos; pero si te empeñas en insistir en ese maldito asunto, en nombre de Dios, vete, porque no puedo soportarlo.

Tan pronto como llegó a su casa, Utterson se sentó a su escritorio y escribió a Jekyll una carta en que se quejaba de su distanciamiento y le preguntaba la causa de su rompimiento con Lanyon. Al día siguiente recibió una larga respuesta redactada en términos unas veces patéticos y otras oscuramente misteriosos. El rompimiento con Lanyon era, al parecer, irreversible.

«No culpo a nuestro viejo amigo —decía Jekyll en la misiva—, pero comparto con él la opinión de que no debemos volver a vernos. He decidido llevar de ahora en adelante una vida de extremo aislamiento. No debes sorprenderte ni dudar de mi amistad si mi puerta se te cierra algunas veces. Debes tolerar que siga mi oscuro camino. Me he propiciado un castigo que no puedo siquiera mencionar. Pero si soy el mayor de los pecadores, también soy el mayor de los penitentes. No sospechaba yo que en la tierra hubiera lugar para tanto sufrimiento y tanto terror. No puedes hacer sino una cosa, Utterson, que es respetar mi silencio.»

El abogado quedó asombrado. La siniestra influencia de Hyde había desaparecido. Jekyll había vuelto a sus viejas tareas y amistades. Hacía sólo una semana todo parecía sonreírle con la promesa de una vejez alegre y respetada y ahora, en un momento, la amistad, la paz interior, su vida entera estaba destruida. Un cambio tan súbito y radical apuntaba a la locura, pero recordando las palabras y actitud de Lanyon, pensó que la razón debía de ser mucho más profunda.

Una semana después, el doctor Lanyon caía enfermo y en menos de una quincena había fallecido. Pocas horas después del entierro, Utterson, extraordinariamente afectado por el suceso, se encerró en su despacho, y sentado a la luz de la melancólica llama de una vela sacó y puso ante él un sobre escrito por su difunto amigo y lacrado con su sello, en el cual se leían las siguientes palabras: «Personal. Para G. J. Utterson exclusivamente, y, en caso de que él muera antes que yo, para que sea destruido sin que nadie lo lea». El abogado temió fijar la vista en su contenido: «Hoy he enterrado a un amigo —se dijo—. ¿Y si este documento me cuesta otro?».

Inmediatamente juzgó su temor deslealtad y rompió el sello. Dentro del sobre halló otro que llevaba la siguiente inscripción: «No abrir hasta después del fallecimiento o desaparición de Henry Jekyll». Utterson no deba crédito a sus ojos. Sí, decía «desaparición». Aquí, como en el extraño testamento que hacía tiempo había devuelto a su autor, aparecían ligados el nombre de Henry Jekyll y la idea de desaparición. Pero en el testamento la palabra había surgido de la perversa influencia de ese hombre llamado Hyde; la intención en ese caso era clara y siniestra. Pero escrita por la mano de Lanyon, ¿qué podía significar? Una enorme curiosidad invadió al abogado; un enorme deseo de desoír la prohibición y hundirse de una vez en lo más profundo del misterio, pero la ética profesional y la fidelidad que debía a su viejo amigo constituían un deber ineludible, y así fue como el paquete, continuó relegado al rincón más recóndito de su caja fuerte.

Pero una cosa es mortificar la curiosidad y otra vencerla, y cabe preguntarse, por lo tanto, si desde aquel día en adelante Utterson deseó la compañía de su amigo con el mismo entusiasmo de antes. Pensaba en él con afecto, pero también con una mezcla de intranquilidad y temor. Iba a visitarle, naturalmente, pero quizá se alegraba cuando se le cerraba la puerta. Quizá en el fondo de su corazón prefiriera hablar con Poole en el umbral de la puerta y al aire libre rodeado de los ruidos de la



ciudad que entrar en aquella casa donde sería testigo de una esclavitud voluntaria, donde se sentaría a hablar con un recluso inescrutable.

Poole, por su parte, nunca tenía noticias muy agradables que comunicarle. El doctor, al parecer, se refugiaba, ahora más que nunca, en el gabinete del piso superior del laboratorio, donde incluso dormía algunas noches. Estaba triste, se había vuelto muy callado y ya no leía. Parecía preocupado por algo. Utterson se acostumbró de tal modo a estos partes que poco a poco fueron escaseando sus visitas.

### **El episodio de la ventana**

Ocurrió que un domingo en que el señor Utterson daba su acostumbrado paseo con el señor Enfield, volvieron a recorrer aquella callejuela y, al pasar ante la puerta, ambos se detuvieron a contemplarla.

—Bueno —dijo Mr. Enfield—, al menos la historia ha terminado. Nunca volveremos a ver a Hyde.

—Eso espero —dijo Utterson—. ¿Te he dicho alguna vez que acerté a verle una vez y que sentí la misma sensación de repugnancia de que me habías hablado?

—Es imposible verle sin experimentarla —respondió Enfield—. Y a propósito, debiste juzgarme estúpido por no haberme dado cuenta de que esta puerta es la entrada posterior de la casa de Jekyll.

—Así que te has enterado, ¿eh? —dijo Utterson—. Pues en vista de eso, creo que podemos entrar al patio y mirar a las ventanas. Si he de decirte la verdad, ese pobre Jekyll me tiene preocupado. Aunque sea en la calle, creo que la presencia de un amigo puede hacerle mucho bien.

En el patio hacía mucho frío y un poco de humedad. Lo inundaba una luz prematuramente crepuscular, pues en el cielo, muy lejano, resplandecía aún el sol del atardecer. De las tres ventanas, la del centro estaba entreabierta, y sentado muy cerca de ella, tomando el aire, con un semblante infinitamente triste, como un prisionero desconsolado, Utterson vio al doctor Jekyll.

—¿Qué hay, Jekyll? —exclamó—. Confío en que estés mejor.

—Me encuentro muy abatido, Utterson —replicó melancólicamente el doctor—. Muy abatido. No duraré mucho, gracias a Dios.

—Es de tanto estar encerrado —dijo el abogado—. Deberías salir a la calle, estimular la circulación como hacemos Enfield y yo. (Mi primo, Mr. Enfield, el doctor Jekyll.) Vamos, coge tu sombrero y ven a estirar un poco las piernas con nosotros.

—Eres muy amable —dijo el otro, con un suspiro—. No sabes cuánto me gustaría, pero no. Es imposible. No me atrevo. Pero me alegro de verte, Utterson. Es siempre un gran placer. Os diría que subierais a Mr. Enfield y a ti, pero éste no es lugar para recibir visitas.

—Entonces —dijo de buen talante el abogado—, lo mejor que podemos hacer es quedarnos donde estamos y hablar contigo desde aquí.

—Eso es precisamente lo que estaba a punto de proponerte —respondió el doctor, con una sonrisa. Pero apenas había proferido estas palabras, cuando la sonrisa se borró de su rostro y vino a sustituirla una expresión de un horror y una desesperanza tan abyectos que heló la sangre en las venas a los dos caballeros del patio. Fue sólo un atisbo lo que vieron, porque la ventana se cerró inmediatamente. Pero fue más que suficiente. Se volvieron y salieron a la calle sin decir palabra. Todavía en silencio recorrieron la callejuela, y sólo cuando llegaron a una calle vecina, donde a pesar de ser domingo bullían signos de vida, Mr. Utterson se volvió y miró a su compañero. Los dos hombres estaban inmensamente pálidos y cada uno halló en los ojos del otro la respuesta al horror que reflejaban los suyos.

—¡Que el señor se apiade de nosotros! —dijo Mr. Utterson.

Pero Mr. Enfield se limitó a asentir con gran seriedad y siguió andando en silencio.

### **La última noche**

Eseñor Utterson estaba sentado junto a su chimenea una noche después de la cena, cuando le sorprendió la visita de Poole.

—¡Caramba, Poole! ¿Qué le trae por aquí? —exclamó.

Y luego, tras estudiarle con detenimiento, añadió:

—¿Qué pasa? ¿Está enfermo el doctor?

—Mr. Utterson —dijo el mayordomo—. Ocurre algo extraño.

—Siéntese y tome una copa de vino —dijo el abogado—. Vamos a ver. Póngase cómodo y dígame claramente qué es lo que quiere.

—Usted ya sabe cómo es el doctor, señor —replicó Poole—, y cómo a veces se aísla de todos. Pues verá, ha vuelto a encerrarse en su gabinete y esta vez no me gusta, señor. Que Dios me perdone, pero no me gusta nada. Mr. Utterson, tengo miedo.

—Vamos, vamos, buen hombre —dijo el abogado—. Sea un poco más explícito. ¿De qué tiene miedo?

—Hace como una semana que vengo temiéndome algo —respondió Poole, haciendo caso omiso tercamente de la pregunta— y no puedo aguantarlo más. El aspecto de aquel hombre corroboraba ampliamente sus palabras. Su porte se había deteriorado y, a excepción del momento en que anunció su miedo por primera vez, no había mirado de frente ni una sola vez al abogado. Aun ahora permanecía sentado, con la copa de vino, que no había probado, apoyada en las rodillas y la mirada fija en un rincón de la habitación.

—No puedo soportarlo por más tiempo —repitió.

—Vamos, vamos —dijo el abogado—. Ya veo que tiene usted motivo para preocuparse, Poole. Entiendo que pasa algo muy grave. Trate de decirme de qué se trata.

—Creo que en esto hay algo sucio —dijo Poole con voz enronquecida.

—¡Algo sucio! —exclamó el abogado bastante asustado y, en consecuencia, propenso a la irritación—. ¿Qué quiere decir con eso? ¿A qué se refiere usted?

—No me atrevo a decírselo, señor —fue la respuesta—. Pero, ¿quiere venir conmigo y verlo con sus propios ojos?

La respuesta de Utterson consistió en levantarse y tomar su abrigo y su sombrero, pero aun así tuvo tiempo de observar con asombro el enorme alivio que reflejó el rostro del mayordomo y de constatar, quizá con un asombro mayor todavía, que no había probado el vino cuando se levantó para seguirle. Era una noche inhóspita, fría, propia del mes de marzo que corría. Una luna pálida yacía de espaldas sobre el cielo como si el viento la hubiera tumbado, náufraga en un mar surcado por nubes ligeras y algodonas. El viento dificultaba la conversación y atraía la sangre a los rostros de los dos hombres. Parecía haber hecho huir a los transeúntes hasta tal punto que Mr. Utterson se dijo que jamás había visto aquel barrio tan desierto. Habría deseado que no fuera así. Nunca en su vida había sentido un deseo más agudo de ver y tocar a sus semejantes, pues por más que trataba de dominarlo había brotado en su mente una especie de presentimiento que anunciaba una catástrofe inevitable.

En la plaza, cuando llegaron a ella, reinaban el viento y el polvo, y los frágiles arbolillos del jardín azotaban como látigos la verja de la entrada. Poole, que se había mantenido durante todo el camino un paso o dos a la cabeza de su acompañante, se detuvo ahora en medio de la acera y, a pesar de la crudeza del frío, se quitó el sombrero y se enjugó con un pañuelo rojo el sudor que perlaba su frente, un sudor que, a pesar del apresuramiento con que habían venido, no era consecuencia del esfuerzo, sino dula angustia que le atenazaba, porque su rostro estaba blanco, y cuando hablaba lo hacía con voz áspera y entrecortada.

—Bueno —dijo—, ya hemos llegado. Quiera Dios que no haya pasado nada.

—Así sea, Poole —dijo el abogado.

Un momento después, ya en la entrada, el sirviente llamó con aire cauteloso. La puerta se abrió todo lo que permitía la cadena de seguridad y una vez preguntó desde el interior:

—¿Eres tú, Poole?

—No temas —dijo éste—. Abre la puerta.

Pasaron al salón, que estaba brillantemente iluminado. El fuego ardía en la chimenea, alrededor de la cual se habían reunido todos los criados, hombres y mujeres, apiñados como un rebaño de ovejas. Al ver a Mr. Utterson, la doncella prorrumpió en un gimoteo histérico, mientras que el cocinero echó a correr hacia Mr. Utterson como si fuera a estrecharle entre sus brazos, gritando:

—¡Que Dios sea alabado! ¡Si es Mr. Utterson!

—¿Qué pasa? ¿Qué hacen ustedes aquí? —dijo el abogado, de mal talante—. Esto me parece muy irregular. A su amo no va a gustarle nada.

—Tienen miedo —dijo Poole.

Siguió un silencio vacío en que nadie elevó una sola protesta. Sólo la doncella, que ahora lloraba en voz alta.

—¡Cállate! —le dijo Poole en un tono feroz que delataba el estado de sus nervios.

Lo cierto es que al elevar la muchacha el tono de su lamentación, todos habían echado a correr hacia la puerta que daba al interior de la casa con rostros llenos de temerosa ansiedad.

—Y ahora —continuó el mayordomo, dirigiéndose al pinche— trae una vela y acabemos con este asunto de una vez.

A renglón seguido, pidió a Mr. Utterson que le siguiera y le guió al jardín posterior.

—Por favor, señor —dijo—. Entre lo más silenciosamente que pueda. Quiero que pueda oír sin que le oigan a usted. Y recuerde; si por casualidad le pide que entre, no lo haga.

Ante esta inesperada conclusión, los nervios de Utterson sufrieron tal sacudida que a punto estuvo de perder el equilibrio, pero logró recobrar la seguridad y siguió al mayordomo al edificio del laboratorio. Atravesaron la sala de disección con su acumulación de frascos y cajones y llegaron al pie de la escalera. Allí Poole le hizo señas de que se hiciera a un lado y escuchase, mientras él, por su parte, después de dejar la vela y apelar a toda su valentía, subía los escalones y llamaba con mano incierta en el fieltro rojo de la puerta del gabinete.

—Mr. Utterson quiere verle, señor —dijo. Y mientras hablaba hizo señas, una vez más, al abogado para que escuchara.

Una voz quejumbrosa respondió desde el interior:

—Dile que no puedo ver a nadie.

—Gracias, señor —dijo Poole, con un cierto tono de triunfo en la voz, y volviéndose a tomar la palmatoria condujo de nuevo a Utterson, a través del jardín, hasta la enorme cocina donde el fuego estaba apagado y las cucarachas corrían libremente por el suelo.

—Señor —dijo, mirando directamente a Utterson—, ¿era ésa la voz de mi amo?

—Parecía muy cambiada —replicó al mayordomo muy pálido, pero devolviéndole la mirada.

—¿Cambiada? Sí, supongo que sí —dijo Poole—. ¿Cree usted que después de servir en esta casa veinte años puedo confundir su voz? No señor, al amo le han matado. Le mataron hace ocho días, cuando le oímos invocar a Dios, y quién está ahí en su lugar y por qué está ahí es algo que clama al cielo, Mr. Utterson.

—Es una historia muy extraña, Poole. Más bien diría que descabellada —dijo Mr. Utterson mordisqueando la punta de uno de sus dedos—. Supongamos que haya ocurrido lo que usted imagina; supongamos que Jekyll ha sido, bien, digámoslo claramente, asesinado, ¿qué podría impulsar al asesino a permanecer en el lugar del crimen? Es absurdo. No tiene sentido.

—Mr. Utterson, usted es hombre difícil de convencer, pero verá cómo lo consigo —dijo Poole—. Toda la semana pasada (debo informarle de ello) el hombre, o lo que sea, que vive en ese gabinete ha estado pidiendo a gritos noche y día una medicina que no puedo conseguir en la forma que él desea. A veces mi amo solía escribir sus encargos en un papel que dejaba en el suelo de la escalera. Pues eso es todo lo que he visto la semana pasada: papeles y más papeles, una puerta cerrada y bandejas con comida que dejamos junto a la puerta y él introduce en el gabinete cuando nadie le ve. Diariamente, y hasta dos o tres veces por día, he oído órdenes y quejas y me ha mandado a la mayor velocidad posible a todas las boticas de la ciudad donde se expende al por mayor. Cada vez que traía lo que me pedía, me respondía con otro papel diciéndome que devolviera la droga porque no era pura, y enviándome a otra botica diferente. Necesita esa medicina urgentemente, señor, él sabrá para qué.

—¿Tiene usted alguno de esos papeles? —dijo Mr. Utterson.

Poole se metió una mano en el bolsillo y le entregó al abogado una nota arrugada que éste leyó, inclinándose sobre la vela. Decía lo siguiente: «El doctor Jekyll saluda a los señores Maw. Les asegura que la última remesa del producto solicitado es impura y, por lo tanto, inútil para el fin a que lo destine. En el año de 18..., el doctor Jekyll compró a los señores Maw una gran cantidad del mencionado producto. Les ruega que busquen con la mayor atención entre sus existencias con el fin de ver si quedara parte de aquella remesa en sus almacenes y, de ser así, se lo envíen sin la menor dilación. El precio no constituirá ningún obstáculo. Por mucho que insista, no puedo exagerar la importancia que esto reviste para el doctor Jekyll». Hasta aquí la carta había sido redactada con compostura, pero de pronto las emociones de su autor se habían desatado con un súbito garrapatear de la pluma: «¡Por lo que más quieran, busquen aquella remesa!».

—Es una nota muy extraña —dijo Mr. Utterson. Y luego, de improviso, añadió —: ¿Cómo es que estaba abierta?

—El empleado de Maw se puso furioso, señor, y me la arrojó a la cara como si fuera basura —respondió Poole.

—Es, sin lugar a dudas, de puño y letra del doctor —continuó el abogado.

—Eso me pareció —dijo el sirviente, bastante malhumorado. Y luego, con la voz cambiada, continuó—: Pero, ¿qué importa la letra? Yo le he visto.

—¿Que le ha visto? —repitió el señor Utterson—. ¿Y bien?

—Verá usted, ocurrió lo siguiente —dijo Poole—. Yo entré al edificio del laboratorio desde el jardín. Al parecer, él había salido del gabinete a hurtadillas para

buscar esa medicina o lo que sea, porque la puerta del gabinete estaba abierta y él se hallaba al fondo de la sala de disección buscando entre las cajas. No le vi más que un minuto, pero los cabellos se me erizaron como púas. Señor, si era mi amo, ¿por qué llevaba el rostro oculto tras una máscara? Si era el doctor, ¿por qué gritó como una rata y huyó de mí? Le he servido durante muchos años. Y luego...

El mayordomo se interrumpió y se pasó una mano por el rostro.

—Las circunstancias son muy extrañas —dijo Mr. Utterson—, pero creo que empiezo a ver claro. Su amo, Poole, padece evidentemente de una de esas enfermedades que torturan al que las sufre y al mismo tiempo le deforman. De ahí, supongo yo, la alteración de su voz, el ocultarse el rostro y el hecho de que no quiera ver a sus amigos; de ahí su ansiedad por hallar esa medicina en la que el pobre hombre ha puesto sus esperanzas de recuperación. Ojalá que no se engañe. Ésa es la explicación que yo le doy al caso. Es triste, Poole, el caso, y digno de consternación, pero todo es sencillo, natural y lógico, y nos libera de temores desorbitados.

—Señor —dijo el mayordomo, mientras cubría su rostro una palidez marmórea—, ése no era mi amo, y le digo la verdad. Mi amo —al llegar a este punto miró a su alrededor y comenzó a susurrar— es un hombre alto y bien proporcionado, y éste era un enano.

Utterson trató de protestar.

—Señor —exclamó Poole—, ¿cree que no conozco a mi amo después de veinte años de estar a su servicio? ¿Cree que no sé a qué altura llega exactamente su cabeza con respecto a la puerta del gabinete donde le he visto cada mañana durante este tiempo? No señor. Ese hombre del antifaz no era el doctor Jekyll. Dios sabe quién sería, pero no era él, y en el fondo de mi corazón creo que se ha cometido un crimen.

—Poole —replicó el abogado—. Si usted afirma eso, mi deber es asegurarme. Por más que quiero respetar los deseos de su amo, por más que me choque esa nota que parece indicar que se halla todavía vivo, considero mi deber echar abajo esa puerta.

—¡Así se habla, Mr. Utterson! —exclamó el mayordomo.

—Y ahora nos enfrentamos con el segundo dilema —continuó Utterson—. ¿Quién va a hacerlo?

—¿Cómo? Usted y yo, naturalmente, señor —fue la inequívoca respuesta.

—Muy bien dicho —respondió el abogado—, y pase lo que pase yo me encargo de que no le culpen a usted de nada.

—En la sala de disección hay un hacha —dijo Poole—. Usted puede utilizar el atizador de la cocina.

El abogado tomó en sus manos el rudo y pesado instrumento y lo blandió en el aire.

—¿Se da cuenta, Poole —dijo, levantando la vista—, de que usted y yo vamos a colocarnos en una situación peligrosa?

—Desde luego, señor —respondió el mayordomo.

—Entonces será mejor que seamos francos —dijo Utterson—. Ambos imaginamos más de lo que hemos dicho. Hablemos con toda sinceridad. Esa figura enmascarada que vio, ¿la reconoció usted?

—Verá. Sucedió todo tan deprisa y aquella criatura estaba tan encogida sobre sí misma que apenas puedo asegurarlo —fue la respuesta—. Pero, ¿quiere usted decir que si era Mr. Hyde? Pues sí, creo que sí. Verá. Era de su misma estatura y tenía la vivacidad y ligereza que le caracterizan. Por otra parte, ¿qué otra persona podía entrar por la puerta del laboratorio? ¿Ha olvidado usted, señor, que cuando suce

dió el crimen él aún tenía la llave? Pero eso no es todo. No sé, Mr. Utterson, si ha visto usted alguna vez a Mr. Hyde.

—Sí —dijo el abogado—. He hablado con él alguna vez.

—Entonces sabrá tan bien como todos nosotros que en ese hombre había algo raro, algo que inspiraba repugnancia. No sé muy bien cómo describirlo, pero lo cierto es que al verlo le recorría a uno la médula un estremecimiento frío.

—Reconozco que yo mismo experimenté una sensación similar a la que usted describe —dijo Mr. Utterson.

—No me extraña, señor —contestó Poole—. Pues cuando esa criatura enmascarada, más semejante a un simio que a un hombre, saltó de entre las cajas de productos químicos y se introdujo en el gabinete, me recorrió la columna vertebral algo muy semejante al hielo. Sé que no prueba nada, Mr. Utterson. Soy lo bastante instruido como para saber eso, pero cada hombre tiene sus presentimientos, y yo le juro por la Biblia que ése era Mr. Hyde.

—Mucho me temo —dijo el abogado— que me inclino a darle la razón y que mis temores van también en esa dirección. De esa relación no podía salir nada bueno. Sí, la verdad es que le creo. Creo que han matado al pobre Harry y creo que su asesino sigue aún oculto en el cuarto de la víctima, Dios sabe con qué fines. Pues bien, nosotros le vengaremos. Llame usted a Bradshaw.

El lacayo acudió a la llamada extremadamente pálido y nervioso.

—Tranquilícese, Bradshaw —dijo el abogado—. Este misterio les está afectando mucho a todos, pero nuestro propósito es solucionar este asunto. Poole y yo vamos a entrar por la fuerza en el gabinete. Si no ha ocurrido nada, yo cargaré con toda la responsabilidad. Mientras tanto, por si algo va mal o alguien trata de escapar por la puerta trasera, usted y el pinche se apostarán junto a la entrada del laboratorio armados con un par de garrotes. Les damos diez minutos para que acudan a sus puestos.

En el momento en que salió Bradshaw, el abogado miró su reloj.

—Y ahora, Poole, vamos nosotros al nuestro —dijo, y colocándose el atizador bajo el brazo se dirigió al jardín. Las nubes habían cubierto la luna y reinaba una oscuridad absoluta. El viento, que penetraba a ráfagas y golpes en aquel edificio que semejaba un pozo oscuro, hacía oscilar la llama de la vela al paso de los dos hombres hasta que entraron en el edificio del laboratorio, en cuyo interior se sentaron a

esperar en silencio. Londres zumbaba solemnemente a su alrededor, pero allí cerca sólo rompía el silencio el sonido de unos pasos que recorrían sin cesar el gabinete.

—Así está todo el día, señor —susurró Poole—, y casi toda la noche. Sólo se detiene cuando llega una nueva muestra de la botica. Es la conciencia, que no le deja descansar. En cada paso de los suyos hay sangre cruelmente derramada. Pero oiga otra vez con atención, escuche con toda su alma y dígame si es ése el andar del doctor.

Los pasos sonaban extraños, preñados de cierto brío a pesar de su lentitud. Eran, evidentemente, muy distintos del andar recio y pesado de Henry Jekyll. Utterson suspiró.

—¿Ha ocurrido algo más? —preguntó. Poole asintió.

—Un día —dijo—, un día le oí llorar.

—¿Llorar? ¿Qué me dice? —exclamó el abogado sintiendo un súbito escalofrío de terror.

—Lloraba como una mujer o un alma en pena —dijo el mayordomo—. Me inspiró tal lástima que a punto estuve de llorar yo también.

Pero los diez minutos llegaron a su fin. Poole desenterró el hacha, que estaba cubierta por un montón de paja de embalar, depositó la palmatoria sobre una mesa cercana para que les iluminara en el curso del ataque y los dos hombres se acercaron conteniendo la respiración al lugar donde esos pies pacientes seguían recorriendo el gabinete de arriba abajo, de abajo arriba, en medio del silencio de la noche.

—Jekyll —dijo Utterson, en voz muy alta—. Exijo que me abras inmediatamente.

Hizo una pausa durante la cual no hubo respuesta.

—Te advierto que abrigamos sospechas. Tengo que verte y te veré —continuó —, si no por las buenas, por las malas; si no con tu consentimiento, por la fuerza.

—Utterson —dijo la voz—, por Dios te lo pido. Ten piedad.

—Ésa no es la voz de Jekyll, es la de Hyde —exclamó Utterson—. Echemos la puerta abajo, Poole.

El mayordomo blandió el hacha. El golpe conmovió el edificio y la puerta tapizada de fieltro rojo saltó contra la cerradura y los goznes. Un gruñido desmayado de terror animal surgió del gabinete. Otra vez se elevó el hacha y otra vez descargó el golpe. El filo se hundió en la madera y crujió el marco de la puerta. Cuatro veces cayó el hacha, pero la puerta era fuerte y estaba bien hecha. Hasta el quinto golpe no se reventó la cerradura y la puerta, astillada, cayó al interior de la habitación, sobre la alfombra.

Los sitiadores, asustados del ruido que habían provocado y del silencio que sucediera a éste, dieron un paso atrás y miraron hacia el interior. Ante sus ojos estaba el gabinete iluminado por la serena luz de una lámpara. Un buen fuego crepitaba en la chimenea, en la tetera el hervor del agua entonaba su tenue canción, un cajón o dos abiertos, unos documentos cuidadosamente extendidos sobre el escritorio y,



junto al hogar, el juego de té preparado para ser utilizado. A no ser por las vitrinas de cristal llenas de productos químicos, se diría que era la habitación más tranquila y normal de todo Londres.

En el centro del gabinete yacía el cuerpo de un hombre contorsionado por el dolor y que aún se retorció espasmódicamente. Se acercaron a él de puntillas, le dieron la vuelta y se hallaron ante el rostro de Edward Hyde. Llevaba un traje demasiado grande para él, un traje de la talla del doctor. Los músculos de su rostro se movían aún débilmente, pero la vida le había abandonado ya, y de la ampolla que aferraba en su mano y el fuerte olor a almendras que flotaba en la habitación, Utterson dedujo que se hallaban ante el cuerpo de un suicida.

—Hemos llegado demasiado tarde —dijo gravemente— para salvar o para castigar. Hyde ha dado cuenta de sus acciones y a nosotros sólo nos resta encontrar el cadáver de su amo, Poole.

Ocupaba la mayor parte de aquel edificio el quirófano o sala de disección que llenaba casi la totalidad de la planta baja y estaba iluminado desde el techo y desde el gabinete. Este último formaba al fondo un segundo piso y sus ventanas se abrían al patio. Unía el quirófano con la puerta que daba al callejón un pequeño corredor que comunicaba a su vez con el gabinete por medio de un segundo tramo de escalones. Constaba además el edificio de unos cuantos cuartos oscuros y un espacioso sótano. Todo ello fue debidamente registrado. Una sola mirada bastó para examinar los cuartos, que estaban vacíos y que, a juzgar por el polvo acumulado en sus puertas, no habían sido abiertos en largo tiempo. El sótano estaba lleno de trastos y cachivaches inservibles, la mayoría de los cuales habían pertenecido al cirujano que precediera a Jekyll en la posesión del edificio, pero pronto se dieron cuenta de que era inútil registrarlo, pues no bien abrieron la puerta cayó sobre ellos una espesa cortina de tela de araña que durante años había sellado la entrada. En ninguna parte hallaron el menor rastro de Henry Jekyll, ni vivo ni muerto.

Poole dio unos golpes con el pie sobre las losas del corredor.

—Tiene que estar enterrado aquí —dijo, mientras escuchaba atentamente.

—O quizá haya huido —dijo Utterson, que, a renglón seguido, se volvió para examinar la puerta que daba al callejón. Estaba cerrada, y muy cerca de ella, sobre las losas, hallaron la llave cubierta ya de moho.

—No parece que la hayan usado en mucho tiempo —observó el abogado.

—¿Usarla? —dijo Poole como un eco—. ¿No ve, señor, que está rota? Como si alguien la hubiera partido con el pie.

—Es verdad —continuó Utterson—, y los lugares por donde se ha quebrado están también oxidados.

Los dos se miraron con el temor en los ojos.

—No logro entenderlo, Poole —dijo el abogado—. Volvamos al gabinete.

Subieron la escalera en silencio y, no sin arrojar de vez en cuando una medrosa mirada al cadáver, emprendieron un meticuloso registro de la habitación. Sobre una

mesa en que se había efectuado algún experimento químico había, en unos platillos de cristal, sendos montones de una sal de color blanco cuidadosamente medidos y como dispuestos para algún menester que el infortunado doctor no había tenido tiempo de llevar a cabo.

—Ésta es la medicina que yo le traía continuamente —dijo Poole, y mientras hablaba, el agua que hervía junto al fuego rebosó del recipiente con un sonido que les estremeció.

El incidente les atrajo a la chimenea. Alguien había acercado al fuego un sillón que ofrecía un aspecto extraordinariamente acogedor, con el servicio de té muy próximo a uno de sus brazos y todo preparado, hasta tal punto que el azúcar esperaba ya en la taza. En un estante había varios libros y otro yacía, abierto, junto al servicio de té. Utterson se sorprendió al ver que se trataba de una obra de devoción que Jekyll tenía en gran estima y que ahora estaba cuajada de horribles blasfemias que mostraban la caligrafía del doctor.

Los dos hombres continuaron el registro de la habitación y llegaron ante el espejo de cuerpo entero al fondo del cual miraron con involuntario horror. Pero estaba colocado de tal modo que no mostraba sino el resplandor rosado que danzaba en el techo, el fuego cien veces reflejado en las lunas de cristal de los armarios y sus rostros, pálidos y temerosos, asomados a su interior.

—Este espejo ha visto cosas muy extrañas, señor —susurró Poole.

—La más extraña de todas es, sin duda, este espejo mismo —respondió el abogado en el mismo tono—. Porque, ¿para qué querría Jekyll (y al pronunciar este nombre se calló estremecido, aunque al momento, sobreponiéndose a su debilidad, continuó), para qué querría Jekyll este espejo?

—Tiene usted razón —dijo Poole.

Examinaron después el escritorio. En primer plano, entre los papeles cuidadosamente ordenados que lo cubrían, se hallaba un sobre escrito por Jekyll y dirigido a Mr. Utterson. El abogado lo abrió y varios sobres más pequeños cayeron al suelo. El primero contenía un documento redactado en los mismos términos que el que Utterson había devuelto a su amigo hacía ya seis meses y que debía servir como testamento en caso de muerte y como acta de donación en caso de desaparición, pero en lugar del nombre de Edward Hyde el abogado leyó con indescriptible asombro el nombre de Gabriel John Utterson. Miró a Poole, otra vez al documento y, finalmente, al cuerpo del malhechor que yacía sobre la alfombra.

—No entiendo una sola palabra —dijo—. Este hombre ha estado aquí todos estos días como amo y señor. No tenía motivo para abrigar ninguna simpatía hacia mí; al contrario, debe de haber rabiado al verse reemplazado en el testamento y, sin embargo, no lo ha destruido.

Cogió el siguiente documento. Se trataba de una breve nota de puño y letra del doctor y encabezada por la fecha del día en curso.

—¡Poole! —exclamó el abogado—. ¡Hoy mismo ha estado aquí! No pueden haber hecho desaparecer su cuerpo en tan poco tiempo. Puede estar vivo, puede haber huido. Pero, ¿por qué tenía que huir? Y en caso de que lo haya hecho, ¿podemos aventurarnos a calificar a esto de suicidio? Hemos de obrar con extrema cautela. Preveo que su amo aún pueda verse complicado en un terrible escándalo.

—¿Por qué no la lee, señor? —preguntó Poole.

—Porque tengo miedo —replicó gravemente el abogado—. Dios quiera que sea infundado.

Tras decir esto fijó la vista en el documento y leyó lo siguiente:

*«Mi querido Utterson: Cuando esta nota llegue a tus manos, habré desaparecido. No puedo predecir bajo qué circunstancias, pero mi instinto y lo desesperado de mi situación me dicen que el final está próximo y debe ocurrir pronto. Lee primero el escrito que Lanyon me avisó iba a poner en tus manos, y si quieres saber más acude a la confesión de tu indigno y desgraciado amigo,*

*Henry Jekyll»*

—¿Hay un tercer documento? —preguntó Utterson.

—Aquí tiene, señor —dijo Poole, mientras le alargaba un sobre de dimensiones considerables lacrado en varios lugares.

El abogado se lo metió en el bolsillo.

—Yo no hablaría a nadie de este documento. Si su amo ha huido o ha muerto, al menos podemos salvar su reputación. Son las diez. Tengo que ir a casa para leer todo esto con tranquilidad, pero volveré antes de la medianoche y llamaremos a la policía.

Salieron cerrando la puerta del quirófano tras ellos, y Utterson, dejando una vez más a toda la servidumbre reunida en torno a la chimenea del salón, volvió a su despacho para leer los dos documentos con los que esperaba quedara aclarado el misterio.

### **La narración del doctor Lanyon**

El 9 de enero, hace hoy cuatro días, recibí en el correo de la tarde un sobre certificado escrito por mi colega y compañero de estudios Henry Jekyll. El hecho me sorprendió en sumo grado, pues no teníamos costumbre de comunicarnos por correspondencia. Le había visto e incluso había cenado con él la noche anterior y no había motivo alguno que justificara la formalidad de certificar la misiva. Mi sorpresa aumentó al leerla, pues decía lo siguiente:

«10 de diciembre de 18...

»Mi querido Lanyon:

»Eres uno de mis amigos más antiguos y, aunque a veces hemos diferido con respecto a cuestiones científicas, no recuerdo, al menos por mi parte, que por ello haya disminuido nunca un ápice el afecto

que nos une. No ha habido un solo día en que si tú me hubieras dicho: "Jekyll, mi vida, mi honor, mi razón dependen de ti", yo no habría dado mi mano derecha por ayudarte. Pues bien, Lanyon, mi vida, mi honor, mi razón dependen de ti. Si tú no me ayudas, estoy perdido. Supondrás, tras leer este prefacio, que voy a pedirte que hagas algo deshonesto. Juzga por ti mismo.

»Quiero que aplaces cualquier compromiso que tengas para esta noche, sea cual fuere, aunque se trate de acudir junto al lecho de un emperador. Que tomes un coche, a menos que esté tu carruaje esperándote a la puerta, y que con esta misiva en la mano vayas directamente a mi casa. He dado a Poole, el mayordomo, las órdenes oportunas. A tu llegada le encontrarás esperándote en compañía de un cerrajero. Forzaréis la puerta de mi gabinete, entrarás en él tú solo, abrirás la vitrina situada a mano izquierda, la que va señalada con la letra E, saltando la cerradura si es que la encuentras cerrada con llave, y sacarás *con todo su contenido tal y como lo encuentres* el cuarto cajón empezando por arriba, que es el tercero a partir del último de abajo. En mi extrema angustia, tengo un pánico morboso a equivocarme al darte las instrucciones, pero aun si me equivoco sabrás que es el cajón de que te hablo por su contenido, que consiste en unos polvos, una ampolla y un cuaderno.

»Te ruego que te lleves ese cajón a la plaza de Cavendish tal como lo encuentres.

»Ésa es la primera parte del favor. Paso a detallar la segunda. Si sigues mis instrucciones, nada más recibir esta misiva, te hallarás de vuelta en tu casa mucho antes de la medianoche. Quiero dejar un margen de tiempo suficiente, no sólo por temor de que surja uno de esos obstáculos que no pueden ni evitarse ni preverse, sino también porque lo que te resta por hacer es preferible que lo hagas a una hora en que la servidumbre se halle ya acostada.

»A medianoche, por lo tanto, te pido que estés solo en tu sala de consulta, que abras por ti mismo la puerta a un hombre que se presentará en mi nombre y que le entregues el cajón que habrás sacado de mi gabinete. Con esto me habrás hecho un gran favor y tendrás mi eterna gratitud. Cinco minutos después, si insistes en recibir una explicación, habrás comprendido que dichas acciones eran de capital importancia y que, de omitir cualquiera de ellas, por fantásticas que puedan parecerse, pesaría sobre tu conciencia mi muerte o la pérdida de mi razón.

»Aunque confío en que no dudarás en atender mi ruego, mi corazón se angustia y mi mano tiembla sólo de pensar en tal posibilidad. Quiero que sepas que en estos momentos estoy en un lugar extraño hundido en una pesadumbre que ni la imaginación más descabellada podría concebir, sabedor, sin embargo, de que si

atiendes puntualmente mi ruego, mis cuitas serán cosa del pasado como la historia que el narrador termina y los oyentes olvidan. Atiende mi petición, querido Lanyon, y ayúdame.

»Tu amigo,

H. J.

»Postdata: Ya había cerrado el sobre cuando un nuevo horror se adueñó de mi espíritu. Es posible que el correo se retrase y que esta misiva no llegue hasta mañana por la mañana. En ese caso, mi querido Lanyon, haz lo que te pido en el momento del día en que te sea más conveniente y espera a mi mensajero a la medianoche de mañana. Es posible que para entonces sea ya demasiado tarde. Si la noche pasa sin que recibas la visita de mi enviado, sabrás que ya nunca volverás a ver a Henry Jekyll.»

Cuando acabé de leer esta carta llegué al convencimiento de que mi amigo se había vuelto loco, pero hasta que el hecho quedara demostrado sin sombra de duda, me sentí obligado a hacer lo que me pedía. Si no entendía una palabra de todo ese farrago, menos podía juzgar su importancia; pero, naturalmente, no podía desoír un ruego redactado en esos términos sin grave responsabilidad por mi parte.

Así pues, me levanté de la mesa, tomé un coche y me dirigí directamente a casa de Jekyll. Su mayordomo esperaba mi llegada. Había recibido en el mismo correo que yo una carta certificada con las instrucciones y al punto había enviado a buscar a un cerrajero y un carpintero. Uno y otro llegaron mientras el mayordomo y yo seguíamos hablando, y los cuatro nos dirigimos como un solo hombre al quirófano, que constituye el camino más directo (como sin duda recordarás) al gabinete privado de Jekyll. La puerta era maciza y la cerradura excelente. El carpintero nos aseguró que haría un gran destrozo si empleaba la fuerza y el cerrajero se desesperó al ver la magnitud de la tarea que le esperaba. Pero por suerte era hombre mañoso, y después de dos horas de aplicarse al trabajo con ahínco, logró abrir la puerta. La vitrina marcada con la letra E no estaba cerrada con llave. Saqué el cajón en cuestión, hice que lo rellenaran de paja y lo envolvieran en una sábana y regresé con él a la plaza de Cavendish.

Allí examiné su contenido. Los sobrecitos que contenían los polvos estaban bastante bien hechos, pero no con la meticulosidad que caracteriza a un farmacéutico profesional, de lo que deduje que los había fabricado el mismo Jekyll, y al abrir uno de los sobres hallé que contenían lo que me parecieron simples sales cristalinas de color blanco. La ampolla en la que concentré después mi atención estaba llena aproximadamente hasta la mitad de un líquido color rojo sangre de olor muy penetrante y que, a mi entender, consistía en fósforo y un éter volátil. Qué otros

ingredientes podía contener, no sabría decirlo. El cuaderno era de los más corrientes, y apenas había escrito en él más que una serie de fechas.

Abarcaban éstas un período de muchos años, pero observé que las anotaciones se interrumpían en una fecha correspondiente al año anterior y de una manera muy abrupta. De vez en cuando había junto a la fecha una breve anotación consistente por lo general en una sola palabra, «doble», que aparecía sólo unas seis veces entre cientos de fechas. En una ocasión, al comienzo de la lista, decía entre varios signos de exclamación: «¡¡¡Fracaso total!!!»

Todo esto, aunque naturalmente espoleó mi curiosidad, me dijo muy poca cosa en definitiva. Tenía en mis manos una ampolla que contenía determinada solución y las anotaciones relativas a una serie de experimentos que no habían conducido (como tantas de las investigaciones que había emprendido Jekyll) a ninguna utilidad práctica. ¿Cómo podía afectar la presencia de tales objetos en mi casa al honor, la cordura o la vida de mi arrebatado colega? Si el hombre que me enviaba a modo de mensajero podía venir a mi casa, ¿por qué no podía ir igualmente a la suya? Y si había algún motivo que le impidiera hacerlo, ¿por qué tenía que recibirle yo en secreto?

Cuanto más reflexionaba más me convencía de que me hallaba ante un caso de enfermedad mental, y aunque efectivamente mandé a la servidumbre que se retirara, cargué mi pistola para hallarme en disposición de defenderme si llegaba el caso de hacerlo.

Apenas acababan de dar las doce en los relojes de Londres cuando sonó quedamente el llamador de la puerta. Acudí a abrir y hallé a un hombre de corta estatura agazapado entre las columnas del pórtico.

—¿Viene usted de parte del doctor Jekyll? —le pregunté.

Me respondió que sí con un ademán cohibido, y cuando le rogué que pasara no lo hizo sin antes lanzar una mirada por encima del hombro hacia la oscuridad de la plaza. A poca distancia pasaba un policía con la linterna encendida y me pareció que, al verlo, mi visitante se sobresaltaba y se apresuraba a pasar al interior.

Confieso que estos detalles me sorprendieron desagradablemente y que mantuve en todo momento la mano sobre la culata del arma mientras le seguía hacia la sala de consulta, que estaba brillantemente iluminada. Allí al menos pude contemplarle a mis anchas. Era la primera vez que le veía, de eso estaba seguro. Como ya he dicho, era de corta estatura. Me sorprendió además en él la expresión extraña de su rostro, la rara combinación de actividad muscular y aparente debilidad de constitución y, finalmente, pero no en menor grado, el extraño malestar que causaba su proximidad. Provocaba algo semejante a un escalofrío incipiente al que acompañaba una notable disminución del pulso. En aquel momento lo achaqué a una repugnancia puramente natural y de idiosincrasia, y simplemente me asombré ante lo agudo de los síntomas. Pero desde entonces he hallado motivos suficientes para creer que la causa era mucho más profunda, que se enraizaba en la naturaleza

misma del hombre y que respondía a algo mucho más noble que el simple principio del odio. Aquel hombre (que desde el momento en que había traspuesto el umbral de la puerta había despertado en mí una curiosidad llena de disgusto) iba vestido de tal modo que habría hecho reír a una persona normal. El traje que llevaba, aunque de un tejido sobrio y elegante, le venía enormemente grande allá por donde se le mirase. Llevaba los bajos de los pantalones enrollados para que no le arrastrasen por el suelo, la cintura de la chaqueta le quedaba por debajo de las caderas y las solapas le resbalaban por los hombros. Por raro que parezca, esta extraña indumentaria no movía a risa. Muy al contrario, por haber algo de anormal y contrahecho en la esencia misma de la criatura que tenía ante mis ojos —algo que chocaba, sorprendía y repugnaba—, esa disparidad parecía encajar con su personalidad y reforzarla de tal modo que a mi interés por la naturaleza y carácter de aquel hombre vino a añadirse la curiosidad con respecto a su origen, su vida, su fortuna y la posición que ocupaba en el mundo.

Todas estas reflexiones que tanto tiempo me ha llevado describir desfilaron por mi mente en el espacio de pocos segundos. Animaba sin duda a mi visitante el fuego de una excitación sombría.

—¿Lo tiene? —exclamó—. ¿Lo tiene?

Y tan fuerte era su impaciencia que hasta posó una mano sobre mi brazo y trató de sacudirlo. Yo le rechacé al notar en mis venas algo así como un latido helado.

—Caballero —le dije—, olvida usted que no tengo el placer de conocerle. Siéntese, haga el favor.

Para darle ejemplo, me instalé yo mismo en mi sillón acostumbrado y traté de adoptar la actitud que habría mostrado con cualquiera de mis pacientes hasta el grado que me lo permitía lo avanzado de la hora, la naturaleza de mis preocupaciones y el horror que me inspiraba el visitante.

—Le ruego me disculpe, doctor Lanyon —replicó, ya de mejor talante—. Tiene usted mucha razón en lo que dice. Pero mi impaciencia se ha impuesto a mis modales. He venido a instancia de su colega, el doctor Henry jeckyll, con un encargo de considerable importancia, y según tengo entendido... —hizo una pausa, se llevó una mano a la garganta y constaté que, a pesar de su aparente calma, luchaba contra un inminente ataque de histeria—, según tengo entendido —continuó—, hay cierto cajón...

Al llegar a este punto me compadecí de la angustia de mi visitante y quizá también de mi curiosidad creciente.

—Ahí lo tiene, caballero —dije señalando el cajón que se hallaba en el suelo, detrás de una mesa, aún cubierto por la sábana.

Se acercó a él de un salto. Luego se detuvo y se llevó una mano al corazón. Oí rechinar sus dientes por la acción convulsiva de su mandíbula y su rostro adquirió una expresión tan abyecta que temí tanto por su vida como por su razón.

—Cálmese usted —le dije.

Él me lanzó una sonrisa siniestra y, con la decisión que es fruto de la desesperación, apartó la sábana. A la vista del contenido del cajón, articuló un sollozo de tan inmenso alivio que quedé petrificado. Un segundo después, con la voz ya serenada, me preguntó:

—¿Tiene usted un vaso graduado?

Me levanté de mi asiento haciendo un ligero esfuerzo y le entregué lo que me pedía.

Él me dio las gracias con una sonrisa, midió unas gotas de la tintura rojiza y añadió una medida ínfima de polvos. La mixtura, que en un comienzo tenía un tinte rojizo, comenzó a oscurecerse conforme los cristales se deshacían, a burbujear audiblemente y a arrojar pequeñas nubes de vapor. De pronto, en un instante, la ebullición cesó y la mezcla adquirió un color púrpura oscuro que poco a poco fue convirtiéndose en verde acuoso. El visitante, que había contemplado todas estas metamorfosis con gesto complacido, sonrió, dejó el vaso sobre la mesa, se volvió hacia mí y me miró con aire de curiosidad.

—Y ahora —dijo—, acabemos con este asunto. ¿Quiere usted ser razonable? ¿Está dispuesto a aprender de los demás? ¿Será capaz de aguantar que yo coja este vaso en mi mano y me vaya de su casa sin más explicaciones? ¿O es la curiosidad que siente demasiado para usted? Piénselo bien antes de contestarme, porque haré exactamente lo que usted me diga. Si decide que me vaya, quedará usted como estaba, ni más rico ni más sabio, a menos que hacer un favor a un amigo en peligro de muerte aumente las riquezas del espíritu. Pero si se decide por lo contrario, ante usted se abrirán nuevos horizontes de conocimiento y nuevos caminos hacia la fama y el poder. Aquí, en esta misma habitación, en este mismo instante, ante sus ojos, verá un prodigio que asombraría al mismo Satán.

—Caballero —le dije, aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir—, no entiendo esos enigmas y quizá no le sorprenda si afirmo que lo que dice no despierta en mí gran credulidad. Pero ya he llegado demasiado lejos en el camino de esta aventura inexplicable para detenerme antes de ver el final.

—Muy bien —replicó el visitante—. Lanyon, recuerda tu juramento. Lo que vas a ver debe quedar bajo el secreto de nuestra profesión. Y ahora, tú que durante tanto tiempo has mantenido las opiniones más estrechas de miras, tú que has negado la existencia de la medicina transcendental, tú que te has reído de los que te superaban en saber, ¡mira!

Y diciendo esto se llevó el vaso a los labios y se bebió el contenido de un golpe. Dejó escapar un grito, giró sobre sí mismo, dio un traspié, se aferró a la mesa y allí quedó mirando al vacío, con los ojos inyectados en sangre y respirando entrecortadamente a través de la boca abierta. Y mientras le miraba, me pareció que empezaba a operarse en él una transformación. De pronto comenzó a hincharse, su rostro se ennegreció y sus rasgos parecieron derretirse y alterarse. Un momento



después yo me levantaba de un salto y me apoyaba en la pared con un brazo alzado ante mi rostro para protegerme de tal prodigio y la mente hundida en el terror.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —repetí una y mil veces, porque allí, ante mis ojos, pálido y tembloroso, medio desmayado y tanteando el aire con las manos como un hombre resucitado de la tumba, estaba Henry Jekyll.

Lo que me dijo durante la hora siguiente es imposible consignarlo por escrito. Vi lo que vi, oí lo que oí y mi espíritu se estremeció ante ello, y, sin embargo, ahora que tal visión ha desaparecido, me pregunto si lo creo y no sé qué contestar.

Mi vida se ha conmovido hasta los cimientos, el sueño me ha abandonado y el terror me acompaña a todas las horas del día y de la noche. Creo que mi fin se acerca y, sin embargo, moriré incrédulo. En cuanto a la ruindad moral, al envilecimiento que ese hombre me reveló aun con lágrimas de penitente en los ojos, no puedo pensar en ello sin estremecerme de horror. No diré sino una cosa, Utterson, y ella (si es que puedes llegar a creerla) será más que suficiente. El hombre que se introdujo aquella noche en mi casa es el que todos conocen, según confesión del mismo Jekyll, por el nombre de Edward Hyde: el que buscan en todos los rincones del país por el asesinato de Carees.

Hastie Lanyon

### **Henry Jekyll explica lo sucedido**

Nací en el año de 18..., heredero de una gran fortuna y dotado además de excelentes partes. Inclinado por la naturaleza al trabajo, gocé muy pronto del respeto de los mejores y más sabios de mis semejantes y, por lo tanto, todo me auguraba un porvenir honrado y brillante. Lo cierto es que la peor de mis faltas no era más que una disposición alegre e impaciente que ha hecho la felicidad de muchos, pero que yo hallé difícil de compaginar con mi imperioso deseo de gozar de la admiración de todos y presentar ante la sociedad un continente desusadamente grave. Por esta razón oculté mis placeres, y cuando llegué a esos años de reflexión en que el hombre comienza a mirar a su alrededor y a evaluar sus progresos y la posición que ha alcanzado, ya estaba entregado a una profunda duplicidad de vida. Muchos hombres habrían incluso blasonado de las irregularidades que yo cometía, pero debido a las altas miras que me había impuesto, las juzgué y oculté con un sentido de la vergüenza casi morboso.

Fue, pues, la exageración de mis aspiraciones y no la magnitud de mis faltas lo que me hizo como era y separó en mi interior, más de lo que es común en la mayoría, las dos provincias del bien y del mal que componen la doble naturaleza del hombre. En mi caso, reflexioné profunda y repetidamente sobre esa dura ley de vida que constituye el meollo mismo de la religión y representa uno de los manantiales más abundantes de sufrimiento.

Pero a pesar de mi profunda dualidad, no era en sentido alguno hipócrita, pues mis dos caras eran igualmente sinceras. Era lo mismo yo cuando abandonado todo freno me sumía en el deshonor y la vergüenza que cuando me aplicaba a la vista de todos a profundizar en el conocimiento y a aliviar la tristeza y el sufrimiento. Y ocurrió que mis estudios científicos, que apuntaban por entero hacia lo místico y lo trascendente, influyeron y arrojaron un potente rayo de luz sobre este conocimiento de la guerra perenne entre mis dos personalidades. Cada día, y con ayuda de los dos aspectos de mi inteligencia, el moral y el intelectual, me acercaba más a esa verdad cuyo descubrimiento parcial me ha llevado a este terrible naufragio y que consiste en que el hombre no es sólo uno, sino dos. Y digo dos porque mis conocimientos no han ido más allá de este punto. Otros vendrán después, otros que me sobrepasarán en conocimientos, y me atrevo a predecir que al fin el hombre será tenido y reconocido como un conglomerado de personalidades diversas, discrepantes e independientes. Yo, por mi parte, a causa de la naturaleza de mi vida, avancé infaliblemente en una dirección y sólo en una. Fue en el terreno de lo moral y en mi propia persona donde aprendí a reconocer la verdadera y primitiva dualidad del hombre. Vi que las dos naturalezas que contenía mi conciencia podía decirse que eran a la vez mías porque yo era radicalmente las dos, y desde muy temprana fecha, aun antes de que mis descubrimientos científicos comenzaran a sugerir la más remota posibilidad de tal milagro, me dediqué a pensar con placer, como quien acaricia un sueño, en la separación de esos dos elementos. Si cada uno, me decía, pudiera alojarse en una identidad distinta, la vida quedaría despojada de lo que ahora me resultaba inaguantable. El ruin podía seguir su camino libre de las aspiraciones y remordimientos de su hermano más estricto. El justo, por su parte, podría avanzar fuerte y seguro por el camino de la perfección complaciéndose en las buenas obras y sin estar expuesto a las desgracias que podía propiciarle ese perverso desconocido que llevaba dentro. Era una maldición para la humanidad que esas dos ramas opuestas estuvieran unidas así para siempre en las entrañas agonizantes de la conciencia, que esos dos gemelos enemigos lucharan sin descanso. ¿Cómo, pues, podían disociarse?

Hasta aquí había llegado en mis reflexiones, cuando un rayo de luz que partía de la mesa del laboratorio empezó a iluminar débilmente el horizonte. De pronto comencé a percibir con mayor claridad de la que nunca se haya imaginado la inmaterialidad temblorosa, la efímera inconsistencia de este cuerpo que es nuestra vestidura carnal, de este cuerpo en apariencia tan sólido. Hallé que ciertos agentes tenían la capacidad de alterar y arrancar esta vestidura del mismo modo que el viento agita los cortinajes de unos ventanales. No quiero adentrarme en el aspecto científico de mi confesión por dos razones. La primera, porque he aprendido que cada hombre carga con su destino a lo largo de toda su vida y que cuando trata de sacudírselo de los hombros le vuelve a caer con un peso aún mayor y más extraño. Segundo, porque, como dejaré bien a las claras mi relato, mis descubrimientos han sido, por desgracia, incompletos. Bastará con que diga que no sólo aprendí a

distinguir mi cuerpo material de la emanación de ciertos poderes que componen mi espíritu, sino que llegué a fabricarme una pócima por medio de la cual logré despojar a esos poderes de su supremacía y sustituir mi aspecto por una segunda forma y apariencia no menos natural para mí, puesto que constituía expresión de los elementos más bajos de mi espíritu y llevaba su sello.

Dudé mucho antes de llevar a la práctica esta teoría. Sabía que corría peligro de muerte, porque una droga que tenía el inmenso poder de conmover y controlar el reducto mismo de la identidad era capaz de aniquilar totalmente ese tabernáculo inmaterial que yo pretendía alterar. Bastaría con un simple error en la dosis o en las circunstancias en que se administrara. Pero la tentación de llevar a cabo un experimento tan singular venció, al fin, todos mis temores. Hacía tiempo que había preparado la tintura. Inmediatamente compré a una firma de productos químicos al por mayor gran cantidad de una determinada sal que, debido a mis experimentos anteriores, sabía que era el último ingrediente que necesitaba, y a hora muy avanzada de una noche que maldigo, mezclé los elementos, los vi bullir y humear en la probeta, y cuando el hervor se hubo disipado, armándome de valor, bebí la poción.

Sentí unas sacudidas desgarradoras, un rechinar de huesos, una náusea mortal y un horror del espíritu que no pueden sobrepasar ni los traumas del nacimiento y de la muerte. Luego, la agonía empezó a disiparse y recobré el conocimiento sintiéndome como si saliera de una grave enfermedad. Había algo extraño en mis sensaciones, algo indescriptiblemente nuevo y, por su novedad, también indescriptiblemente agradable. Me sentí más joven, más ligero, más feliz físicamente. En mi interior experimentaba una fogosidad impetuosa, por mi imaginación cruzó una sucesión de imágenes sensuales en carrera desenfrenada, sentí que se disolvían los vínculos de todas mis obligaciones y una libertad de espíritu desconocida, pero no inocente, invadió todo mi ser. Supe, al respirar por primera vez esta nueva vida, que era ahora más perverso, diez veces más perverso, un esclavo vendido a mi mal original. Y sólo pensarlo me deleitó en aquel momento como un vino añejo. Estiré los brazos exultante y me di cuenta de pronto de que mi estatura se había reducido.

En aquellos días no tenía espejo en mi gabinete. El que hay a mi lado, mientras escribo estas líneas, lo traje aquí después precisamente por causa de estas transformaciones. La noche, sin embargo, se había cambiado en madrugada; la madrugada, negra como era, estaba a punto a dar a luz al día; los habitantes de mi casa estaban sumidos en el sueño, y así decidí, pleno como estaba de esperanzas y de triunfo, aventurarme a llegar hasta mi dormitorio bajo mi nueva forma. Crucé el jardín, donde las constelaciones me contemplaron desde las alturas a mi entender con asombro. Era la primera criatura de esa especie que en su insomne vigilancia veían desde el comenzar de los tiempos. Recorrí los corredores sintiéndome un extraño en mi propia morada, y al llegar a mi habitación contemplé por primera vez la imagen de Edward Hyde.

Hablaré ahora sólo en teoría, no diciendo lo que sé, sino lo que creo más probable. El lado malo de mi naturaleza, al que yo había otorgado el poder de aniquilar temporalmente al otro, era menos desarrollado que el lado bueno, al que acababa de desplazar. Era ello natural, dado que en el curso de mi vida, que después de todo había sido casi en su totalidad una vida dedicada al esfuerzo, a la virtud y a la renunciación, lo había ejercitado y agotado mucho menos. Por esa razón, pensé, Edward Hyde era mucho más bajo, delgado y joven que Henry Jekyll. Del mismo modo que el bien brillaba en el semblante del uno, el mal estaba claramente escrito en el rostro del otro. Ese mal (que aún debo considerar el aspecto mortal del hombre) había dejado en ese cuerpo una huella de deformidad y degeneración. Y, sin embargo, cuando vi reflejado ese feo ídolo en la luna del espejo, no sentí repugnancia, sino más bien una enorme alegría. Ése también era yo. Me pareció natural y humano. A mis ojos era una imagen más fiel de mi espíritu, más directa y sencilla que aquel continente imperfecto y dividido que hasta entonces había acostumbrado a llamar mío. Y en eso no me equivocaba. He observado que cuando revestía la apariencia de Edward Hyde nadie podía acercarse a mí sin experimentar un visible estremecimiento de la carne. Esto se debe, supongo, a que todos los seres humanos con que nos tropezamos son una mezcla de bien y mal, y Edward Hyde, único entre los hombres del mundo, era solamente mal.

No me miré al espejo sino un instante. Ahora tenía que intentar el experimento segundo y decisivo. Me restaba averiguar si había perdido mi identidad para siempre y tendría que huir antes del amanecer de aquella casa que ya no sería mía. Y así regresé a toda prisa al gabinete, preparé una vez más la mixtura, la bebí, sufrí por segunda vez los dolores de la disgregación y volví en mí de nuevo con la personalidad, la estatura y el rostro de Henry Jekyll.

Aquella noche llegué al fatal cruce de caminos. Si me hubiera enfrentado con mi descubrimiento con un espíritu más noble, si me hubiera arriesgado al experimento impulsado por aspiraciones piadosas o generosas, todo habría sido distinto, y de esas agonías de nacimiento y muerte habría surgido un ángel y no un demonio. Aquella poción no tenía poder discriminatorio. No era diabólica ni divina. Sólo abría las puertas de una prisión y, como los cautivos de Philippi, el que estaba encerrado huía al exterior. Bajo su influencia mi virtud se adormecía, mientras que mi perfidia, mantenida alerta por mi ambición, aprovechaba rápidamente la oportunidad y lo que afloraba a la superficie era Edward Hyde. Y así, aunque yo ahora tenía dos personalidades con sus respectivas apariencias, una estaba formada integralmente por el mal, mientras que la otra continuaba siendo Henry Jekyll, ese compuesto incongruente de cuya reforma y mejora yo desesperaba hacía mucho tiempo. El paso que había dado era, pues, decididamente a favor de lo peor que había en mí.

En aquellos días aún no había logrado dominar la aversión que sentía hacia la aridez de la vida del estudio. Seguía teniendo una disposición alegre y desenfadada

y, dado que mis placeres eran (en el mejor de los casos) muy poco dignos y a mí se me conocía y respetaba en grado sumo, esta contradicción se me hacía de día en día menos llevadera. La agravaba, por otra parte, el hecho de que me fuera aproximando a mi madurez. Por ahí me tentó, pues, mi nuevo poder hasta que me convirtió en su esclavo. No tenía más que apurar la copa, abandonar al momento el cuerpo del famoso profesor y revestirme, como si de un grueso abrigo se tratara, de la apariencia de Edward Hyde. Sonreí ante la idea, que en aquel tiempo me pareció humorística, y lo preparé todo con el cuidado más meticuloso. Alquilé y amueblé la casa del Soho (la casa hasta donde siguió la policía a Hyde) y tomé como ama de llaves a una mujer que tenía fama de discreta y poco escrupulosa. Anuncié a mi servidumbre que un tal Mr. Hyde (a quien describí) disfrutaría en adelante de plenos poderes y libertad en mi casa y, para evitar contratiempos, me presenté en ella y me convertí en visitante asiduo bajo mi segundo aspecto. Redacté después el testamento al que tantos reparos pusiste, de modo que si algo me ocurría mientras revestía la apariencia de Jekyll, podía refugiarme en la de Hyde sin tener que prescindir de mi fortuna, y creyéndome así bien protegido en todos los sentidos comencé a beneficiarme de la extraña inmunidad que me ofrecía mi posición.

Se sabe de hombres que han contratado a malhechores para que cometieran por ellos crímenes, mientras que su reputación y su persona no sufrían menoscabo. Yo he sido el primero que lo ha hecho por puro placer. He sido el primero que ha podido presentarse a los ojos del público cargado de respetabilidad y, un momento después, como un chiquillo de escuela, despojarme de esa vestidura y lanzarme de cabeza a la libertad. Para mí, cubierto con mi manto impenetrable, la seguridad era total. Imagínate. Ni siquiera existía. Sólo tenía que traspasar la puerta de mi laboratorio, mezclar en un segundo o dos la poción que siempre tenía preparada, apurarla y, fuera lo que fuese lo que hubiera hecho, Edward Hyde desaparecía como el círculo que deja el aliento en un espejo. En su lugar, despabilando una vela en su gabinete, estaría Henry Jekyll, un hombre que podía permitirse el lujo de reírse de las sospechas.

Los placeres que me apresuré a buscar de esa guisa eran, como ya he dicho, indignos. No merecen un término más fuerte. Pero en manos de Hyde pronto se volvieron monstruosos. Cuando volvía de mis nocturnas excursiones, a menudo me asombraba de la perversidad de mi otro yo. Este pariente mío que había sacado de las profundidades de mi propio espíritu y enviado en busca del placer era un ser inherentemente pérfido y villano. Todos sus actos y sus pensamientos se centraban en sí mismo, bebía con bestial avidez el placer que le causaba la tortura de los otros y era insensible como un hombre de piedra. Henry Jekyll contemplaba a veces horrorizado los actos de Edward Hyde, pero la situación se hallaba tan lejos de las leyes comunes que insidiosamente relajaba el poder de la conciencia. Después de todo, el culpable era Hyde y sólo Hyde. Jekyll no era peor cuando se despertaba y recuperaba sus buenas cualidades aparentemente incólumes. A veces incluso se

precipitaba, cuando era posible, a reparar el mal causado por Hyde. Y así su conciencia se fue adormeciendo poco a poco.

No tengo ningún deseo de entrar en detalles de las infamias en las que, en cierto modo, colaboré (pues aun ahora me resisto a admitir que las haya cometido); sólo quiero consignar aquí los avisos que precedieron a mi castigo y los pasos sucesivos con que éste llegó hasta mí. Un día ocurrió un incidente que, por no traerme consecuencias de mayor importancia, no haré más que mencionar. Un acto de crueldad, del que fue víctima una niña, atrajo sobre mí las iras de un viandante a quien reconocí el otro día en la persona de un pariente tuyo. El doctor y la familia de la niña le secundaron. Hubo momentos en que temí por mi vida, y al fin, con el propósito de pacificar su justificada indignación, Edward Hyde tuvo que llevarles hasta la puerta de su casa y pagarles con un cheque a nombre de Henry Jekyll. Para que en el futuro no ocurriese nada semejante, abrí una cuenta en otro banco a nombre de Edward Hyde y, una vez que, cambiado el sesgo de mi caligrafía, hube proporcionado una firma a mi doble, pensé que me hallaba fuera del alcance del destino.

Dos meses antes del asesinato de Sir Danvers volví a casa una noche muy tarde de mis correrías y al día siguiente me desperté con una sensación extraña. En vano miré a mi alrededor, en vano vi mis preciados muebles y el alto techo de mi dormitorio, en vano reconocí el dibujo de las cortinas de la cama y la talla de las columnas de caoba. Algo seguía diciéndome en mi interior que no estaba donde estaba, que no había despertado donde creía hallarme, sino en un pequeño cuarto del Soho donde solía dormir bajo la apariencia de Edward Hyde. Me sonreí, y utilizando mi método psicológico empecé a estudiar perezosamente los diversos elementos que creaban esta ilusión hundiéndome de vez en cuando, mientras lo hacía, en un suave sopor. Seguía ocupada mi mente de este modo cuando de pronto, en uno de los momentos en que me hallaba más despabilado, mi mirada fue a caer sobre una de mis manos. Las de Henry Jekyll (como a menudo has observado) son las manos que caracterizan a un profesional de la medicina en forma y tamaño: grandes, fuertes, blancas y bien proporcionadas. Pero la mano que vi en esa ocasión con toda claridad a la luz dorada de la mañana londinense; la mano que descansaba a medio cerrar sobre la colcha era delgada, nervuda, nudosa, de una palidez cenicienta, y estaba cubierta de un espeso vello. Era la mano de Edward Hyde.

Creo que permanecí mirándola como medio minuto, hundido en el estupor del asombro, antes de que el terror despertara en mi pecho, tan devastador y súbito como un golpe de platillos. Salté de la cama y corrí al espejo. Ante lo que vieron mis ojos, mi sangre se trasformó en un líquido exquisitamente helado. Sí. Cuando me había acostado era Henry Jekyll y ahora era Edward Hyde. «¿Qué explicación tiene esto?», me pregunté. Y luego, con un escalofrío de terror: «¿Cómo se remedia?» La mañana estaba bastante avanzada, la servidumbre se hallaba despierta y todos mis medicamentos estaban en el gabinete. Para llegar a este desde donde me hallaba

(paralizado por el terror, debo añadir) tenía que bajar dos tramos de escaleras, recorrer un pasillo, cruzar el jardín y atravesar el quirófano. Podría cubrirme el rostro, pero ¿de qué me valdría eso si no podía ocultar la disminución de mi estatura? Sólo entonces caí en la cuenta, con una enorme sensación de alivio, de que los sirvientes estaban acostumbrados ya a las idas y venidas de mi segundo yo. Me vestí lo mejor que pude con un traje que me venía grande, atravesé la casa entera, cruzándome con Bradshaw que me miró y dio un paso atrás sorprendido al ver a Mr. Hyde a tal hora y con tan raro atavío, y diez minutos después el doctor Jekyll había vuelto a su apariencia normal y se hallaba sentado a la mesa del comedor con el ceño fruncido dispuesto a fingir que desayunaba.

Poco apetito tenía, como es natural. Ese incidente inexplicable, esa inversión de mi anterior apariencia me parecía, como el dedo en el muro de Babilonia, un anuncio de mi castigo. Y así comencé a reflexionar más seriamente que nunca sobre las posibilidades y circunstancias de mi doble existencia. Esa parte de mí mismo que yo tenía el poder de proyectar la había nutrido y ejercitado últimamente en grado sumo. Recientemente me parecía incluso que el cuerpo de Hyde había ganado en altura, que cuando me hallaba bajo su apariencia mi sangre fluía más generosamente, y comencé a sospechar que si ese estado de cosas se prolongaba corría peligro de que el equilibrio de mi naturaleza se alterara definitivamente, de perder el poder de cambiar a voluntad y de que la personalidad de Edward Hyde se convirtiera irrevocablemente en la mía. El poder de la poción no era siempre el mismo. Una vez, al comienzo de mis experimentos, me había fallado totalmente. Desde entonces me había visto obligado en más de una ocasión a doblar la dosis, y hasta una vez, con gran peligro de mi vida, a triplicarla. Esas raras ocasiones habían arrojado la única sombra de duda sobre lo que hasta el momento no había sido sino un completo éxito. Ahora, sin embargo, a la luz del incidente de aquella mañana, comencé a darme cuenta de que, si bien en un primer momento lo difícil había sido liberarme del cuerpo de Jekyll, últimamente el problema comenzaba a ser el opuesto. Todo parecía apuntar a lo siguiente: que iba perdiendo poco a poco el control sobre mi personalidad primera y original, la mejor, para incorporarme lentamente a la segunda, la peor.

Me di cuenta de que ahora tenía que escoger entre una de las dos. Ambas tenían en común la memoria, pero las otras facultades quedaban desigualmente repartidas entre ellos. Jekyll (que era un compuesto) planeaba y compartía, ora con prudentes aprensiones, ora con gusto desenfrenado, las aventuras de Hyde. Pero Hyde era indiferente a Jekyll; todo lo más le recordaba como recuerda el bandolero la caverna en que se oculta de sus perseguidores. Jekyll sentía un interés más que de padre; Hyde manifestaba una indiferencia mayor que la del hijo. Unirme definitivamente a Jekyll significaba renunciar a aquellos apetitos a los que secretamente me había entregado siempre, apetitos que al fin había llegado a saciar.

Entregarme a Hyde era renunciar para siempre a mis intereses y aspiraciones y verme de pronto y para siempre despreciado y sin amigos.

La opción quizá te parezca desigual, pero había otra consideración que arrojar a un platillo de la balanza, porque mientras Jekyll sufriría quemándose en el fuego de la abstinencia, Hyde no repararía siquiera en lo que había perdido. Por raras que fueran mis circunstancias, el planteamiento de esta elección es tan viejo y tan común como el hombre mismo. Tentaciones y temores muy semejantes son los que deciden la suerte de todo pecador, y así me ocurrió a mí, como suele ocurrir a la gran mayoría de los seres humanos, que me decidí por mi personalidad mejor y que me encontré después sin las fuerzas necesarias para atenerme a mi decisión.

Sí, elegí al doctor descontento y maduro, rodeado de amigos y que abrigaba honestas esperanzas. Renuncié resueltamente a la libertad, a la relativa juventud, a la ligereza, a los impulsos violentos y a los secretos placeres que había disfrutado bajo el disfraz de Hyde. Pero quizá eligiera con reservas inconscientes, porque ni prescindí de la casa del Soho ni destruí las ropas de Edward Hyde, que continuaron colgadas en el interior de su armario. Durante dos meses, sin embargo, permanecí fiel a mi decisión, llevé una vida tan severa como nunca lo hiciera anteriormente y disfruté de las compensaciones que proporciona una conciencia satisfecha. Pero con el tiempo comencé a olvidar mis temores, me acostumbré a las alabanzas que me dedicaba mi conciencia de tal modo que dejaron de halagarme; deseos y anhelos comenzaron a torturarme como si dentro de mí Hyde luchara por recuperar la libertad, y, finalmente, en un momento de debilidad moral, mezclé y apuré de nuevo la poción liberadora.

Supongo que cuando el borracho razona consigo mismo acerca de su vicio, ni una sola vez entre quinientas se deja influir por los peligros a que le expone su brutal insensibilidad. Del mismo modo tampoco yo había tenido en cuenta, a pesar de haber reflexionado muchas veces sobre mi situación, la completa insensibilidad moral y la insensata disposición al mal que eran las principales características de Edward Hyde. Y, sin embargo, ambas fueron los agentes de mi castigo. El demonio que había en mí había estado preso durante tanto tiempo que salió de su cárcel rugiendo. Aun mientras apuraba la poción tuve conciencia de que su propensión al mal era ahora más violenta, más descabellada. Supongo que fue eso lo que despertó en mi espíritu la tempestad de impaciencia con que escuché las corteses palabras de mi desgraciada víctima. Declaro al menos ante Dios que ningún hombre moralmente sano podía haber cometido crimen semejante por tan poca provocación y que asesté los golpes con la insensatez con que un niño enfermo puede romper un juguete. Pero es que me había despojado voluntariamente de todos los instintos que proporcionan un equilibrio y gracias a los cuales aun el peor de nosotros puede avanzar con cierto grado de seguridad entre las tentaciones. En mi caso, la tentación, por ligera que fuese, significaba irremisiblemente la caída.



Inmediatamente, el espíritu del mal despertó en mí con una furia salvaje. En un transporte de alegría mutilé aquel cuerpo indefenso hallando enorme deleite en cada golpe, y hasta que comencé a fatigarme no me asaltó el corazón, en la culminación de mi delirio, un súbito estremecimiento de terror. La niebla se disipó. Vi mi vida condenada al desastre y huí del escenario de mis excesos a la vez exultante y tembloroso, mi sed de mal satisfecha y estimulada, mi amor a la vida exacerbado al máximo.

Corrí a mi casa del Soho, y con el fin de redoblar mi seguridad, destruí todos mis documentos. Volví a salir a las calles iluminadas por la luz de las farolas con la misma dualidad de sensaciones que hasta ese momento me dominara, recreándome en mi crimen y planeando alegremente otros semejantes, pero temiendo al mismo tiempo en mi interior oír las pisadas del vengador. Hyde mezcló la poción con la sonrisa en los labios y al apurarla brindó por su víctima; pero los dolores de la transformación no se habían disipado todavía, cuando Henry Jekyll, con lágrimas de remordimiento y gratitud en los ojos, caía de rodillas y elevaba sus manos entrelazadas a Dios. El velo de la tolerancia se había rasgado de la cabeza a los pies. Vi mi vida en su totalidad, la seguí desde los días de mi infancia, cuando caminaba de la mano de mi padre; la seguí a través de las renunciaciones propias de mi profesión para llegar, una y otra vez, con esa misma sensación de irrealidad que experimentaba, a los horrores de aquella noche. Podría haber gritado en alta voz. Traté de borrar con lágrimas y oraciones aquel tropel de imágenes y sonidos que mi memoria arrojaba contra mí, pero entre súplica y súplica el feo rostro de mi iniquidad continuaba asomándose a mi espíritu. Mas poco a poco mis agudos remordimientos comenzaron a morir y fue sucediéndoles una sensación de gozo. Había resuelto el problema de mi conducta. De ahora en adelante Hyde era imposible. Quisiera o no, desde este momento estaba reducido a la parte mejor de mi existencia, y ¡cómo me alegró pensarlo! ¡Con qué humildad abracé las restricciones de mi vida natural! ¡Con cuán sincera renunciación cerré la puerta por la que tantas veces entrara y aplasté la llave bajo mi pie!

Al día siguiente me llegó la noticia de que había un testigo del crimen, de que la culpabilidad de Hyde era cosa segura ante el mundo entero y de que la víctima era hombre de gran estimación. No había sido solamente un crimen. Había sido también una locura trágica. Creo que me alegré al saberlo. Creo que me alegré de que mis impulsos quedaran así coartados y sujetos por el miedo a la horca. Jekyll era ahora mi refugio. Con sólo un instante que Hyde se hiciera visible, las manos de todos los habitantes de Londres se echarían sobre él para acabar con su vida.

Decidí redimir el pasado con mi conducta futura, y puedo decir con toda franqueza que mi decisión dio fruto. Tú sabes muy bien cómo trabajé durante los últimos meses del año pasado para aliviar el sufrimiento de mis semejantes sabes que hice mucho por el prójimo y que disfruté de tranquilidad y casi me atrevo a decir que de felicidad. Tampoco puedo decir que me cansara de mi vida inocente y

caritativa, pues creo que, por el contrario, disfrutaba más de ella cada día; pero seguía sufriendo mi dualidad interior, y tan pronto como pasó el primer impulso de penitencia, el lado más bajo de mi personalidad, tanto tiempo en libertad y tan recientemente encadenado, empezó a rugir pidiendo licencia. No es que soñara con resucitar a Hyde. La sola idea me inspiraba auténtico horror. No. Fue en mi propia persona donde sufrí la tentación de jugar con mi conciencia, y fue como un pecador normal, secreto, cuando al fin caí ante los asaltos de la tentación.

Pero todo tiene su fin. La medida más capaz se llena al cabo y esa breve condescendencia al fin destruyó el equilibrio de mi espíritu. Y, sin embargo, entonces no me alarmé. La caída me pareció natural, como un regreso a los tiempos anteriores a mi descubrimiento. Era un día de enero limpio, claro, húmedo bajo el pie en los lugares en que se había derretido el hielo, pero sin una sola nube en el cielo. Regent's Park estaba inundado de trinos de pájaros invernales y en el aire flotaban aromas de primavera. Me senté en un banco, al sol. El animal que hay en mí roía los huesos de mi memoria, y el lado espiritual, un poco adormecido, prometía penitencia, pero no se animaba a comenzar. Después de todo, me dije, era un hombre como los demás, y sonreí después comparándome con mis semejantes, oponiendo mi actividad bienhechora a la perezosa crueldad de su egoísmo. Y en el mismo momento en que me vanagloriaba con estos pensamientos, me sorprendió un estremecimiento y me invadieron unas horribles náuseas y el temblor más terrible. Perdí el conocimiento, y cuando lo recobré me di cuenta de que se había operado un cambio en el carácter de mis pensamientos; que sentía una mayor osadía, un desprecio por el peligro y un enorme desdén por los vínculos que representaban cualquier tipo de obligación.

Miré hacia abajo. El traje me caía informe sobre los miembros encogidos y la mano que yacía sobre mi rodilla era nudosa y peluda. Me había convertido de nuevo en Edward Hyde. Hasta hacía pocos segundos disfrutaba del respeto de la sociedad, era rico, estimado por mis amigos, y la mesa me esperaba dispuesta en el comedor de mi casa. Y ahora, de pronto, me había transformado en la hez de la humanidad; en un ser perseguido, sin hogar; en un asesino público, carne de horca.

Mi razón vaciló, pero no me abandonó totalmente. He observado más de una vez que, cuando revisto mi segunda personalidad, mis facultades parecen agudizarse y mis energías adquieren una mayor elasticidad; y así, donde Jekyll probablemente habría sucumbido, Hyde se mostró a la altura de las circunstancias. Los ingredientes de la mixtura que necesitaba se hallaban en uno de los armarios del gabinete. ¿Cómo podría hacerme con ellos? Ése era el problema que apretando las sienes entre mis manos me propuse resolver. Había cerrado con llave la puerta del laboratorio. Si trataba de entrar a él atravesando la casa, mi propia servidumbre me entregaría a la policía. Tenía que buscar otra solución y pensé en Lanyon. ¿Cómo podía ponerme en contacto con él? ¿Cómo podía persuadirle? Suponiendo que lograra sustraerme a la captura, ¿cómo podría llegar a su presencia? Y ¿cómo yo, visitante desconocido y desagradable, iba a poder convencer al famoso médico de

que allanara el estudio de su colega el doctor Jekyll? De pronto recordé que de mi anterior personalidad me quedaba un solo rasgo: podía escribir con mi propia letra. Y una vez que concebí la brillante idea, el camino que debía seguir quedó iluminado ante mi mente del principio al fin.

En consecuencia, me ajusté el traje al cuerpo lo mejor que pude, paré un coche y di al cochero la dirección de un hotel de la calle Portland, cuyo nombre acertaba a recordar. El pobre hombre no pudo ocultar su regocijo al ver mi apariencia (que, a pesar de la tragedia que ocultaba, desde luego era cómica), pero le mostré los dientes con tal gesto de furia endemoniada que la sonrisa se borró de sus labios, felizmente para él y aún más para mí, porque de haber reído un instante más le habría hecho bajar del pescante de un empujón. Al entrar en el hotel miré a mi alrededor con tan hosco continente que los empleados temblaron. Ni una sola mirada intercambiaron en mi presencia, sino que, por el contrario, obedecieron mis órdenes obsequiosamente, me condujeron a una habitación privada y me trajeron recado de escribir. Hyde, enfrentado con el peligro, era una criatura nueva para mí. Ardía en ira desordenada, estaba tenso hasta el límite del crimen y ansioso de infligir daño. Pero antes que nada era astuto. Dominó su ira con un gran esfuerzo de la voluntad; escribió dos importantes misivas, una dirigida a Lanyon y otra a Poole, y, para tener la seguridad de que habían sido enviadas de acuerdo con sus deseos, dio a los criados orden de que las certificaran. A partir de aquel momento se sentó ante el fuego y pasó el día entero junto a la chimenea de su cuarto, mordiéndose las uñas de impotencia. Allí cenó a solas con su miedo frente a un camarero que temblaba visiblemente ante su mirada. Y una vez que cayó la noche, se sentó en un rincón del interior de un coche cerrado y recorrió las calles de la ciudad. Y hablo en tercera persona, porque no puedo decir «yo». Esa criatura infernal no tenía nada de humano. No abrigaba sino temor y odio.

Cuando al fin, por miedo a que el cochero comenzara a sospechar, despidió al carruaje y se aventuró por las calles a pie vestido con su desmañada indumentaria, siendo objeto de irrisión para los noctámbulos que transitaban a aquella hora, esas dos pasiones se embravecieron en su interior como una tempestad. Andaba de prisa, perseguido por sus temores, hablando consigo mismo, deslizándose por las calles, contando los minutos que faltaban para la medianoche. Una mujer se acercó a él para ofrecerle, creo, una caja de cerillas, pero él la apartó de un golpe en la cara y huyó.

Cuando recobré mi verdadera personalidad en el gabinete de Lanyon, creo que el horror que demostró mi amigo al verme me afectó un poco. No lo sé. En todo caso, ese dolor no fue sino una gota más en el océano de horror que fueron aquellas horas. Pero en mi interior se había operado un cambio. Ya no era el miedo al patíbulo lo que me atormentaba, sino el horror a convertirme en Hyde. Escuché las palabras de censura de Lanyon como en un sueño, volví a mi casa y me acosté. Tras los horrores de aquel día dormí con un sueño tan profundo que ni las pesadillas que me

torturaron durante toda la noche lograron sacarme de él. Me desperté por la mañana conmovido y débil, pero descansado. Seguía odiando y temiendo a la bestia que dormía dentro de mí y no había olvidado los terribles peligros del día anterior; pero ahora al menos me hallaba en mi propia casa, cerca de la mixtura que necesitaba, y la gratitud que sentía por haber logrado huir del peligro brillaba con tal fuerza en mi espíritu que casi rivalizaba con el esplendor de la esperanza.

Paseaba tranquilamente por el patio, después del desayuno, bebiendo con deleite la frescura del aire, cuando me atenazaron de nuevo esas indescriptibles sensaciones que presagiaban el cambio. Tuve apenas el tiempo de llegar al gabinete antes de que me asaltaran de nuevo la rabia y la locura que provocaban en mí las pasiones de Hyde. En esta ocasión necesité una doble dosis para recuperar mi personalidad y, ¡ay de mí!, seis horas después, mientras miraba tristemente el fuego sentado ante la chimenea, volví a sentir los dolores del cambio y tuve que administrarme de nuevo la poción.

En resumen, que desde aquel día en adelante, sólo por medio de un increíble esfuerzo comparable a la gimnasia y bajo el estímulo inmediato de la poción, pude conservar la apariencia de Jekyll. A todas las horas del día y de la noche me invadía ese temor premonitorio. Especialmente si me dormía e incluso si dormitaba por unos minutos en mi sillón, era siempre bajo la apariencia de Hyde como me despertaba. A consecuencia de la tensión que provocaba en mí este constante peligro, y del insomnio a que me condenaba yo mismo, hasta extremos que nunca habría creído que pudiera soportar un hombre, me convertí en una criatura dominada por la fiebre, extremadamente débil de cuerpo y de alma y obsesionada por un solo pensamiento: el horror de mi otro yo. Pero en el momento en que me dormía o la virtud de la droga se debilitaba, saltaba sin transición alguna (pues los dolores de la transformación iban desapareciendo de día en día) a ser presa de una pesadilla cuajada de imágenes de terror, de un espíritu que hervía en odios sin causa y de un cuerpo que no parecía lo bastante fuerte como para soportar aquellas rabiosas energías de vida.

Los poderes de Hyde parecían haber aumentado a expensas de la enfermedad de Jekyll. Y, ciertamente, el odio que ahora los dividía era igual por ambas partes. En el caso de Jekyll era un instinto vital. Había visto al fin toda la deformidad de aquella criatura que compartía con él algunos de los fenómenos de la conciencia y que a medias con él heredaría su muerte. Y aparte de esos lazos de comunidad que en sí constituían la parte más dolorosa de su desgracia, consideraba a Hyde, a pesar de toda su energía vital, un ser no sólo diabólico, sino también inorgánico. Esto era lo más terrible. Que el limo de la tumba articulara gritos y voces, que el polvo gesticulara y pecara, que lo que estaba muerto y carecía de forma usurpara las funciones de la vida y, sobre todo, pensar que ese horror insurrecto estaba unido a él más íntimamente que una esposa, más que sus propios ojos. Que ese horror estaba enjaulado en su carne, donde lo oía gemir y lo sentía luchar por renacer; y en las

horas de vigilia y en el descuido del sueño, prevalecía contra él y le privaba de vida. El odio que Hyde sentía por Jekyll era de naturaleza distinta. El terror a la horca le obligaba continuamente a suicidarse y regresar a su condición subordinada de parte y no de persona. Pero odiaba esa necesidad, odiaba el desánimo en que Jekyll estaba sumido y se sentía ofendido por el disgusto con que éste le miraba. De ahí las malas pasadas que me jugaba escribiendo de mi puño y letra blasfemias en las páginas de mis libros favoritos, quemando las cartas de mi padre y destruyendo su retrato. Si no hubiera sido por su terror a la muerte, habría buscado su ruina para arrastrarme a mí a ella. Pero su amor por la vida es asombroso. Sólo diré lo siguiente: Yo, que enfermo y me aterro sólo de pensar en él, cuando recuerdo la abyección y la pasión de su amor a la vida, cuando me doy cuenta de cuánto teme el poder que poseo para desplazarle por medio del suicidio, le compadezco en lo más hondo de mi corazón.

Sería inútil prolongar esta descripción y me falta tiempo para hacerlo. Sólo diré que nadie ha sufrido tormentos tales, y con eso basta. Y, sin embargo, el hábito de sufrir me ha valido, si no un alivio, sí al menos un relativo encallecimiento del espíritu, cierta aquiescencia de la desesperación. Mi castigo habría podido prolongarse durante años enteros de no haber sido por la última calamidad que me ha sobrevenido y que, finalmente, me ha despojado de mi rostro y naturaleza. Mi provisión de sales, que no había renovado desde el día de mi experimento, empezó a agotarse. Pedí una nueva remesa y preparé la mezcla. La ebullición tuvo lugar y también el primer cambio de color, pero no el segundo. La bebí y no causó efecto. Por Poole sabrás cómo he buscado esas sales por todo Londres. Ha sido en vano. Al fin he llegado al convencimiento de que esa primera remesa era impura y que fue precisamente esa impureza desconocida lo que dio eficacia a la poción.

Ha transcurrido aproximadamente una semana y acabo esta confesión bajo la influencia de la última dosis de las sales originales. A menos que suceda un milagro, ésta será, pues, la última vez que Henry Jekyll pueda expresar sus pensamientos y ver su propio rostro (¡tan tristemente alterado!) reflejado en el espejo. No quiero demorarme más en terminar este escrito que si hasta el momento ha logrado escapar a la destrucción ha sido por una combinación de cautela y de suerte. Si la agonía de la transformación me atacara en el momento de escribirlo, Hyde lo haría pedazos; pero si logro que pase algún tiempo desde el momento en que le dé fin hasta que se opere el cambio, su increíble egoísmo y su capacidad para circunscribirse al momento presente probablemente salvarán este documento de su inquina simiesca. El destino fatal que se cierne sobre nosotros le ha cambiado y abatido hasta cierto punto. Dentro de media hora, cuando adopte de nuevo y para siempre esa odiada personalidad, sé que permaneceré sentado, tembloroso y llorando en mi sillón, o que continuaré recorriendo de arriba abajo esta habitación (mi último refugio terrenal) escuchando todo sonido amenazador en un raptó de tensión y de miedo. ¿Morirá Hyde en el patíbulo? ¿Hallará el valor suficiente para librarse de sí mismo en el último momento? Sólo Dios lo sabe. A mí no me importa. Ésta es, en verdad, la hora

de mi muerte, y lo que de ahora en adelante ocurra ya no me concierne a mí sino a otro. Así, pues, al depositar esta pluma sobre la mesa y sellar esta confesión, pongo fin a la vida de ese desventurado que fue

*Henry jeekyll*

## Janet, La Torcida

El reverendo Murdoch Soulis fue durante mucho tiempo pastor de la parroquia del páramo de *Balweary*, en el valle de *Dule*. Anciano severo y de rostro sombrío para sus feligreses, vivió durante los últimos años de su vida, sin familia, ni criado, ni compañía humana alguna, en la modesta y solitaria casa parroquial situada bajo el *Hanging Shazv*, un pequeño bosque de sauces. A pesar de lo férreo de sus facciones, sus ojos eran salvajes, asustadizos e inciertos. Y cuando en una amonestación privada se explayaba largamente sobre el futuro del impenitente parecía que su visión atravesara las tormentas del tiempo hasta los terrores de la eternidad. Muchos jóvenes que venían a prepararse para la ceremonia de la Primera Comunión quedaban terriblemente afectados por sus palabras. Tenía un sermón sobre los versículos 1 y 8 de Pedro, «El diablo como un león rugiente», para el domingo después de cada diecisiete de agosto, y solía superarse sobre aquel texto, tanto por la naturaleza espantosa del tema como por el terror que infundía su comportamiento en el pulpito. Los niños estaban aterrorizados hasta el punto de sufrir ataques de histeria, y la gente mayor parecía más misteriosa de lo normal y repetía durante todo el día aquellas insinuaciones de las que Hamlet se lamentaba. La misma casa parroquial, ubicada cerca del río *Dule* entre árboles gruesos, con el *Shazv* colgando sobre ella en un lado y, en el otro, numerosos páramos fríos que se elevaban hacia el cielo, había comenzado —ya muy al inicio del ministerio del Sr. Soulis— a ser evitada en las horas del anochecer por todos aquellos que se valoraban a sí mismos por su prudencia; y los hombres respetables que se sentaban en la taberna de la aldea movían la cabeza a la vez ante la sola idea de acercarse de noche a aquel tenebroso vecindario. Había un lugar, para ser más concretos, que se evitaba con especial temor. La casa parroquial estaba situada entre la carretera y el río *Dule*, con un aguilón dando a cada lado; la parte de atrás de la casa daba a la aldea de *Balweary*, situada a casi media milla de distancia; delante de la casa, un jardín seco rodeado de un seto de espinos ocupaba el terreno entre el río y la carretera. La casa era de dos plantas con dos habitaciones grandes en cada una. La entrada no daba directamente al jardín, sino a un paseo que llevaba a la carretera por un lado y que por el otro quedaba cerrado por los altos sauces y saúcos que bordeaban el arroyo. Era este trecho de la calzada el que gozaba de tan nefasta reputación entre los parroquianos más jóvenes de *Balweary*. El reverendo paseaba por allí a menudo al anochecer, a veces gimiendo en voz alta por la fuerza de sus oraciones inarticuladas. Cuando estaba fuera de casa y la puerta cerrada con llave, los escolares más atrevidos se lanzaban —con el corazón latiendo a pleno ritmo— a jugar a «seguir al jefe» y cruzar aquel punto legendario.

Este ambiente de terror que rodeaba a un hombre de Dios de carácter y ortodoxia intachables era causa de común asombro y tema de curiosidad entre los pocos forasteros que se adentraban, por casualidad o por negocios, hasta aquel desconocido y alejado paraje. Pero mucha de la gente incluso de la parroquia ignoraba los acontecimientos que habían marcado el primer año de ministerio del Sr. Soulis. Incluso entre los que estaban mejor informados, unos no querían decir nada —por ser de naturaleza reservada— y otros temían hablar sobre aquel asunto en particular. De vez en cuando alguno de los mayores, envalentonado por su tercer trago, recordaba el origen de las extrañas miradas y la vida solitaria del reverendo.

Cincuenta años atrás, cuando el Sr. Soulis llegó por primera vez a *Balweary*, aún era un hombre joven —un mozo, decía la gente— lleno de sabiduría académica y muy grandilocuente, pero, como era natural en un hombre de su edad, tenía poca experiencia de la vida en lo referente a la religión. Los más jóvenes estaban muy impresionados por su talento y su facilidad de palabra; pero los hombres y las mujeres mayores, preocupadas y serias se conmovieron hasta el punto de rezar por el joven, al que consideraban un iluso, y por la parroquia, que seguramente estaría mal atendida. Era antes de los días de los moderados... malditos sean; pero las cosas malas son como las buenas: ambas vienen poco a poco y en pequeñas cantidades. Incluso entonces había gente que decía que el Señor había abandonado a los profesores de la universidad a sus propios recursos y que los jóvenes que fueron a estudiar con ellos habrían salido ganando sentados en una turbera, como sus antepasados durante la persecución, con una Biblia bajo el brazo y un espíritu de oración en el corazón. No cabía duda ninguna de que el Sr. Soulis había estado en la universidad demasiado tiempo. Era meticuloso y se preocupaba por muchas cosas, salvo por la más importante. Tenía una gran cantidad de libros — más de los que se habían visto jamás en todo aquel presbiterio—, y harto trabajo le costó al porteador, porque estuvieron a punto de ahogarse en el Pantano del Diablo, situado entre su destino y *Kilmackerlie*. Eran libros de teología, sin duda, o así los llamaban. Pero la gente seria era de la opinión de que no hacía falta tantos, sobretodo cuando toda la Palabra de Dios en su conjunto cabría en la punta de una manta escocesa. Además, el reverendo se pasaba la mitad del día y la mitad de la noche sentado, escribiendo nada menos, lo cual era poco decente. Al principio temían que leyera sus sermones; después resultó ser que estaba escribiendo un libro, lo que con toda seguridad no era conveniente para alguien tan joven y con escasa experiencia.

De todas formas, le convenía conseguir una mujer mayor y decente que cuidara de la casa parroquial y que se encargara de sus espartanas comidas. Le recomendaron a una vieja de mala reputación —Janet M'Clour, la llamaban— y le dejaron obrar por su cuenta hasta que se convenció por sí mismo. Muchos le aconsejaron lo contrario, porque la buena gente de *Balweary* tenía más que sospechas de Janet. Tiempo atrás había tenido un hijo con un soldado y se había apartado de la sociedad durante casi treinta años. Los niños la habían visto hablando sola en *Key's*



*Loan* al atardecer, un lugar y una hora extraños para una mujer temerosa del Señor. Sin embargo, fue un terrateniente quien recomendó a Janet desde un principio y, en aquellos días, el reverendo habría hecho cualquier cosa para complacer al terrateniente. Cuando la gente le comentó que Janet estaba poseída por el demonio le pareció un rumor sin fundamento; cuando le citaron la Biblia y la bruja de Endor trató de convencerles enfáticamente de que aquellos días ya no existían y de que el demonio estaba misericordiosamente comedido.

Bien, cuando se supo en la aldea que Janet M'Clour iba a entrar a servir en la casa del párroco la gente se enfadó mucho con ambos. Algunas de aquellas buenas señoras no tenían nada mejor que hacer que reunirse a la puerta de su casa y acusarla de todo lo que sabían de ella, desde el hijo del soldado hasta las dos vacas de John Tamson. Ella no era una mujer muy elocuente; normalmente la gente le dejaba hacer su vida y ella hacía lo mismo, sin intercambiar ni buenas tardes ni buenos días, pero cuando se enfadaba tenía una lengua como para dejar sordo al molinero; cuando empezaba no había un viejo chisme que, aquel día, no hiciera saltar a alguien; no podían decir nada sin que ella les respondiera dos veces. Hasta que, al final, las amas de casa la cogieron, le rasgaron la ropa y la arrastraron desde la aldea hasta las aguas del río *Dule*, para comprobar si era bruja o no; total, o nadaba o se ahogaba. La vieja gritó tanto que se la oyó en el *Hangirí Shaw* y luchó como diez. Muchas señoras llevaban cardenales al día siguiente y durante muchos días después; y justo en el momento más violento del altercado, ¡quién apareció sino el nuevo reverendo!

—Mujeres —dijo él, que tenía una voz magnífica—, en nombre de Dios os ordeno que la soltéis.

Janet corrió hacia él —estaba realmente aterrorizada—, se le abrazó y le rogó en nombre de Dios que la salvara de las chismosas; ellas, por su parte, le dijeron todo lo que sabían de ella y quizá más de lo que sabían.

—Mujer —le dijo a Janet—, ¿es eso verdad?

—Pongo a Dios por testigo —dijo ella— y como me hizo Dios que no es verdad ni una palabra. Aparte del hijo —dijo ella—, he sido una mujer decente toda mi vida.

—¿Renuncias —dijo el señor Soulis—, en nombre de Dios y ante mí, su indigno pastor, renuncias al diablo y a sus obras?

Bueno, parece ser que cuando preguntó eso ella sonrió de una forma que aterrorizó a quienes la vieron, y oyeron tamborilear los dientes en su boca. Pero no había más que una salida, y Janet levantó la mano y renunció al diablo delante de todos.

—Y ahora —dijo el señor Soulis a las señoras—, id a vuestras casas y pedid perdón a Dios.

Le dio el brazo a Janet, que llevaba encima poco más de una combinación, y la acompañó por la aldea hasta la puerta de su casa como a una gran señora. Los gritos y las risas de Janet eran escandalosos.

Aquella noche mucha gente seria alargó sus oraciones más de lo normal; pero al amanecer se difundió tal miedo sobre todo *Balweary* que los niños se escondieron e incluso los hombres permanecieron en casa y, como mucho, se asomaban a la puerta. Janet venía bajando por la aldea —ella o alguien que se le parecía, nadie podría decirlo con certeza— con el cuello torcido y la cabeza colgándole a un lado, como un cuerpo que ha sido ahorcado, y una sonrisa en el rostro como la de un cadáver sin enterrar. Poco a poco, se fueron acostumbrando e incluso le preguntaban burlonamente qué le pasaba; pero desde aquel día en adelante no pudo hablar como una mujer cristiana, sino que balbuceaba y castañeaba los dientes como si de unas podaderas se tratara. Desde aquel día el nombre de Dios jamás volvió a pasar por sus labios. A veces intentaba pronunciarlo, pero no lo conseguía. Los más listos no lo comentaban, pero jamás volvieron a llamar a esa «cosa» por el nombre de Janet M'Clour, pues para ellos la vieja ya estaba en el infierno desde ese día. No obstante, no había nada que detuviera al reverendo, que no hacía otra cosa que sermonear acerca de la crueldad de la gente, que le había provocado una apoplejía, y pegaba a los niños que la molestaban. Aquella misma noche la invitó a su casa y permaneció allí a solas con ella bajo el *Hanging Shaw*.

Bien, el tiempo pasó. Los más indolentes empezaron a pensar menos en aquel negro asunto. El reverendo estaba bien considerado; siempre hacía tarde escribiendo. La gente veía su vela cerca del agua del río *Dule* después de las doce de la noche. Parecía tan satisfecho de sí mismo y tan arrogante como al principio, aunque cualquiera podía ver que estaba consumiéndose. En cuanto a Janet, ella iba y venía; si antes hablaba poco, lo razonable era que ahora hablara menos. No molestaba a nadie; tenía un aspecto horripilante y nadie discutía con ella sobre el trozo de tierra que se regalaba, según la costumbre, al reverendo de *Balweary*, además de su paga mensual.

A finales de julio hizo un tiempo tan malo como jamás se había visto por esas tierras; había una calma calurosa, despiadada. El ganado no podía subir a *Black Hill* a pastar; los niños estaban demasiado cansados para jugar. A la vez, estaba tormentoso, con ráfagas de viento caliente que retumbaban en los valles y escasas lluvias que apenas mojaban la tierra. Todos pensábamos que caería una tormenta por la mañana; pero llegaba la mañana y la siguiente y continuaba el mismo tiempo amenazante, duro para el hombre y las bestias. Por si eso fuera poco, nadie sufría tanto como el señor Soulis. No podía ni dormir ni comer y se lo comentó a sus superiores. Cuando no estaba escribiendo su interminable libro, vagabundeaba por el campo como un hombre obsesionado; otro en su lugar estaría feliz de permanecer fresco dentro de casa.

Encima del *Hanging Shaw*, en el refugio de *Black Hill*, hay una parcela de tierra vallada con una puerta de hierro. Al parecer, en los viejos tiempos fue el cementerio de *Balweary*, consagrado por los papistas<sup>1</sup> antes de que se hiciera la luz bendita sobre

---

1 Se refiere a los católicos.

el reino. Sea como fuere, era uno de los sitios preferidos del señor Soulis. Allí se sentaba y meditaba sus sermones; realmente era un sitio protegido. Bien; un día, cuando subía la colina de *Black Hill* por el lado oeste, vio primero dos, luego cuatro y finalmente siete cornejas negras volando en círculos sobre el viejo cementerio. Volaban bajo, pesadamente, chillándose las unas a las otras. Al señor Soulis le pareció claro que algo las había apartado de su rutina cotidiana. No se asustaba fácilmente; se acercó directamente a las ruinas y qué se encontró allí sino a un hombre, o la apariencia de un hombre, sentado dentro del cementerio sobre una sepultura. Era de una estatura enorme, negro como el infierno<sup>2</sup>, y sus ojos eran singulares. El señor Soulis había oído hablar de hombres negros muchas veces, pero en éste había algo extraño que le intimidaba. Pese al calor que tenía, sintió una sensación de frío hasta el tuétano de los huesos, pero a pesar de todo se lanzó y le preguntó: «Amigo, ¿es usted forastero?» El hombre negro no contestó ni una palabra; se puso de pie y empezó a caminar torpemente hacia la pared del otro lado, pero siempre mirando al reverendo. Éste aguantó la mirada hasta que, de pronto, el hombre negro saltó la tapia y corrió al abrigo de los árboles. El señor Soulis, sin saber bien por qué, corrió detrás de él, pero se encontraba muy fatigado después del paseo a causa del tiempo caluroso y poco saludable. Por mucho que corrió, no consiguió más que un vistazo del hombre negro al cruzar el pequeño bosque de abedules, hasta que llegó al pie de la colina; allí le vio otra vez saltando rápidamente sobre las aguas del río *Dule* en dirección a la casa parroquial.

Al señor Soulis no le complacía mucho que este espantoso vagabundo se tomara tanta libertad con la casa parroquial de *Balweary*. Corrió más deprisa y, mojándose los zapatos, cruzó el arroyo y se acercó por el camino; pero no había ni sombra del hombre negro por allí. Salió al camino, pero no encontró a nadie. Buscó por todo el jardín, pero no apareció. Al final, y con un poco de miedo, como era natural, levantó el pasador y entró en la casa. Allí se encontró con Janet M'Clour delante de sus ojos, con su cuello torcido y no muy contenta de verle. En ese instante recordó que cuando la vio por primera vez sintió la misma escalofriante sensación de terror.

—Janet —dijo—, ¿has visto a un hombre negro?

—¡Un hombre negro! —dijo ella— ¡Sálvanos a todos! Usted no se entera, reverendo. No hay ningún hombre negro en todo *Balweary*.

Pero ella no hablaba claramente, debe entenderse, sino que balbuceaba como un poni con el freno de la brida en la boca.

—Bueno —dijo él—. Janet, si no hay ningún hombre negro yo he hablado con el inquisidor de la Hermandad.

Y se sentó como alguien que tiene fiebre, y los dientes le castañearon en la boca.

—Caray —dijo ella—, debería darle vergüenza, reverendo —dándole un poco de coñac que tenía siempre a mano.

---

2 En Escocia era creencia común que el diablo se aparecía como un hombre negro.

Entonces el señor Soulis entró en su estudio, rodeado de todos sus libros. Era una habitación larga, baja y oscura, mortíferamente fría en invierno y no especialmente seca ni en la época más calurosa del verano, porque la casa está situada cerca del arroyo. Se sentó y pensó en todo lo que le había ocurrido desde su llegada a *Balweary*; y en su hogar, y en los días en que era un crío y correteaba alegremente por las colinas; y aquel hombre negro corría por su cabeza como el estribillo de una canción. Cuanto más pensaba más lo hacía en el hombre negro. Intentó rezar, pero las palabras no le venían; dicen que intentó escribir en su libro, pero tampoco lo consiguió. Había momentos en los que pensaba que el hombre negro estaba a su lado y un sudor frío le cubría como el agua recién sacada del pozo; en otros momentos, volvía en sí como un bebé recién bautizado y no pensaba en nada.

Como resultado, se fue a la ventana y miró con enfado el agua del río *Dule*. En la proximidad de la casa los árboles son muy espesos y el agua, profunda y negra; allí estaba Janet, lavando la ropa con las enaguas remangadas; estaba de espaldas, y el reverendo, por su parte, apenas sabía lo que miraba. De pronto ella se dio la vuelta y le mostró el rostro. El señor Soulis sintió la misma sensación de terror que había sentido dos veces aquel mismo día y se acordó de lo que decía la gente: que Janet estaba muerta hacía tiempo y lo que veía era un fantasma de barro frío. Se apartó un poco y la miró detenidamente. Ella pisaba la ropa canturreando para sí misma; ¡caramba!, que Dios nos libre, la suya era una cara espantosa. A veces ella cantaba más fuerte, pero no había hombre ni mujer que pudiera entender la letra de su canción. A veces miraba hacia abajo con la cabeza torcida, pero donde ella miraba no había nada. Una sensación escalofriante recorrió el cuerpo del reverendo; fue un aviso del Cielo. El señor Soulis se culpó a sí mismo por pensar tan mal de una pobre mujer, vieja y afligida, sin amigos salvo él. Entonó una corta oración por ambos, bebió un poco de agua fresca —porque el corazón le saltaba en el pecho— y, al atardecer, se fue a la cama.

Aquella fue una noche que jamás se olvidará en *Balweary*, la noche del diecisiete de agosto de 1712. Antes había hecho calor, como he dicho, pero aquella noche hizo más calor que nunca. El sol se puso entre nubes muy extrañas; oscureció como un pozo; ni una estrella, ni una gota de aire. Uno no podía verse ni la mano delante de la cara, e incluso los más ancianos se quitaron las sábanas y jadeaban tratando de respirar. Con todo lo que tenía en la cabeza, era muy improbable que el señor Soulis consiguiera dormir mucho.

Daba vueltas en la cama, limpia y fresca cuando se acostó pero que ahora le quemaba hasta los huesos. A ratos dormía y a ratos se despertaba; unas veces oía al reloj dar las horas durante la noche y otras, a un perro aullar en el páramo como si hubiera muerto alguien; a veces le parecía oír fantasmas chismorreando en su oído y otras veía lucecillas en la habitación. Pensó, creyó estar enfermo; y enfermo estaba, pero... poco sospechaba de qué enfermedad.

Al final, se le despejó la cabeza, se sentó al borde de la cama en camión y volvió a pensar en el hombre negro y en Janet. No sabía bien cómo —quizá por el frío que sentía en los pies—, pero se le ocurrió de repente que había una cierta conexión entre ellos y que uno de los dos o ambos eran fantasmas. Justo en aquel momento, en la habitación de Janet, que estaba al lado de la suya, se oyó un ruido de pisadas como si hubiese algunos hombres luchando, y a continuación, un golpe fuerte. Un remolino de viento se deslizó estrepitosamente por las cuatro esquinas de la casa; después todo volvió a estar silencioso como una tumba.

El señor Soulis no temía ni al hombre ni al diablo. Cogió las yescas y encendió una vela, avanzando tres pasos hacia la puerta de Janet. Estaba cerrada, la abrió de un empujón e inspeccionó la habitación atrevidamente. Era una habitación amplia, tan amplia como la del reverendo, amueblada con muebles grandes, viejos y sólidos, porque no tenía otra cosa. Había una cama de cuatro postes con colgantes viejos, un estupendo armario de roble lleno de libros de teología del reverendo que se habían puesto allí por falta de espacio y unas cuantas prendas de Janet esparcidas aquí y allá por el suelo. Pero el reverendo Soulis no vio a Janet, y tampoco había señal alguna de forcejeo. Entró —pocos le habrían seguido—, miró a su alrededor y escuchó. Pero no oyó nada, ni dentro de la casa ni en toda la parroquia de *Balweary*; tampoco se veía nada salvo las grandes sombras que giraban alrededor de la vela. De golpe, el corazón del reverendo latió rápidamente y se quedó paralizado; un viento frío revoloteó por sus cabellos. ¡Qué visión más deprimente para los ojos del pobre hombre! Vio a Janet colgada de un clavo al lado del viejo armario de roble; la cabeza aún reposaba sobre el hombro, tenía los ojos cerrados, la lengua le salía por la boca y los zapatos se encontraban a una altura de dos pies sobre el suelo.

«¡Que Dios nos perdone a todos!», pensó el señor Soulis, «la pobre Janet está muerta.» Dio un paso hacia el cuerpo y entonces el corazón le saltó de nuevo en el pecho. Qué hechizo haría pensar a un hombre que Janet podía estar colgada de un solo clavo y por un solo hilo de estambre de los que sirven para remendar medias.

Era horrible estar solo por la noche con tales prodigios en la oscuridad, pero la fe del reverendo Soulis en el Señor era profunda. Dio la vuelta y salió de aquella habitación cerrando la puerta con llave tras él. Paso a paso, bajó las escaleras pesadamente, como el plomo, y puso la vela sobre la mesa que había al pie de la escalera. No podía rezar, no podía pensar, estaba empapado en un sudor frío y no oía nada salvo el palpito de su propio corazón. Es posible que permaneciera allí una hora o quizá dos, no se dio cuenta, cuando, de pronto, escuchó una risa, una conmoción extraña arriba. Se oían pasos ir y venir por la habitación donde estaba el cuerpo colgado; entonces la puerta se abrió, aunque él recordaba claramente que la había cerrado con llave. Después sintió pisadas en el rellano y le pareció ver el cuerpo asomado a la barandilla mirando hacia abajo, donde él se encontraba.

Cogió la vela de nuevo (porque no podía prescindir de la luz) y, tan sigilosamente como pudo, salió directamente de la casa y fue hasta la otra punta del

sendero. Aún estaba completamente oscuro; la llama de la vela ardía tranquila y transparente como en una habitación cuando la puso sobre la tierra; nada se movía salvo el agua del río Dule, susurrando y murmurando valle abajo, y aquellos atroces pasos que bajaban lentamente por las escaleras dentro de la casa. Él conocía los pasos perfectamente: eran de Janet, y, con cada paso que se le acercaba poco a poco, el frío aumentaba en sus entrañas. Encomendó su alma al Creador: «Oh, Señor» — dijo —, «dame fuerza para luchar esta noche contra el poder del mal.»

Para entonces los pasos avanzaban por el pasillo hacia la puerta. Podía oír la mano que rozaba la pared con sumo cuidado, como si la «cosa» espantosa palpara el camino. Los sauces se sacudían y gemían al unísono, y un largo susurro del viento atravesó las colinas; la llama de la vela bailaba. Y apareció el cuerpo de Janet «la torcida», con su vestido de lana y su capucha negra, con la cabeza colgando sobre el hombro y una mueca todavía visible en el rostro —viva, se podría decir... muerta, como bien sabía el reverendo Soulis—, en el umbral de la casa.

Es extraño que el alma del hombre dependa tanto de su perecedero cuerpo, pero el reverendo se dio cuenta y su corazón aguantó.

Ella no permaneció allí mucho tiempo; empezó a moverse otra vez y se acercó lentamente hacia el Sr. Soulis, que se encontraba de pie bajo los sauces. Toda la vida corporal de él, toda la fuerza de su espíritu irradiaba en sus ojos. Pareció que ella iba a hablar, pero le faltaron palabras e hizo una señal con la mano izquierda. Hubo un golpe de viento como el siseo de un gato, la vela se apagó, los sauces chillaron como si fueran personas y el señor Soulis supo que, vivo o muerto, aquello era el final.

—¡Bruja, diablo! —gritó—, te ordeno en nombre de Dios que te vayas a la tumba si estás muerta o al Infierno si estás condenada.

Y en aquel instante la mano de Dios, desde el Cielo, fulminó a la «cosa» allí mismo. El cuerpo viejo, muerto y profanado de la mujer bruja, tanto tiempo apartado de la tumba y manipulado por los demonios, ardió como un fuego de azufre y se desmoronó en cenizas sobre el suelo; a continuación empezaron los truenos, más fuertes cada vez, seguidos por el estruendo de la lluvia. El reverendo Soulis saltó por encima del seto del jardín y corrió dando gritos hacia la aldea.

Aquella misma mañana, John Christie vio al Hombre Negro pasar el Gran Mojón cuando daban las seis de la mañana; antes de las ocho pasó por la posada de *Knockdoiv*; poco después, Sandy M'Llellan le vio cruzando los oteros de *Kilmackerlie* rápidamente. No hay ninguna duda de que él fue quien ocupó el cuerpo de Janet durante tanto tiempo; pero, por fin, se había marchado. Desde entonces, el diablo jamás ha vuelto a molestarnos en *Balweary*.

Sin embargo, fue un penoso honor para el reverendo; permaneció delirando en la cama durante mucho tiempo. Desde aquel día hasta hoy, no ha vuelto a ser el mismo.

## El Ladrón De Cadaveres

Todas las noches del año nos sentábamos los cuatro en el pequeño reservado de la posada George en Debenham: el empresario de pompas fúnebres, el dueño, Fettes y yo. A veces había más gente; pero tanto si hacía viento como si no, tanto si llovía como si nevaba o caía una helada, los cuatro, llegado el momento, nos instalábamos en nuestros respectivos sillones. Fettes era un viejo escocés muy dado a la bebida; culto, sin duda, y también acomodado, porque vivía sin hacer nada. Había llegado a Debenham años atrás, todavía joven, y por la simple permanencia se había convertido en hijo adoptivo del pueblo. Su capa azul de camelote era una antigüedad, igual que la torre de la iglesia. Su sitio fijo en el reservado de la posada, su conspicua ausencia de la iglesia, y sus vicios vergonzosos eran cosas de todos sabidas en Debenham. Mantenía algunas opiniones vagamente radicales y cierto pasajero escepticismo religioso que sacaba a relucir periódicamente, dando énfasis a sus palabras con imprecisos manotazos sobre la mesa. Bebía ron: cinco vasos todas las veladas; y durante la mayor parte de su diaria visita a la posada permanecía en un estado de melancólico estupor alcohólico, siempre con el vaso de ron en la mano derecha. Le llamábamos el doctor, porque se le atribuían ciertos conocimientos de medicina y en casos de emergencia había sido capaz de entablillar una fractura o reducir una luxación, pero, al margen de estos pocos detalles, carecíamos de información sobre su personalidad y antecedentes.

Una oscura noche de invierno—habían dado las nueve algo antes de que el dueño se reuniera con nosotros— fuimos informados de que un gran terrateniente de los alrededores se había puesto enfermo en la posada, atacado de apoplejía, cuando iba de camino hacia Londres y el Parlamento; y por telégrafo se había solicitado la presencia, a la cabecera del gran hombre, de su médico de la capital, personaje todavía más famoso. Era la primera vez que pasaba una cosa así en Debenham (hacía muy poco tiempo que se había inaugurado el ferrocarril) y todos estábamos convenientemente impresionados.

—Ya ha llegado —dijo el dueño, después de llenar y de encender la pipa.

—¿Quién? —dije yo—. ¿No querrá usted decir el médico?

—Precisamente —contestó nuestro posadero.

—¿Cómo se llama?

—Doctor Macfarlane —dijo el dueño.

Fettes estaba acabando su tercer vaso, sumido ya en el estupor de la borrachera, unas veces asintiendo con la cabeza, otras con la mirada perdida en el vacío; pero con el sonido de las últimas palabras pareció despertarse y repitió dos veces el apellido «Macfarlane»: la primera con entonación tranquila, pero con repentina emoción la segunda.

—Sí dijo el dueño—, así se llama: doctor Wolfe Macfarlane.

Fettes se serenó inmediatamente; sus ojos se aclararon, su voz se hizo más firme y sus palabras más vigorosas. Todos nos quedamos muy sorprendidos ante aquella transformación, porque era como si un hombre hubiera resucitado de entre los muertos.

—Les ruego que me disculpen—dijo—; mucho me temo que no prestaba atención a sus palabras. ¿Quién es ese tal Wolfe Macfarlane?

Y añadió, después de oír las explicaciones del dueño:

—No puede ser, claro que no; y, sin embargo, me gustaría ver a ese hombre cara a cara.

—¿Le conoce usted, doctor?—preguntó boquiabierto el empresario de pompas fúnebres.

—¡Dios no lo quiera! —fue la respuesta—. Y, sin embargo, el nombre no es nada corriente, sería demasiado imaginar que hubiera dos. Dígame, posadero, ¿se trata de un hombre viejo?

—No es un hombre joven, desde luego, y tiene el pelo blanco; pero sí parece más joven que usted.

—Es mayor que yo, sin embargo; varios años mayor. Pero—dando un manotazo sobre la mesa—, es el ron lo que ve usted en mi cara; el ron y mis pecados. Este hombre quizá tenga una conciencia más fácil de contentar y haga bien las digestiones. ¡Conciencia! ¡De qué cosas me atrevo a hablar! Se imaginarán ustedes que he sido un buen cristiano, ¿no es cierto? Pues no, yo no; nunca me ha dado por la hipocresía. Quizá Voltaire habría cambiado si se hubiera visto en mi caso; pero, aunque mi cerebro—y procedió a darse un manotazo sobre la calva cabeza—, aunque mi cerebro funcionaba perfectamente, no saqué ninguna conclusión de las cosas que vi.

—Si este doctor es la persona que usted conoce—me aventuré a apuntar, después de una pausa bastante penosa—, ¿debemos deducir que no comparte la buena opinión del posadero?

Fettes no me hizo el menor caso.

—Sí —dijo, con repentina firmeza—, tengo que verlo cara a cara.

Se produjo otra pausa; luego una puerta se cerró con cierta violencia en el primer piso y se oyeron pasos en la escalera.

—Es el doctor —exclamó el dueño—. Si se da prisa podrá alcanzarle.

No había más que dos pasos desde el pequeño reservado a la puerta de la vieja posada George; la ancha escalera de roble terminaba casi en la calle; entre el umbral y el último peldaño no había sitio más que para una alfombra turca; pero este espacio tan reducido quedaba brillantemente iluminado todas las noches, no sólo gracias a la luz de la escalera y al gran farol debajo del nombre de la posada, sino también debido al cálido resplandor que salía por la ventana de la cantina. La posada llamaba así convenientemente la atención de los que cruzaban por la calle en las frías noches de invierno. Fettes se llegó sin vacilaciones hasta el diminuto



vestíbulo y los demás, quedándonos un tanto retrasados, nos dispusimos a presenciar el encuentro entre aquellos dos hombres, encuentro que uno de ellos había definido como «cara a cara». El doctor Macfarlane era un hombre despierto y vigoroso. Sus cabellos blancos servían para resaltar la calma y la palidez de su rostro, nada desprovisto de energía por otra parte. Iba elegantemente vestido con el mejor velarte y la más fina holanda, y lucía una gruesa cadena de oro para el reloj y gemelos y anteojos del mismo metal precioso. La corbata, ancha y con muchos pliegues, era blanca con lunares de color lila, y llevaba al brazo un abrigo de pieles para defenderse del frío durante el viaje. No hay duda de que lograba dar dignidad a sus años envuelto en aquella atmósfera de riqueza y respetabilidad; y no dejaba de ser todo un contraste sorprendente ver a nuestro borrachín —calvo, sucio, lleno de granos y arropado en su vieja capa azul de camelote— enfrentarse con él al pie de la escalera.

—¡Macfarlane! —dijo con voz resonante, más propia de un heraldo que de un amigo.

El gran doctor se detuvo bruscamente en el cuarto escalón, como si la familiaridad de aquel saludo sorprendiera y en cierto modo ofendiera su dignidad.

—¡Toddy Macfarlane! —repitió Fettes.

El londinense casi se tambaleó. Lanzó una mirada rapidísima al hombre que tenía delante, volvió hacia atrás unos ojos atemorizados y luego susurró con voz llena de sorpresa:

—¡Fettes! ¡Tú!

—¡Yo, sí! —dijo el otro—. ¿Creías que también yo estaba muerto? No resulta tan fácil dar por terminada nuestra relación.

—¡Calla, por favor! —exclamó el ilustre médico—. ¡Calla! Este encuentro es tan inesperado... Ya veo que te has ofendido. Confieso que al principio casi no te había conocido; pero me alegro mucho... me alegro mucho de tener esta oportunidad. Hoy sólo vamos a poder decirnos hola y hasta la vista; me espera el calesín y tengo que coger el tren; pero debes... veamos, sí... debes darme tu dirección y te aseguro que tendrás muy pronto noticias mías. Hemos de hacer algo por ti, Fettes. Mucho me temo que estás algo apurado; pero ya nos ocuparemos de eso «en recuerdo de los viejos tiempos», como solíamos cantar durante nuestras cenas.

—¡Dinero! —exclamó Fettes— ¡Dinero tuyo! El dinero que me diste estará todavía donde lo arrojé aquella noche de lluvia.

Hablando, el doctor Macfarlane había conseguido recobrar un cierto grado de superioridad y confianza en sí mismo, pero la desacostumbrada energía de aquella negativa lo sumió de nuevo en su primitiva confusión.

Una horrible expresión atravesó por un momento sus facciones casi venerables.

—Mi querido amigo —dijo—, haz como gustes; nada más lejos de mi intención que ofenderte. No quisiera entrometerme. Pero sí que te dejaré mi dirección...

—No me la des... No deseo saber cuál es el techo que te cobija—le interrumpió el otro—. Oí tu nombre; temí que fueras tú; quería saber si, después de todo, existe un Dios; ahora ya sé que no. ¡Sal de aquí!

Pero Fettes seguía en el centro de la alfombra, entre la escalera y la puerta; y para escapar, el gran médico londinense iba a verse obligado a dar un rodeo. Estaban claras sus vacilaciones ante lo que a todas luces consideraba una humillación. A pesar de su palidez, había un brillo amenazador en sus anteojos; pero, mientras seguía sin decidirse, se dio cuenta de que el cochero de su calesín contemplaba con interés desde la calle aquella escena tan poco común y advirtió también cómo le mirábamos nosotros, los del pequeño grupo del reservado, apelotonados en el rincón más próximo a la cantina. La presencia de tantos testigos le decidió a emprender la huida. Pasó pegado a la pared y luego se dirigió hacia la puerta con la velocidad de una serpiente. Pero sus dificultades no habían terminado aún, porque antes de salir Fettes le agarró del brazo y, de sus labios, aunque en un susurro, salieron con toda claridad estas palabras:

—¿Has vuelto a verlo?

El famoso doctor londinense dejó escapar un grito ahogado, dio un empujón al que así le interrogaba y con las manos sobre la cabeza huyó como un ladrón cogido in fraganti. Antes de que a ninguno de nosotros se nos ocurriera hacer el menor movimiento, el calesín traqueteaba ya camino de la estación. La escena había terminado como podría hacerlo un sueño; pero aquel sueño había dejado pruebas y rastros de su paso. Al día siguiente la criada encontró los anteojos de oro en el umbral, rotos, y aquella noche todos permanecemos en pie, sin aliento, junto a la ventana de la cantina, con Fettes a nuestro lado, sereno, pálido y con aire decidido.

—¡Que Dios nos tenga de su mano, Mr. Fettes! —dijo el posadero, al ser el primero en recobrar el normal uso de sus sentidos—. ¿A qué obedece todo esto? Son cosas bien extrañas las que usted ha dicho...

Fettes se volvió hacia nosotros; nos fue mirando a la cara sucesivamente.

—Procuren tener la lengua quieta—dijo—. Es arriesgado enfrentarse con el tal Macfarlane; los que lo han hecho se han arrepentido demasiado tarde.

Después, sin terminarse el tercer vaso, ni mucho menos quedarse para consumir los otros dos, nos dijo adiós y se perdió en la oscuridad de la noche después de pasar bajo la lámpara de la posada.

Nosotros tres regresamos a los sillones del reservado, con un buen fuego y cuatro velas recién empezadas; y, a medida que recapitulábamos lo sucedido, el primer escalofrío de nuestra sorpresa se convirtió muy pronto en hormiguillo de curiosidad. Nos quedamos allí hasta muy tarde; no recuerdo ninguna otra noche en la que se prolongara tanto la tertulia. Antes de separarnos, cada uno tenía una teoría que se había comprometido a probar, y no había para nosotros asunto más urgente en este mundo que rastrear el pasado de nuestro misterioso contertulio y descubrir el secreto que compartía con el famoso doctor londinense. No es un gran motivo de

vanagloria, pero creo que me di mejor maña que mis compañeros para desvelar la historia; y quizá no haya en estos momentos otro ser vivo que pueda narrarles a ustedes aquellos monstruosos y abominables sucesos.

De joven, Fettes había estudiado medicina en Edimburgo. Tenía un cierto tipo de talento que le permitía retener gran parte de lo que oía y asimilarlo en seguida, haciéndolo suyo. Trabajaba poco en casa; pero era cortés, atento e inteligente en presencia de sus maestros. Pronto se fijaron en él por su capacidad de atención y su buena memoria; y, aunque a mí me pareció bien extraño cuando lo oí por primera vez, Fettes era en aquellos días bien parecido y cuidaba mucho de su aspecto exterior. Existía por entonces fuera de la universidad un cierto profesor de anatomía al que designaré aquí mediante la letra K. Su nombre llegó más adelante a ser tristemente célebre. El hombre que lo llevaba se escabulló disfrazado por las calles de Edimburgo, mientras el gentío, que aplaudía la ejecución de Burke, pedía a gritos la sangre de su patrón. Pero Mr. K estaba entonces en la cima de su popularidad; disfrutaba de la fama debido en parte a su propio talento y habilidad, y en parte a la incompetencia de su rival, el profesor universitario. Los estudiantes, al menos, tenían absoluta fe en él y el mismo Fettes creía, e hizo creer a otros, que había puesto los cimientos de su éxito al lograr el favor de este hombre meteóricamente famoso. Mr. K era un bon vivant además de un excelente profesor; y apreciaba tanto una hábil ilusión como una preparación cuidadosa. En ambos campos Fettes disfrutaba de su merecida consideración, y durante el segundo año de sus estudios recibió el encargo semioficial de segundo profesor de prácticas o sub-asistente en su clase.

Debido a este empleo, el cuidado del anfiteatro y del aula recaía de manera particular sobre los hombros de Fettes. Era responsable de la limpieza de los locales y del comportamiento de los otros estudiantes y también constituía parte de su deber proporcionar, recibir y dividir los diferentes cadáveres. Con vistas a esta última ocupación —en aquella época asunto muy delicado—, Mr. K hizo que se alojase primero en el mismo callejón y más adelante en el mismo edificio donde estaban instaladas las salas de disección. Allí, después de una noche de turbulentos placeres, con la mano todavía temblorosa y la vista nublada, tenía que abandonar la cama en la oscuridad de las horas que preceden a los amaneceres invernales, para entenderse con los sucios y desesperados traficantes que abastecían las mesas. Tenía que abrir la puerta a aquellos hombres que después han alcanzado tan terrible reputación en todo el país. Tenía que recoger su trágico cargamento, pagarles el sórdido precio convenido y quedarse solo, al marcharse los otros, con aquellos desagradables despojos de humanidad. Terminada tal escena, Fettes volvía a adormilarse por espacio de una o dos horas para reparar así los abusos de la noche y refrescarse un tanto para los trabajos del día siguiente.

Pocos muchachos podrían haberse mostrado más insensibles a las impresiones de una vida pasada de esta manera bajo los emblemas de la moralidad. Su mente estaba impermeabilizada contra cualquier consideración de carácter general. Era

incapaz de sentir interés por el destino y los reveses de fortuna de cualquier otra persona, esclavo total de sus propios deseos y rastreras ambiciones. Frío, superficial y egoísta en última instancia, no carecía de ese mínimo de prudencia, a la que se da equivocadamente el nombre de moralidad, que mantiene a un hombre alejado de borracheras inconvenientes o latrocinios castigables. Como Fettes deseaba además que sus maestros y condiscípulos tuvieran de él una buena opinión, se esforzaba en guardar las apariencias. Decidió también destacar en sus estudios y día tras día servía a su patrón impecablemente en las cosas más visibles y que más podían reforzar su reputación de buen estudiante. Para indemnizarse de sus días de trabajo, se entregaba por las noches a placeres ruidosos y desvergonzados; y cuando los dos platillos se equilibraban, el órgano al que Fettes llamaba su conciencia se declaraba satisfecho.

La obtención de cadáveres era continua causa de dificultades tanto para él como para su patrón. En aquella clase con tantos alumnos y en la que se trabajaba mucho, la materia prima de las disecciones estaba siempre a punto de acabarse; y las transacciones que esta situación hacía necesarias no sólo eran desagradables en sí mismas, sino que podían tener consecuencias muy peligrosas para todos los implicados. La norma de Mr. K era no hacer preguntas en el trato con los de la profesión. «Ellos consiguen el cuerpo y nosotros pagamos el precio», solía decir, recalcando la aliteración; «quid pro quo». Y de nuevo, y con cierto cinismo, les repetía a sus asistentes que «No hicieran preguntas por razones de conciencia.»

No es que se diera por sentado implícitamente que los cadáveres se conseguían mediante el asesinato. Si tal idea se le hubiera formulado mediante palabras, Mr. K se habría horrorizado; pero su frívola manera de hablar tratándose de un problema tan serio era, en sí misma, una ofensa contra las normas más elementales de la responsabilidad social y una tentación ofrecida a los hombres con los que negociaba. Fettes, por ejemplo no había dejado de advertir que, con frecuencia, los cuerpos que le llevaban habían perdido la vida muy pocas horas antes. También le sorprendía una y otra vez el aspecto abominable y los movimientos solapados de los rufianes que llamaban a su puerta antes del alba; y, atando cabos para sus adentros, quizá atribuía un significado demasiado inmoral y demasiado categórico a las imprudentes advertencias de su maestro. En resumen: Fettes entendía que su deber constaba de tres apartados: aceptar lo que le traían, pagar el precio y pasar por alto cualquier indicio de un posible crimen.

Una mañana de noviembre esta consigna de silencio se vio duramente puesta a prueba. Fettes, después de pasar la noche en blanco debido a un atroz dolor de muelas —paseándose por su cuarto como una fiera enjaulada o arrojándose desesperado sobre la cama—, y caer ya de madrugada en ese sueño profundo e intranquilo que con tanta frecuencia es la consecuencia de una noche de dolor, se vio despertado por la tercera o cuarta impaciente repetición de la señal convenida. La luna, aunque en cuarto menguante, derramaba abundante luz; hacía mucho frío y la

noche estaba ventosa, la ciudad dormía aún, pero una indefinible agitación preludiaba ya el ruido y el tráfago del día. Los profanadores habían llegado más tarde de lo acostumbrado y parecían tener aún más prisa por marcharse que otras veces. Fettes, muerto de sueño, les fue alumbrando escaleras arriba. Oía sus roncas voces, con fuerte acento irlandés, como formando parte de un sueño; y mientras aquellos hombres vaciaban el lúgubre contenido de su saco, él dormitaba, con un hombro apoyado contra la pared; tuvo que hacer luego verdaderos esfuerzos para encontrar el dinero con que pagar a aquellos hombres. Al ponerse en movimiento sus ojos tropezaron con el rostro del cadáver. No pudo disimular su sobresalto; dio dos pasos hacia adelante, con la vela en alto.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¡Si es Jane Galbraith!

Los hombres no respondieron nada pero se movieron imperceptiblemente en dirección a la puerta.

—La conozco, se lo aseguro —continuó Fettes—. Ayer estaba viva y muy contenta. Es imposible que haya muerto; es imposible que hayan conseguido este cuerpo de forma correcta.

—Está usted completamente equivocado, señor—dijo uno de los hombres.

Pero el otro lanzó a Fettes una mirada amenazadora y pidió que se les diera el dinero inmediatamente.

Era imposible malinterpretar su expresión o exagerar el peligro que implicaba. Al muchacho le faltó valor. Tartamudeó una excusa, contó la suma convenida y acompañó a sus odiosos visitantes hasta la puerta. Tan pronto como desaparecieron, Fettes se apresuró a confirmar sus sospechas. Mediante una docena de marcas que no dejaban lugar a dudas identificó a la muchacha con la que había bromeado el día anterior. Vio, con horror, señales sobre aquel cuerpo que podían muy bien ser pruebas de una muerte violenta. Se sintió dominado por el pánico y buscó refugio en su habitación. Una vez allí reflexionó con calma sobre el descubrimiento que había hecho; consideró fríamente la importancia de las instrucciones de Mr. K y el peligro para su persona que podía derivarse de su intromisión en un asunto de tanta importancia; finalmente, lleno de angustiosas dudas, determinó esperar y pedir consejo a su inmediato superior, el primer asistente.

Era éste un médico joven, Tolfé Macfarlane, gran favorito de los estudiantes temerarios, hombre inteligente, disipado y absolutamente falto de escrúpulos. Había viajado y estudiado en el extranjero. Sus modales eran agradables y un poquito atrevidos. Se le consideraba una autoridad en cuestiones teatrales y no había nadie más hábil para patinar sobre el hielo ni que manejara con más destreza los palos de golf; vestía con elegante audacia y, como toque final de distinción, era propietario de un calesín y de un robusto trotón. Su relación con Fettes había llegado a ser muy íntima; de hecho sus cargos respectivos hacían necesaria una cierta comunidad de vida; y cuando escaseaban los cadáveres, los dos se adentraban por las zonas rurales en el calesín de Macfarlane, para visitar y profanar algún cementerio poco

frecuentado y, antes del alba, presentarse con su botín en la puerta de la sala de disección.

Aquella mañana Macfarlane apareció un poco antes de lo que solía. Fettes le oyó, salió a recibirle a la escalera, le contó su historia y terminó mostrándole la causa de su alarma. Macfarlane examinó las señales que presentaba el cadáver.

—Sí —dijo con una inclinación de cabeza—; parece sospechoso.

—¿Qué te parece que debo hacer? —preguntó Fettes.

—¿Hacer? —repitió el otro—. ¿Es que quieres hacer algo? Cuanto menos se diga, antes se arreglará, diría yo.

—Quizá la reconozca alguna otra persona —objetó Fettes—. Era tan conocida como el Castle Rock.

—Esperemos que no —dijo Macfarlane—, y si alguien lo hace... bien, tú no la reconociste, ¿comprendes?, y no hay más que hablar. Lo cierto es que esto lleva ya demasiado tiempo sucediendo. Remueve el cieno y colocarás a K en una situación desesperada; tampoco tú saldrías muy bien librado. Ni yo, si vamos a eso. Me gustaría saber cómo quedaríamos, o qué demonios podríamos decir si nos llamaran como testigos ante cualquier tribunal. Porque, para mí, ¿sabes?, hay una cosa cierta: prácticamente hablando, todo nuestro «material» han sido personas asesinadas.

—¡Macfarlane! —exclamó Fettes.

—¡Vamos, vamos! —se burló el otro—. ¡Como si tú no lo hubieras sospechado!

—Sospechar es una cosa...

—Y probar otra. Ya lo sé; y siento tanto como tú que esto haya llegado hasta aquí—dando unos golpes en el cadáver con su bastón—. Pero colocados en esta situación, lo mejor que puedo hacer es no reconocerla; y—añadió con gran frialdad— así es: no la reconozco. Tú puedes, si es ése tu deseo. No voy a decirte lo que tienes que hacer, pero creo que un hombre de mundo haría lo mismo que yo; y me atrevería a añadir que eso es lo que K esperaba de nosotros. La cuestión es ¿por qué nos eligió a nosotros como asistentes? Y yo respondo: porque no quería viejas chismosas.

Aquella manera de hablar era la que más efecto podía tener en la mente de un muchacho como Fettes. Accedió a imitar a Macfarlane. El cuerpo de la desgraciada joven pasó a la mesa de disección como era costumbre y nadie hizo el menor comentario ni pareció reconocerla.

Una tarde, después de haber terminado su trabajo de aquel día, Fettes entró en una taberna muy concurrida y encontró allí a Macfarlane sentado en compañía de un extraño. Era un hombre pequeño, muy pálido y de cabellos muy oscuros, y ojos negros como carbones. El corte de su cara parecía prometer una inteligencia y un refinamiento que sus modales se encargaban de desmentir, porque nada más empezar a tratarle, se ponía de manifiesto su vulgaridad, su tosquedad y su estupidez. Aquel hombre ejercía, sin embargo, un extraordinario control sobre Macfarlane; le daba órdenes como si fuera el Gran Bajá; se indignaba ante el menor

inconveniente o retraso, y hacía groseros comentarios sobre el servilismo con que era obedecido. Esta persona tan desagradable manifestó una inmediata simpatía hacia Fettes, trató de ganárselo invitándolo a beber y le honró con extraordinarias confidencias sobre su pasado. Si una décima parte de lo que confesó era verdad, se trataba de un bribón de lo más odioso; y la vanidad del muchacho se sintió halagada por el interés de un hombre de tanta experiencia.

—Yo no soy precisamente un ángel —hizo notar el desconocido—, pero Macfarlane me da ciento y raya... Toddy Macfarlane le llamo yo. Toddy, pide otra copa para tu amigo.

O bien:

—Toddy, levántate y cierra la puerta.

—Toddy me odia —dijo después—. Sí, Toddy, ¡claro que me odias!

—No me gusta ese maldito nombre, y usted lo sabe —gruñó Macfarlane.

—¡Escúchalo! ¿Has visto a los muchachos tirar al blanco con sus cuchillos? A él le gustaría hacer eso por todo mi cuerpo —explicó el desconocido.

—Nosotros, la gente de medicina, tenemos un sistema mejor —dijo Fettes—. Cuando no nos gusta un amigo muerto, lo llevamos a la mesa de disección. Macfarlane le miró enojado, como si aquella broma fuera muy poco de su agrado.

Fue pasando la tarde. Gray, porque tal era el nombre del desconocido, invitó a Fettes a cenar con ellos, encargando un festín tan suntuoso que la taberna entera tuvo que movilizarse, y cuando terminó le mandó a Macfarlane que pagara la cuenta. Se separaron ya de madrugada; el tal Gray estaba completamente borracho. Macfarlane, sereno sobre todo a causa de la indignación reflexionaba sobre el dinero que se había visto obligado a malgastar y las humillaciones que había tenido que soportar. Fettes, con diferentes licores cantándole dentro de la cabeza, volvió a su casa con pasos inciertos y la mente totalmente en blanco. Al día siguiente Macfarlane faltó a clase y Fettes sonrió para sus adentros al imaginárselo todavía acompañando al insoportable Gray de taberna en taberna. Tan pronto como quedó libre de sus obligaciones, se puso a buscar por todas partes a sus compañeros de la noche anterior. Pero no consiguió encontrarlos en ningún sitio; de manera que volvió pronto a su habitación, se acostó en seguida, y durmió el sueño de los justos.

A las cuatro de la mañana le despertó la señal acostumbrada. Al bajar a abrir la puerta, grande fue su asombro cuando descubrió a Macfarlane con su calesín y dentro del vehículo uno de aquellos horrendos bultos alargados que tan bien conocía.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Has salido tú solo? ¿Cómo te las has apañado?

Pero Macfarlane le hizo callar bruscamente, pidiéndole que se ocupara del asunto que tenían entre manos. Después de subir el cuerpo y de depositarlo sobre la mesa, Macfarlane hizo primero un gesto como de marcharse. Después se detuvo y pareció dudar.

—Será mejor que le veas la cara—dijo después lentamente, como si le costara cierto trabajo hablar—. Será mejor—repitió, al ver que Fettes se le quedaba mirando, lleno de asombro.

—Pero ¿dónde, cómo y cuándo ha llegado a tus manos? —exclamó el otro.

—Mírale la cara —fue la única respuesta.

Fettes titubeó; le asaltaron extrañas dudas. Contempló al joven médico y después el cuerpo; luego volvió otra vez la vista hacia Macfarlane. Finalmente, dando un respingo, hizo lo que se le pedía. Casi estaba esperando el espectáculo que se tropezaron sus ojos pero de todas formas el impacto fue violento. Ver, inmovilizado por la rigidez de la muerte y desnudo sobre el basto tejido de arpillera, al hombre del que se había separado dejándolo bien vestido y con el estómago satisfecho en el umbral de una taberna, despertó, hasta en el atolondrado Fettes, algunos de los terrores de la conciencia. El que dos personas que había conocido hubieran terminado sobre las heladas mesas de disección era un *cras tibi* que iba repitiéndose por su alma en ecos sucesivos. Con todo, aquellas eran sólo preocupaciones secundarias. Lo que más le importaba era Wolfe.

Falto de preparación para enfrentarse con un desafío de tanta importancia, Fettes no sabía cómo mirar a la cara a su compañero. No se atrevía a cruzar la vista con él y le faltaban tanto las palabras como la voz con que pronunciarlas.

Fue Macfarlane mismo quien dio el primer paso. Se acercó tranquilamente por detrás y puso una mano, con suavidad pero con firmeza, sobre el hombro del otro.

—Richardson —dijo— puede quedarse con la cabeza.

Richardson era un estudiante que desde tiempo atrás se venía mostrando muy deseoso de disponer de esa porción del cuerpo humano para sus prácticas de disección. No recibió ninguna respuesta, y el asesino continuó:

—Hablando de negocios, debes pagarme; tus cuentas tienen que cuadrar, como es lógico.

Fettes encontró una voz que no era más que una sombra de la suya:

—¡Pagarte! —exclamó—. ¿Pagarte por eso?

—Naturalmente; no tienes más remedio que hacerlo. Desde cualquier punto de vista que lo consideres —insistió el otro—. Yo no me atrevería a darlo gratis; ni tú a aceptarlo sin pagar, nos comprometería a los dos. Este es otro caso como el de Jane Galbraith. Cuantos más cabos sueltos, más razones para actuar como si todo estuviera en perfecto orden. ¿Dónde guarda su dinero el viejo K?

—Allí—contestó Fettes con voz ronca, señalando al armario del rincón.

—Entonces, dame la llave—dijo el otro calmamente, extendiendo la mano.

Después de un momento de vacilación, la suerte quedó decidida. Macfarlane no pudo suprimir un estremecimiento nervioso, manifestación insignificante de un inmenso alivio, al sentir la llave entre los dedos. Abrió el armario, sacó pluma, tinta y el libro diario que descansaban sobre una de las baldas, y del dinero que había en un cajón tomó la suma adecuada para el caso.



—Ahora, mira —dijo Macfarlane—; ya se ha hecho el pago, primera prueba de tu buena fe, primer escalón hacia la seguridad. Pero todavía tienes que asegurarlo con un segundo paso. Anota el pago en el diario y estarás ya en condiciones de hacer frente al mismo demonio.

Durante los pocos segundos que siguieron la mente de Fettes fue un torbellino de ideas; pero al contrastar sus terrores, terminó triunfando el más inmediato. Cualquier dificultad le pareció casi insignificante comparada con una confrontación con Macfarlane en aquel momento. Dejó la vela que había sostenido todo aquel tiempo y con mano segura anotó la fecha, la naturaleza y el importe de la transacción.

—Y ahora —dijo Macfarlane—, es de justicia que te quedes con el dinero. Yo he cobrado ya mi parte. Por cierto, cuando un hombre de mundo tiene suerte y se encuentra en el bolsillo con unos cuantos chelines extra, me da vergüenza hablar de ello, pero hay una regla de conducta para esos casos. No hay que dedicarse a invitar, ni a comprar libros caros para las clases, ni a pagar viejas deudas; hay que pedir prestado en lugar de prestar.

—Macfarlane —empezó Fettes, con voz todavía un poco ronca—, me he puesto el nudo alrededor del cuello por complacerte.

—¿Por complacerme? —exclamó Wolfe—. ¡Vamos, vamos! Por lo que a mí se me alcanza no has hecho más que lo que estabas obligado a hacer en defensa propia. Supongamos que yo tuviera dificultades, ¿qué sería de tí? Este segundo accidente sin importancia procede sin duda alguna del primero. Mr. Gray es la continuación de Miss Galbraith. No es posible empezar y pararse luego. Si empiezas, tienes que seguir adelante; ésa es la verdad. Los malvados nunca encuentran descanso.

Una horrible sensación de oscuridad y una clara conciencia de la perfidia del destino se apoderaron del alma del infeliz estudiante.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué es lo que he hecho? y ¿cuándo puede decirse que haya empezado todo esto? ¿Qué hay de malo en que a uno lo nombren asistente? Service quería ese puesto; Service podía haberlo conseguido. ¿Se encontraría él en la situación en la que yo me encuentro ahora?

—Mi querido amigo —dijo Macfarlane—, ¡qué ingenuidad la tuya! ¿Es que acaso te ha pasado algo malo? ¿Es que puede pasarte algo malo si tienes la lengua quieta? ¿Es que todavía no te has enterado de lo que es la vida? Hay dos categorías de personas: los leones y los corderos. Si eres un cordero terminarás sobre una de esas mesas como Gray o Jane Galbraith; si eres un león, seguirás vivo y tendrás un caballo como tengo yo, como lo tiene K; como todas las personas con inteligencia o con valor. Al principio se titubea. Pero ¡mira a K! Mi querido amigo, eres inteligente, tienes valor. Yo te aprecio y K también te aprecia. Has nacido para ir a la cabeza, dirigiendo la cacería; y yo te aseguro, por mi honor y mi experiencia de la vida, que dentro de tres días te reirás de estos espantapájaros tanto como un colegial que presencia una farsa.

Y con esto Macfarlane se despidió y abandonó el callejón con su calesín para ir a recogerse antes del alba. Fettes se quedó solo con los remordimientos. Vio los peligros que le amenazaban. Vio, con indecible horror, el pozo sin fondo de su debilidad, y cómo, de concesión en concesión, había descendido de árbitro del destino de Macfarlane a cómplice indefenso y a sueldo. Hubiera dado el mundo entero por haberse mostrado un poco más valiente en el momento oportuno, pero no se le ocurrió que la valentía estuviera aún a su alcance. El secreto de Jane Galbraith y la maldita entrada en el libro diario habían cerrado su boca definitivamente.

Pasaron las horas; los alumnos empezaron a llegar; se fue haciendo entrega de los miembros del infeliz Gray a unos y otros, y los estudiantes los recibieron sin hacer el menor comentario. Richardson manifestó su satisfacción al dársele la cabeza; y, antes de que sonara la hora de la libertad, Fettes temblaba, exultante, al darse cuenta de lo mucho que había avanzado en el camino hacia la seguridad. Durante dos días siguió observando, con creciente alegría, el terrible proceso de enmascaramiento.

Al tercer día Macfarlane reapareció. Había estado enfermo, dijo; pero compensó el tiempo perdido con la energía que desplegó dirigiendo a los estudiantes. Consagró su ayuda y sus consejos a Richardson de manera especial, y el alumno, animado por los elogios del asistente, trabajó muy deprisa, lleno de esperanzas, viéndose dueño ya de la medalla a la aplicación.

Antes de que terminara la semana se había cumplido la profecía de Macfarlane. Fettes había sobrevivido a sus terrores y olvidado su bajeza. Empezó a adornarse con las plumas de su valor y logró reconstruir la historia de tal manera que podía rememorar aquellos sucesos con malsano orgullo. A su cómplice lo veía poco. Se encontraban en las clases, por supuesto; también recibían juntos las órdenes de Mr. K. A veces, intercambiaban una o dos palabras en privado y Macfarlane se mostraba de principio a fin particularmente amable y jovial. Pero estaba claro que evitaba cualquier referencia a su común secreto; e incluso cuando Fettes susurraba que había decidido unir su suerte a la de los leones y rechazar la de los corderos, se limitaba a indicarle con una sonrisa que guardara silencio.

Finalmente se presentó una ocasión para que los dos trabajaran juntos de nuevo. En la clase de Mr. K volvían a escasear los cadáveres; los alumnos se mostraban impacientes y una de las aspiraciones del maestro era estar siempre bien provisto. Al mismo tiempo llegó la noticia de que iba a efectuarse un entierro en el rústico cementerio de Glencorse. El paso del tiempo ha modificado muy poco el sitio en cuestión. Estaba situado entonces, como ahora, en un cruce de caminos, lejos de toda humana habitación y escondido bajo el follaje de seis cedros. Los balidos de las ovejas en las colinas de los alrededores; los riachuelos a ambos lados: uno cantando con fuerza entre las piedras y el otro goteando furtivamente entre remanso y remanso; el rumor del viento en los viejos castaños florecidos y, una vez a la semana, la voz de la campana y las viejas melodías del chantre, eran los únicos sonidos que

turbaban el silencio de la iglesia rural. El Resurreccionista —por usar un sinónimo de la época— no se sentía coartado por ninguno de los aspectos de la piedad tradicional. Parte integrante de su trabajo era despreciar y profanar los pergaminos y las trompetas de las antiguas tumbas, los caminos trillados por pies devotos y afligidos, y las ofrendas e inscripciones que testimonian el afecto de los que aún siguen vivos. En las zonas rústicas, donde el amor es más tenaz de lo corriente y donde lazos de sangre o camaradería unen a toda la sociedad de una parroquia, el ladrón de cadáveres, en lugar de sentirse repelido por natural respeto agradece la facilidad y ausencia de riesgo con que puede llevar a cabo su tarea. A cuerpos que habían sido entregados a la tierra, en gozosa expectación de un despertar bien diferente, les llegaba esa resurrección apresurada, llena de terrores, a la luz de la linterna, de la pala y el azadón. Forzado el ataúd y rasgada la mortaja, los melancólicos restos, vestidos de arpillera, después de dar tumbos durante horas por caminos apartados, privados incluso de la luz de la luna, eran finalmente expuestos a las mayores indignidades ante una clase de muchachos boquiabiertos. De manera semejante a como dos buitres pueden caer en picado sobre un cordero agonizante, Fettes y Macfarlane iban a abatirse sobre una tumba en aquel tranquilo lugar de descanso, lleno de verdura. La esposa de un granjero, una mujer que había vivido sesenta años y había sido conocida por su excelente mantequilla y bondadosa conversación, había de ser arrancada de su tumba a medianoche y transportada, desnuda y sin vida, a la lejana ciudad que ella siempre había honrado poniéndose, para visitarla, sus mejores galas dominicales; el lugar que le correspondía junto a su familia habría de quedar vacío hasta el día del Juicio Final; sus miembros inocentes y siempre venerables habrían de ser expuestos a la fría curiosidad del disector.

A última hora de la tarde los viajeros se pusieron en camino, bien envueltos en sus capas y provistos con una botella de formidables dimensiones. Llovía sin descanso: una lluvia densa y fría que se desplomaba sobre el suelo con inusitada violencia. De vez en cuando soplaba una ráfaga de viento, pero la cortina de lluvia acababa con ella. A pesar de la botella, el trayecto hasta Panicuik, donde pasarían la velada, resultó triste y silencioso. Se detuvieron antes en un espeso bosquecillo no lejos del cementerio para esconder sus herramientas; y volvieron a pararse en la posada Fisher's Tryst, para brindar delante del fuego e intercalar una jarra de cerveza entre los tragos de whisky. Cuando llegaron al final de su viaje, el calesín fue puesto a cubierto, se dio de comer al caballo y los jóvenes doctores se acomodaron en un reservado para disfrutar de la mejor cena y del mejor vino que la casa podía ofrecerles. Las luces, el fuego, el golpear de la lluvia contra la ventana, el frío y absurdo trabajo que les esperaba, todo contribuía a hacer más placentera la comida. Con cada vaso que bebían su cordialidad aumentaba. Muy pronto Macfarlane entregó a su compañero un montoncito de monedas de oro.

—Un pequeño obsequio —dijo—. Entre amigos estos favores tendrían que hacerse con tanta facilidad como pasa de mano en mano uno de esos fósforos largos para encender la pipa.

Fettes se guardó el dinero y aplaudió con gran vigor el sentir de su colega.

—Eres un verdadero filósofo —exclamó—. Yo no era más que un ignorante hasta que te conocí. Tú y K... ¡Por Belcebú que entre los dos haréis de mí un hombre!

—Por supuesto que sí —asintió Macfarlane—. Aunque si he de serte franco, se necesitaba un hombre para respaldarme el otro día. Hay algunos cobardes de cuarenta años, muy corpulentos y pendencieros, que se hubieran puesto enfermos al ver el cadáver; pero tú no.... tú no perdiste la cabeza. Te estuve observando.

—¿Y por qué tenía que haberla perdido? —presumió Fettes—. No era asunto mío. Hablar no me hubiera producido más que molestias, mientras que si callaba podía contar con tu gratitud, ¿no es cierto? —y golpeó el bolsillo con la mano, haciendo sonar las monedas de oro.

Macfarlane sintió una punzada de alarma ante aquellas desagradables palabras. Puede que lamentara la eficacia de sus enseñanzas en el comportamiento de su joven colaborador, pero no tuvo tiempo de intervenir porque el otro continuó en la misma línea jactanciosa.

—Lo importante es no asustarse. Confieso, aquí, entre nosotros, que no quiero que me cuelguen, y eso no es más que sentido práctico; pero la mojigatería, Macfarlane, nací ya despreciándola. El infierno, Dios, el demonio, el bien y el mal, el pecado, el crimen, y toda esa vieja galería de curiosidades... quizá sirvan para asustar a los chiquillos, pero los hombres de mundo como tú y como yo desprecian esas cosas. ¡Brindemos por la memoria de Gray!

Para entonces se estaba haciendo ya algo tarde. Pidieron que les trajeran el calesín delante de la puerta con los dos faroles encendidos y una vez cumplimentada su orden, pagaron la cuenta y emprendieron la marcha. Explicaron, que iban camino de Peebles y tomaron aquella dirección hasta perder de vista las últimas casas del pueblo; luego, apagando los faroles, dieron la vuelta y siguieron un atajo que les devolvía a Glencorse. No había otro ruido que el de su carruaje y el incesante y estridente caer de la lluvia. Estaba oscuro como boca de lobo aquí y allí un portillo blanco o una piedra del mismo color en algún muro les guiaba por unos momentos; pero casi siempre tenían que avanzar al paso y casi a tientas mientras atravesaban aquella ruidosa oscuridad en dirección hacia su solemne y aislado punto de destino. En la zona de bosques tupidos que rodea el cementerio la oscuridad se hizo total y no tuvieron más solución que volver a encender uno de los faroles del calesín. De esta manera, bajo los árboles goteantes y rodeados de grandes sombras que se movían continuamente, llegaron al escenario de sus impíos trabajos.

Los dos eran expertos en aquel asunto y muy eficaces con la pala; y cuando apenas llevaban veinte minutos de tarea se vieron recompensados con el sordo retumbar de sus herramientas sobre la tapa del ataúd. Al mismo tiempo, Macfarlane,

al hacerse daño en la mano con una piedra, la tiró hacia atrás por encima de su cabeza sin mirar. La tumba, en la que, cavando, habían llegado a hundirse ya casi hasta los hombros, estaba situada muy cerca del borde del camposanto; y para que iluminara mejor sus trabajos habían apoyado el farol del calesín contra un árbol casi en el límite del empinado terraplén que descendía hasta el arroyo. La casualidad dirigió certeramente aquella piedra. Se oyó en el acto un estrépito de vidrios rotos; la oscuridad les envolvió; ruidos alternativamente secos y vibrantes sirvieron para anunciarles la trayectoria del farol terraplén abajo, y las veces que chocaba con árboles encontrados en su camino. Una piedra o dos, desplazadas por el farol en su caída, le siguieron dando tumbos hasta el fondo del vallecillo; y luego el silencio, como la oscuridad, se apoderó de todo; y por mucho que aguzaron el oído no se oía más que la lluvia, que tan pronto llevaba el compás del viento como caía sin altibajos sobre millas y millas de campo abierto.

Como casi estaban terminando ya su aborrecible tarea, juzgaron más prudente acabarla a oscuras. Desenterraron el ataúd y rompieron la tapa; introdujeron el cuerpo en el saco, que estaba completamente mojado, y entre los dos lo transportaron hasta el calesín; uno se montó para sujetar el cadáver y el otro, llevando al caballo por el bocado fue a tientas junto al muro y entre los árboles hasta llegar a un camino más ancho cerca de la posada Fisher's Tryst. Celebraron el débil y difuso resplandor que allí había como si de la luz del sol se tratara; con su ayuda consiguieron poner el caballo a buen paso y empezaron a traquetear alegremente camino de la ciudad.

Los dos se habían mojado hasta los huesos durante sus operaciones y ahora, al saltar el calesín entre los profundos surcos de la senda, el objeto que sujetaban entre los dos caía con todo su peso primero sobre uno y luego sobre el otro. A cada repetición del horrible contacto ambos rechazaban instintivamente el cadáver con más violencia; y aunque los tumbos del vehículo bastaban para explicar aquellos contactos, su repetición terminó por afectar a los dos compañeros. Macfarlane hizo un chiste de mal gusto sobre la mujer del granjero que brotó ya sin fuerza de sus labios y que Fettes dejó pasar en silencio. Pero su extraña carga seguía chocando a un lado y a otro; tan pronto la cabeza se recostaba confanzudamente sobre un hombro como un trozo de empapada arpillera aleteaba gélidamente delante de sus rostros. Fettes empezó a sentir frío en el alma. Al contemplar el bulto tenía la impresión de que hubiera aumentado de tamaño. Por todas partes, cerca del camino y también a lo lejos, los perros de las granjas acompañaban su paso con trágicos aullidos; y el muchacho se fue convenciendo más y más de que algún inconcebible milagro había tenido lugar; que en aquel cuerpo muerto se había producido algún cambio misterioso y que los perros aullaban debido al miedo que les inspiraba su terrible carga.

—Por el amor de Dios —dijo, haciendo un gran esfuerzo para conseguir hablar—, por el amor de Dios, jencendamos una luz!

Macfarlane, al parecer, se veía afectado por los acontecimientos de manera muy similar y, aunque no dio respuesta alguna, detuvo al caballo, entregó las riendas a su compañero, se apeó y procedió a encender el farol que les quedaba. No habían llegado para entonces más allá del cruce de caminos que conduce a Auchenclinny. La lluvia seguía cayendo como si fuera a repetirse el diluvio universal, y no era nada fácil encender fuego en aquel mundo de oscuridad y de agua. Cuando por fin la vacilante llama azul fue traspasada a la mecha y empezó a ensancharse y hacerse más luminosa, creando un amplio círculo de imprecisa claridad alrededor del calesín, los dos jóvenes fueron capaces de verse el uno al otro y también el objeto que acarreaban. La lluvia había ido amoldando la arpillera al contorno del cuerpo que cubría, de manera que la cabeza se distinguía perfectamente del tronco, y los hombros se recortaban con toda claridad; algo a la vez espectral y humano les obligaba a mantener los ojos fijos en aquel horrible compañero de viaje.

Durante algún tiempo Macfarlane permaneció inmóvil, sujetando el farol. Un horror inexpresable envolvía el cuerpo de Fettes como una sábana humedecida, crispando al mismo tiempo sus lívidas facciones, un miedo que no tenía sentido, un horror a lo que no podía ser se iba apoderando de su cerebro. Un segundo más y hubiera hablado. Pero su compañero se le adelantó.

—Esto no es una mujer —dijo Macfarlane con voz que no era más que un susurro.

—Era una mujer cuando la subimos al calesín—respondió Fettes.

—Sostén el farol —dijo el otro—. Tengo que verle la cara.

Y mientras Fettes mantenía en alto el farol, su compañero desató el saco y dejó la cabeza al descubierto. La luz iluminó con toda claridad las bien moldeadas facciones y afeitadas mejillas de un rostro demasiado familiar, que ambos jóvenes habían contemplado con frecuencia en sus sueños. Un violento alarido rasgó la noche; ambos a una saltaron del coche; el farol cayó y se rompió, apagándose; y el caballo, aterrado por toda aquella agitación tan fuera de lo corriente, se encabritó y salió disparado hacia Edimburgo a todo galope, llevando consigo, como único ocupante del calesín, el cuerpo de aquel Gray con el que los estudiantes de anatomía hicieran prácticas de disección meses atrás.

## Markheim

—Sí —dijo el anticuario—, nuestras ganancias inesperadas son de varios tipos. Algunos clientes son ignorantes, y entonces los dividendos vienen de mis conocimientos superiores. Otros carecen de honradez —aquí mantuvo en alto la vela de modo que la luz cayera directamente sobre el visitante— y, en ese caso —continuó—, saco provecho de mi virtud.

Markheim acababa de entrar, dejando atrás las calles iluminadas por la luz del día; sus ojos no se habían acostumbrado aún a la mezcla de claridad y negrura que había en la tienda. Ante aquellas palabras filosas, y debido a la cercana presencia de la llama, parpadeó penosamente y desvió a un lado la vista.

El anticuario rio entre dientes.

—Viene a verme en navidad —prosiguió—, cuando sabe que estoy solo en casa, que he cerrado los postigos y decidido rehusarme a todo negocio. Pues bien, tendrá que pagarlo; tendrá que pagar mi pérdida de tiempo, pues debería estar dedicado al balance de mis libros. Tendrá que pagar, además, por un tipo de comportamiento que hoy noto muy preponderante en usted. Soy la esencia misma de la discreción, y nunca hago preguntas molestas; pero cuando un cliente es incapaz de mirarme a los ojos, tiene que pagar por ello —el anticuario rio entre dientes una vez más. Luego, volvió a la voz que usaba para negociar, aunque conservando una nota de ironía—. Como siempre, podrá usted explicar claramente cómo vino el objeto a su poder ¿verdad? —continuó—. ¿El gabinete de su tío todavía? ¡Un coleccionista muy notable, señor mío!

Y el pálido y pequeño anticuario de hombros caídos se puso casi de puntillas, mirando por encima de sus anteojos de oro y moviendo la cabeza de arriba abajo con plenas muestras de incredulidad. Markheim devolvió aquella mirada con otra de piedad infinita, en la que había un toque de horror.

—Esta vez —dijo— se equivoca. No he venido a vender, sino a comprar. No tengo ningún objeto curioso que ofrecer; el gabinete de mi tío está vacío hasta el último anaquel. Pero incluso aunque estuviera intacto, me ha ido bien en la bolsa de valores, y muy probablemente lo enriquecería y no lo contrario. Mi propósito hoy es de lo más sencillo. Busco un regalo de navidad para una dama —continuó, ganando en fluidez mientras pasaba al discurso que había preparado—. Desde luego, le debo toda clase de disculpas por así molestarlo, tratándose de un asunto tan menudo. Pero ayer me olvidé del caso y hoy, a la comida, debo presentar mi pequeño obsequio. Como usted bien sabe, no es cuestión de descuidar un casamiento ventajoso.

Vino una pausa, durante la cual el anticuario pareció sopesar con incredulidad lo anunciado. Llenaron aquel intervalo de silencio el tictac de muchos relojes colocados entre el curioso amontonamiento de la tienda, y el leve paso de los coches de punto por una calle cercana.

—Bien, señor —dijo el anticuario—, así sea. Después de todo, es usted un viejo cliente. Y si, como afirma, tiene la oportunidad de un buen matrimonio, lejos esté de mí el volverme un obstáculo. He aquí un bello objeto para una dama —continuó—, este espejo de mano...siglo XV garantizado. Viene, además, de una buena colección. Me reservo el nombre en bien de mi cliente que era, justo como usted, mi querido señor, sobrino y heredero único de un coleccionista notable.

El anticuario, mientras así hablaba con su voz seca y mordiente, se había agachado para tomar de su lugar el objeto. Mientras hacía esto, un sacudimiento pasó por Markheim; un movimiento a la vez de las manos y de los pies, una aparición súbita en el rostro de muchas pasiones tumultuosas. Se fue tan rápido como había venido, no dejando más huella que un ligero temblor de la mano que en ese momento recibía el espejo.

—Un espejo —dijo roncamente; hizo una pausa entonces y repitió con mayor claridad—. ¿Un espejo? ¿Para navidad? De seguro que no.

—¿Y por qué no? —exclamó el anticuario—. ¿Por qué no un espejo?

Markheim lo miraba con una expresión indefinible.

—¿Me pregunta por qué no? —dijo—. ¡Pero mire... mire en él... mírese! ¿Le gusta lo que ve? ¡No! Y a mí tampoco, y a ningún hombre.

El hombrecito había retrocedido de un salto cuando Markheim, de modo tan súbito, lo enfrentó al espejo; pero ahora, al comprender que nada peor que aquello se intentaba, rio entre dientes:

—Su futura esposa, señor, debe estar extrañamente favorecida —dijo.

—Le pido —contestó Markheim— un regalo de navidad y me ofrece esto... ¡este maldito recordatorio de los años, de los pecados y de las locuras, esta conciencia puesta en la mano! ¿Lo dijo en serio? ¿Lo pensó bien? Dígamelo. Será mejor si lo hace. Vamos hábleme de usted. Me atreveré ahora a afirmar lo siguiente: que, en el fondo, es usted un hombre muy caritativo.

El anticuario miró fijamente a su acompañante. Era muy extraño: Markheim no parecía reír; había en su rostro algo así como una ansiosa chispa de esperanza, pero nada de alegría.

—¿A dónde quiere llegar? —preguntó el anticuario.

—¿No es caritativo? —respondió el otro, tenebrosamente—. No es caritativo, no es pío, no es escrupuloso; no ama, no es amado... la mano para obtener dinero y una caja fuerte para guardarlo. ¿Es eso todo? Por el amor de Dios, señor mío, ¿es eso todo?



—Le diré de qué se trata —comenzó el anticuario con cierta aspereza, para romper una vez más en una risa entre dientes—. Pero veo que éste es para usted un compromiso de amor, y que ha estado bebiendo a la salud de la dama.

—¡Ah! —exclamó Markheim, lleno de una curiosidad extraña—. ¡Ah! ¿Estuvo alguna vez enamorado? Hábleme de ello.

—¡Enamorado! —exclamó el anticuario—. ¡Enamorado yo! Jamás tuve tiempo, ni lo tengo hoy para todas estas tonterías. ¿Quiere el espejo?

—¿Qué prisa hay? —replicó Markheim—. Es muy agradable estar aquí platicando. La vida es tan corta e insegura que no me apresuraría nunca a alejarme de ningún placer; ni siquiera de uno tan moderado como éste. Más bien debiéramos asirnos, asirnos a lo poco que nos es dado obtener, como se aferra un hombre al borde de un precipicio. Si bien lo piensa, cada segundo es un precipicio, un precipicio de una milla de profundidad, lo bastante hondo para que, si caemos en él, perdamos todo rasgo humano. Por ello, es mejor platicar placenteramente. Hablémonos. ¿Por qué llevar esta máscara? Volvámonos confidente uno del otro. ¿Quién lo sabe? Tal vez termináramos amigos.

—No tengo sino una cosa que decirle —respondió el anticuario—, o efectúa la compra o abandona mi tienda.

—Cierto, cierto —dijo Markheim—. Basta de tonterías. Vayamos al negocio. Muéstreme algo más.

El anticuario volvió a agacharse, esta vez para colocar el espejo en el estante; su escaso pelo rubio le cayó por encima de los ojos al hacerlo. Markheim se acercó un poco, una de las manos en el bolsillo de su gabán. Se irguió, llenándose los pulmones de aire. Al mismo tiempo, en su rostro se dibujaban muchas emociones diferentes: terror, horror, resolución, fascinación y una repugnancia física. A través de un gesto desfigurado de su labio superior, sus dientes quedaron a la vista.

—Tal vez esto sirva —observó el anticuario.

Y entonces, cuando comenzaba a levantarse, Markheim saltó desde atrás sobre su víctima. La delgada y larga daga brilló al caer. El anticuario luchaba como una gallina; se golpeó la sien con el estante y, en seguida, cayó sobre el piso en un montón.

El tiempo tenía una veintena de vocecillas en aquella tienda, algunas majestuosas y lentas, como correspondía a su considerable edad; otras parlanchinas y presurosas. Todas ellas contaban los segundos en un intrincado coro de tictacs. Entonces el paso de los pies de un muchacho, que corría sonoramente por el pavimento, irrumpió en medio de aquellas voces menos fuertes e hizo que, con un sobresalto, Markheim tuviera conciencia de sus alrededores. Miró en derredor con horror. La vela estaba sobre el mostrador, y la llama oscilaba solemne debido a una corriente. A causa de ese movimiento mínimo, toda la habitación estaba llena de un bullicio silencioso y no cesaba de subir y bajar como un océano: las altas sombras asentían, las grandes manchas de oscuridad se hinchaban y encogían como si

respiraran, los rostros de los retratos y los dioses de porcelana cambiaban y ondulaban como imágenes en el agua. La puerta interior permanecía entreabierta y fisgaba en aquella confederación de sombras con una larga hendedura de luz diurna que parecía un dedo señalador.

Los ojos de Markheim volvieron de esos vagabundeos ceñidos por el miedo al cuerpo de la víctima, allí donde yacía a la vez encorvado y tendido, increíblemente pequeño y extrañamente más insignificante que en vida. Vestido con aquellas ropas pobres y avarientas, en aquella actitud desgarbada, el anticuario parecía un montón de aserrín. Markheim había tenido miedo de verlo y he aquí que nada era. Y sin embargo, mientras lo miraba, ese hato de ropa vieja y ese charco de sangre comenzaron a encontrar voces elocuentes. Allí debía quedar. Nadie había que diera movimiento a los hábiles goznes o dirigiera el milagro de la locomoción. Allí debía quedar hasta que lo encontraran. ¿Que lo encontraran? ¡Sí! ¿Y entonces? Entonces esa carne muerta lanzaría un grito que resonaría por toda Inglaterra, para luego llenar el mundo con los ecos de la persecución. Sí, muerto o no, aquél seguía siendo el enemigo. "El tiempo lo fue cuando el cerebro no funcionaba", pensó. Y la segunda palabra se le introdujo en la mente. El tiempo, ahora que el hecho estaba consumado; el tiempo, ya concluido para la víctima, se había vuelto perentorio e importante para el asesino.

Tenía aún en la mente aquel pensamiento cuando, primero uno y después otro, con toda posible variedad de ritmos y voces —uno profundo como la campana de una torre de catedral, otro haciendo sonar en sus notas agudas el preludio de un vals —, los relojes comenzaron a anunciar las tres de la tarde.

La súbita irrupción de tantas lenguas en aquella cámara muda lo aturdió. Comenzó a moverse, yendo de un lugar a otro con la vela, acosado por las sombras movientes, sobresaltado hasta el alma por la aparición casual de reflejos. Vio en muchos espejos suntuosos, algunos de diseño inglés, otros hechos en Venecia o Amsterdam, cómo su rostro se repetía y se repetía como si fuera un ejército de espías; tropezaba con sus propios ojos, que lo perseguían; y el sonido de sus propios pasos, leve como sonaba, turbaba la quietud circundante. Y mientras continuaba llenándose los bolsillos, su mente lo acusaba, con iteración nauseabunda, de las mil fallas presentes en su plan. Debió elegir una hora más tranquila; debió preparar una coartada; no debió usar un cuchillo; debió ser más cauteloso y únicamente atar y amordazar al anticuario, sin matarlo; debió mostrarse más atrevido y haber matado también a la sirvienta; debió hacerlo todo de otra manera. Arrepentimientos punzantes, un afán continuo y fatigoso de la mente para cambiar lo inalterable, para planear lo que era ya inútil, para ser arquitecto de un pasado irrevocable. Mientras tanto, y por debajo de toda actividad, terrores bestiales, como el escabullirse de ratas en un ático desierto, le llenaban de tumultos las cámaras más remotas del cerebro. La mano del alguacil caería pesadamente sobre su hombro, y sus nervios saltarían como

un pez atrapado; o bien veía, en un transcurrir galopante, el banquillo de los acusados, la prisión, la horca y el negro ataúd.

El terror a la gente que pasaba por la calle aparecía ante su mente como un ejército sitiador. Era imposible, pensó, que algún rumor de la lucha no hubiera llegado a sus oídos, despertándoles la curiosidad. Y en ese momento, en todas las casas vecinas, los adivinó sentados en silencio, con el oído presto: gente solitaria, condenada a pasar la navidad con el solo acompañamiento de memorias venidas del pasado, con un sobresalto sacadas de ese tierno ejercicio; felices fiestas familiares, quedadas en silencio alrededor de la mesa, la madre con el dedo aún levantado: toda condición y edad y disposición, y todos, desde el corazón mismo, husmeando y escuchando y tejiendo la cuerda con que lo ahorcarían. A veces le parecía imposible moverse con la debida suavidad; el tintineo de las elevadas copas de Bohemia sonaba como una campana; alarmado por la sonoridad de los tictacs, estuvo tentado de detener los relojes. Y entonces, una vez más, con una rápida transición en la índole de sus terrores, el silencio mismo del lugar le pareció una fuente de peligros, algo que golpearía y congelaría a los transeúntes. Y pisaba con mayor decisión, y se movía ruidoso entre los objetos de la tienda e imitaba, con baladronada muy premeditada, los movimientos de un hombre ocupado que, sin preocupaciones, andaba por su casa.

Pero se encontraba ya tan exigido por las diferentes alarmas que, estando una parte de su mente alerta y sagaz, otra temblaba en el borde mismo de la locura. Una alucinación en especial se asió con firmeza a su credulidad. El vecino que, el blanco rostro pegado a la ventana, escuchaba; el transeúnte detenido, por una suposición horrible, en la acera; podían, en el peor de los casos, sospechar, pero no saber. Sólo el sonido penetraba por las paredes de ladrillo y las ventanas cerradas. Pero aquí, en la casa, ¿estaba solo? Sabía que sí. Había visto a la sirvienta con aire de cortejo, vestida con lo mejor de su humilde ropa, diciendo en cada listón y en cada sonrisa "es mi día libre". Sí, estaba solo, desde luego. Y pese a ello, en el cuerpo de aquella casa vacía que estaba encima de él ¿no escuchaba con toda seguridad el rumor de un pisar delicado? Estaba consciente, inexplicablemente consciente de alguna presencia. Ah, era seguro. Su imaginación lo seguía por cada habitación y cada rincón de la casa; y ahora era una cosa sin rostro, pero con ojos para ver; y ahora una sombra de sí mismo; y ahora vuelve a contemplar la imagen del anticuario muerto, que de nuevo respira con astucia y odio.

A veces, con un esfuerzo enorme, miraba la puerta abierta, que parecía seguir rechazando sus ojos. La casa era de cielo raso elevado, el tragaluz pequeño y sucio, y el día ciego a causa de la niebla. La luz que se filtraba hasta la planta baja era sumamente débil, y se la veía borrosa en el umbral de la tienda. Y sin embargo, en esa franja de luminosidad dudosa, ¿no oscilaba a la espera una sombra?

De pronto, en la calle, un caballero muy jovial comenzó a golpear la puerta con su bastón, acompañando los golpes con gritos y chocarrerías, en los cuales

continuamente se llamaba por su nombre al anticuario. Markheim, vuelto de hielo, echó una mirada al muerto. Pero no, seguía del todo inmóvil: había huido lejos, mucho más allá de donde podía escuchar esos golpes y esos gritos; estaba hundido bajo mares de silencio; y su nombre, que en otras ocasiones habría atraído su atención hasta en el rugir de una tormenta, se había convertido en un sonido hueco. Y al poco tiempo el caballero jovial desistió de sus llamados y partió.

He aquí una insinuación clara de que se apresurara a cumplir lo aún pendiente, que se alejara de aquel barrio acusador, que se sumergiera en un baño de multitudes londinenses y alcanzara, al otro lado del día, ese abrigo de seguridad y de supuesta inocencia: su lecho. Un visitante había venido. Otro pudiera imitarlo en cualquier momento, mostrándose más obstinado. Sería un fracaso demasiado aborrecible haber llevado a cabo el hecho y no cosechar las ganancias. El dinero, ésa era ahora la preocupación de Markheim; y como medio para obtenerlo, las llaves.

Miró por encima del hombro la puerta abierta, donde la sombra seguía aguardando y temblando. Sin ninguna repugnancia consciente en la cabeza, y sin embargo con un temblor en el vientre, se acercó al cuerpo de la víctima. Todo rasgo humano había desaparecido. Como un traje a mitades lleno de salvado, por el piso estaban desperdigados los miembros y el tronco doblado. Y sin embargo, aquella cosa le repelía. Aunque tan deslucida y nimia para el ojo, pudiera ser de más peso para el tacto. Tomó el cuerpo por los hombros y lo puso de espaldas. Se lo sentía extrañamente ligero y manejable; los miembros, como si estuvieran rotos, adoptaban las posturas más singulares. Habían robado al rostro toda expresión; pero estaba tan pálido como la cera, y horriblemente embarrado de sangre en una de las sienas. Ésa era, para Markheim, la única circunstancia desagradable. Lo hacía volver, de inmediato, a un cierto día hermoso en una aldea de pescadores: un día gris, de viento sonoro, con una multitud en la calle, y el sonar de cornetas, el resonar de tambores, la voz nasal de una baladista; y un muchachillo que, hundido de cabeza en la multitud y a medias dividido entre el interés y el miedo, iba y venía hasta que, llegado al principal lugar de reunión, vio una caseta y un telón lleno de imágenes, tristemente dibujadas y coloreadas con mal gusto: Brownrigg con su aprendiz, los Manning con su huésped asesinado, Weare en el apretón de muerte de Thurtell y una veintena más de crímenes famosos. Aquello era tan claro como una ilusión; volvió a ser aquel muchachillo; veía una vez más, y con la misma sensación de rechazo físico, los viles cuadros; aún estaba aturdido por el golpear de los tambores. A su memoria vino un compás de la música oída aquel día; y con ello, por primera vez, sufrió un remordimiento de conciencia, un golpe de náusea, una súbita debilidad en las rodillas, que de inmediato debió resistir y superar.

Juzgó más prudente enfrentarse a esas consideraciones que huir de ellas; mirar con mayor firmeza la cara del muerto, haciendo que su mente comprendiera la naturaleza y la magnitud del crimen. Muy poco antes aquel rostro se había movido con todo cambio de sentimiento, aquella boca pálida había hablado, aquel cuerpo

había estado ardiendo con energías gobernables; y ahora, debido a un acto suyo, ese trozo de vida se había detenido como cuando un relojero, con dedo intruso, detiene el ritmo de un reloj. Así razonó en vano; le fue imposible alcanzar mayor arrepentimiento en su conciencia; ese corazón que antes había temblado ante crímenes pintados en imágenes, miraba a la realidad sin conmoverse. Si acaso, sentía un asomo de piedad por quien estuvo dotado, en vano, con todas esas facultades que hacen del mundo un jardín de encantamientos; alguien que jamás había vivido y que ahora estaba muerto. Pero de contricción nada, ni una vibración.

Así, librándose de aquellas consideraciones, tomó las llaves y se dirigió a la puerta abierta de la tienda. Afuera había comenzado a llover con fuerza; el sonido del aguacero sobre el tejado había desvanecido el silencio. Como si fuera una caverna rezumante, las cámaras de la casa estaban rondadas por ecos incessantes, que llenaban el oído y se mezclaban al tictac de los relojes. Y, según se acercaba Markheim a la puerta, creyó escuchar, como en respuesta a su cauteloso andar, los pasos de otros pies que se retiraban escalera arriba. La sombra seguía palpitando vagamente en el umbral. Puso en sus músculos una tonelada de resolución y tiró de la puerta.

La débil y neblinosa luz del día brilló levemente en el piso desnudo y en las escaleras; en la brillante armadura situada, alabarda en mano, en el descanso; en los oscuros tallados de la madera y en los cuadros que colgaban sobre los paneles amarillos del muro. Tan sonoro era el batir de la lluvia en toda la casa que, a oídos de Markheim, comenzó a separarse en muchos sonidos diferentes. Pisadas y suspiros, el paso de regimientos en marcha a la distancia, el tintineo de monedas en el mostrador y el rechinido de puertas abiertas furtivamente parecían mezclarse con el repiqueteo de las gotas en la cúpula y el precipitarse del agua por los caños. La sensación de no estar solo creció en él hasta el borde mismo de la locura. Presencias lo acosaban y cercaban desde todos los lados. Las oía moverse en las habitaciones superiores; oía que en la tienda, el muerto se ponía de pie; y según comenzaba, con grandes esfuerzos, a subir la escalera, había pies que huían quedamente delante de él y que a sus espaldas lo seguían con aire furtivo. ¡Si estuviera sordo, pensó, con cuánta tranquilidad dominaría mi espíritu! Y una vez más entonces, escuchando con atención renovada, se bendijo de tener aquella sensación de intranquilidad que cuidaba de las avanzadas y era centinela confiable de su vida. Su cabeza giraba continuamente sobre el cuello y sus ojos, que parecían salirse de las órbitas, exploraban todos los lados, y en todos los lados eran recompensados a medias por el último asomo de algo imprecisable que se desvanecía. Los veinticuatro escalones hasta el primer piso fueron veinticuatro agonías.

En el primer piso las puertas estaban entornadas; tres de ellas parecían tres emboscadas, que le sacudían los nervios como las bocas de unos cañones. Nunca más, sintió, estaría suficientemente defendido y fortificado contra los observadores ojos de los hombres; ansiaba estar en casa, rodeado de muros, enterrado en su cama,

invisible a todos menos a Dios. Ante aquel pensamiento titubeó un poco, recordando relatos de otros asesinos y los miedos que, se decía, tenían de una venganza divina. Eso, al menos, no ocurría con él. Temía las leyes de la naturaleza que, con sus procedimientos insensibles e inmutables, pudieran conservar alguna prueba condenatoria de su crimen. Temía, diez veces más, con un terror esclavizante y supersticioso, alguna escisión en la continuidad de la experiencia humana, alguna ilegalidad caprichosa de la naturaleza. Se dedicaba él a un juego de habilidades, en el cual dependía de las reglas y calculaba las consecuencias a partir de las causas. ¿Y si la naturaleza, como aquel tirano derrotado que tiró al suelo el tablero de ajedrez, rompiera el molde de su encadenamiento? Aquello mismo había sucedido a Napoleón (dicen los escritores) cuando el invierno cambió la fecha en que aparecía. Lo mismo pudiera ocurrirle a Markheim: los sólidos muros hacerse transparentes y revelar los actos de él como los de las abejas en una colmena; los gruesos tablones ceder bajo sus pies como arenas movedizas, inmovilizándolo en sus garras; sí, y había posibilidades más sombrías: por ejemplo, que la casa se derrumbara y lo apresara junto al cuerpo de la víctima; o que la casa vecina se incendiara y los bomberos lo rodearan por todos sitios. Temía estas cosas; y, en cierto sentido, podría llamárselas las manos de Dios, extendidas para luchar contra el pecado. Pero respecto a Dios mismo, estaba tranquilo. Sin duda que el acto cometido era excepcional, pero también lo eran las razones para cometerlo, que Dios conocía. Era allí, y no entre los hombres, que sentía la seguridad de recibir justicia.

Cuando se vio a salvo en la sala, después de haber cerrado la puerta tras sí, se dio cuenta de que se sentía libre de alarmas por un tiempo. La habitación estaba desmantelada, aparte de no tener alfombra, y llena con cajas de empaque y muebles incongruentes; había varios espejos de cuerpo entero, en los cuales se veía desde distintos ángulos, como un actor en la escena; había muchos cuadros, con y sin marco, el frente hacia la pared; había un fino aparador estilo Sheraton, un gabinete de marquetería y una enorme y vieja cama, resguardada por tapices. Las ventanas daban al exterior; para gran fortuna de él, la parte inferior de las contraventanas estaban cerradas, y esto lo ocultaba de los vecinos. Aquí, pues, Markheim puso una caja de embalaje junto al gabinete y comenzó a buscar entre las llaves. Fue un largo proceso, ya que había muchas; además, era tedioso y, después de todo, tal vez nada hubiera en el gabinete, siendo que el tiempo apremiaba. Pero lo exacto de la ocupación lo apaciguó. Con el rabillo del ojo veía la puerta e, incluso, la miraba de frente de vez en cuando, como un comandante sitiado que verifica el buen estado de sus defensas. Pero, en verdad, se encontraba en paz. La lluvia que caía en la calle sonaba de un modo natural y placentero. Al poco tiempo, por otra parte, las notas de un piano despertaron con la música de un himno, y las voces de muchos niños se unieron a la tonada y a las palabras. ¡Cuán majestuosa, cuán consoladora la melodía! ¡Cuán puras esas voces jóvenes! Markheim, sonriente, les prestó oído mientras probaba las llaves; en su mente pululaban ideas e imágenes similares; niños que iban

a la iglesia y el resonar del gran órgano; niños en el campo, bañistas a orillas de un arroyo, paseantes de los campos llenos de arbustos, pilotos de cometas en el cielo ventoso y navegado por nubes; y luego, con otro cambio en la cadencia del himno, de vuelta a la iglesia, a la soñolencia de los domingos de verano, a la voz sonora y suave del párroco (y sonreía ligeramente al recordarlo) y las pintadas tumbas jacobianas, y el borroso mensaje de los diez mandamientos en el presbiterio.

Y mientras así, a la vez ocupado y reminiscente, se encontraba sentado, un sobresalto lo puso de pie. Un relámpago de hielo, un relámpago de fuego, un golpe de sangre pasaron por él; y allí quedó, transfijo y expectante. Pasos subían por la escalera lenta y regularmente, y al poco tiempo una mano se posó en la perilla de la puerta, la cerradura sonó y la puerta se fue abriendo.

El miedo tenía a Markheim en un puño. No sabía qué esperar: el muerto caminando, los oficiales encargados de la justicia humana, algún testigo casual que ciegamente entraba a la habitación para condenarlo a la horca. Pero cuando por la apertura asomó un rostro, echó un vistazo por todo el cuarto, lo miró a él, lo saludó y sonrió, como en amistoso reconocimiento, y luego desapareció, cerrando la puerta tras sí, con un grito ronco el miedo se liberó de todo control. Ante aquel sonido, el visitante regresó.

—¿Me llamó? —preguntó con tono amable.

Y diciendo esto, entró en la habitación y cerró tras sí la puerta.

Markheim, inmóvil, lo miraba con toda su fuerza. Tal vez hubiera una película frente a sus ojos, pues el contorno del recién llegado parecía cambiar y oscilar como el de los ídolos a la luz temblorosa de la tienda; en ocasiones le parecía conocerlo; en ocasiones le parecía que el otro tenía rasgos en común con él; y siempre, como una masa de terror viviente, en su pecho sentía la convicción de que aquello no era ni de la tierra ni de Dios.

Y pese a todo, la criatura presentaba una extraña apariencia cotidiana mientras, allí de pie, miraba a Markheim con una sonrisa. Y cuando agregó: "Supongo que está buscando el dinero", lo hizo en un tono de cortesía normal.

Markheim no respondió.

—Debo advertirle —prosiguió el otro— que la sirvienta dejó a su novio antes de lo acostumbrado, y pronto estará aquí. Si descubren al señor Markheim en esta casa, innecesario es describirle las consecuencias.

—¿Me conoce? —exclamó el asesino.

El visitante sonrió.

—Hace mucho que es usted uno de mis favoritos —dijo—, y por largo tiempo lo he venido observando y a menudo he procurado ayudarlo.

—¿Quién es usted? —exclamó Markheim—. ¿El diablo?

—Lo que pueda ser —respondió el otro— no influye sobre el servicio que me propongo hacerle.

—¡Puede influir —exclamó Markheim—, influye! ¿Recibir ayuda de usted? ¡No, nunca, nunca de usted! No me conoce aún; ¡gracias a Dios, aún no me conoce!

—Lo conozco —replicó el visitante con una especie de severidad o más bien firmeza amable—. Lo conozco hasta el fondo de su alma.

—¡Que me conoce! —exclamó Markheim—. ¿Quién podría conseguirlo? Mi vida no es sino un disfraz y una denigración de mí mismo. He vivido para defraudar mi naturaleza. Todos los hombres lo hacen. Todos los hombres son mejores que el disfraz que crece alrededor de ellos y los asfixia. Se ve a cada uno de ellos arrastrado por la vida, como un ser a quien algunos bandidos han envuelto en una capa, ahogándole los gritos. Si tuvieran control sobre sí mismos, si pudiéramos verles la cara, serían por completo diferentes, ¡se distinguirían como héroes y santos! Soy peor que la mayoría; mi yo se encuentra más abrumado; sólo Dios y yo conocemos mis razones. Pero, de tener tiempo, podría revelarme.

—¿Ante mí? —preguntó el visitante.

—Ante usted primero que nadie —respondió el asesino—. Lo supuse inteligente. Lo consideré (ya que existe) capaz de leer el corazón. Y sin embargo, ¡pretende juzgarme por mis actos! Piénselo, ¡mis actos! Nací y he vivido en una tierra de gigantes; los gigantes me han arrastrado por las muñecas desde que nací de mi madre; los gigantes de las circunstancias. ¡Y usted me juzgaría por mis actos! Pero, ¿es incapaz de ver dentro de mí? ¿No puede comprender que el mal me es odioso? ¿No alcanza a ver dentro de mí la clara escritura de mi conciencia, jamás borrada por ninguna sofistería caprichosa, aunque demasiado a menudo la haya hecho de lado? ¿No puede ver en mí eso que seguramente debe ser común a la humanidad: un pecador involuntario?

—Todo esto ha sido expresado con mucho sentimiento —fue la respuesta—, pero no me concierne. Esos puntos de apoyo están más allá de mis límites, y nada me interesa qué compulsión pueda haberlo arrastrado, siempre y cuando haya sido en la dirección correcta. Pero el tiempo vuela. La sirvienta se demora porque mira los rostros de la multitud y los retratos en los tableros de avisos, pero aun así se acerca; y recuerde, ¡es como si la horca misma caminara hacia usted a través de las calles navideñas! ¿Quiere que lo ayude? ¿Quiere que lo ayude yo, que lo sé todo? ¿Quiere que le diga dónde encontrar el dinero?

—¿A qué precio? —preguntó Markheim.

—Le ofrezco el servicio como un regalo de navidad —replicó el otro. Markheim no pudo evitar el sonreír con una especie de triunfo amargo.

—No —dijo—, no aceptaré nada de usted. Si estuviera muriendo de sed y fuera su mano la que pusiera el jarro en mis labios, encontraría valor para rechazarlo. Tal vez sea crédulo, pero nada haré para ponerme en poder del mal.

—No tengo objeciones a un arrepentimiento en el lecho de muerte —observó el visitante.

—¡Porque no cree en su eficacia! —exclamó Markheim.



—No he dicho eso —replicó el otro—, pero miro esas cosas desde una perspectiva diferente, y cuando la vida ha concluido, mi interés cesa. El hombre vivió para servirme, para diseminar opiniones oscuras a socapa de la religión, o para sembrar cizaña, como usted lo hace, en el transcurso de un frágil acatamiento del deseo. Ahora que se acerca tanto a su liberación, sólo un servicio más puede agregar: arrepentirse, morir sonriendo y, con ello, aumentar la confianza y la esperanza de los más timoratos de mis seguidores supervivientes. No soy un amo tan duro. Pruébeme. Acepte mi ayuda. Complázcame mientras viva como lo ha hecho hasta ahora; complázcame con mayor generosidad, ocupe con sus codos toda la mesa; y cuando la noche comience a caer y a correrse el telón le diré para consolarlo que encontrará incluso fácil el resolver su lucha contra la conciencia, y el lograr una paz de acatamiento con Dios. Vengo ahora mismo de un lecho de muerte semejante, y la habitación estaba llena de dolientes sinceros, que escuchaban las últimas palabras del hombre; y cuando miré aquel rostro, que a modo de pedernal había sido opuesto a la misericordia, encontré que sonreía con esperanza.

—Y entonces, ¿me supone usted ese tipo de criatura? —preguntó Markheim—. ¿Piensa que no tengo aspiración más generosa que pecar y pecar y pecar para, finalmente, colarme en el cielo? Mi corazón se rebela ante tales pensamientos. ¿Es ésta, entonces, la experiencia que ha tenido con la humanidad? ¿O supone en mí esa bajeza porque me ha descubierto in fraganti? ¿Es este asesinato en verdad tan impío que haya secado las fuentes mismas de la bondad?

—El asesinato no representa a mis ojos una categoría especial —replicó el otro—. Todos los pecados son un asesinato, tal como toda vida es una guerra. Considero a su especie como marinos muertos de hambre sobre una balsa, que arrancan mendrugos de las manos del hambre y se alimentan de la vida ajena. Sigo a los pecados más allá del momento en que se los comete; en todo encuentro que la muerte es la consecuencia última; a mis ojos, la hermosa doncella que engaña a su madre con gracias seductoras respecto a un baile, no menos visiblemente muestra el gotear de la sangre humana que un asesino como usted. ¿Dije que sigo los pecados? También las virtudes. No se diferencian ni por el grueso de una uña, pues ambos son guadañas para el ángel cosechador de la muerte. El mal, para el cual vivo, no consiste en un acto, sino en el carácter. Me es querido el hombre malo, no el acto malvado cuyos frutos, si pudiéramos seguirlos lo bastante lejos en la impetuosa catarata de las edades, bien pudieran resultar más bien aventurados que los de las virtudes más exquisitas. Y no le ofrezco favorecer su escape porque haya asesinado a un anticuario, sino porque es Markheim.

—Abriré mi corazón ante usted —respondió Markheim—. Este crimen en que me ha sorprendido será el último para mí. En el camino he aprendido muchas lecciones; él mismo es una lección, una lección de peso. Hasta el presente me encaminaba con repugnancia a lo que no debía hacer; era esclavo de la pobreza, esclavo obligado y castigado con dureza. Hay virtudes robustas que pueden resistir

esas tentaciones; no la mía. Tengo sed de placer. Pero hoy, de este acto, derivo advertencia y riquezas; tanto el poder como una resolución renovada de ser yo mismo. En todas las cosas seré un actor libre en el mundo; comienzo a verme como un ser cambiado, las manos agentes de la bondad y el corazón en paz. Algo viene a mí desde el pasado; algo en lo que he soñado los domingos al anochecer cuando escucho el órgano de la iglesia, que he predicho cuando derramo lágrimas sobre los libros nobles, o de lo que hablé, siendo un niño inocente, con mi madre. He ahí mi vida. Me extravié por unos años, pero ahora veo, una vez más, la ciudad de mi destino.

—Supongo que piensa emplear este dinero en la bolsa de valores —subrayó el visitante—. Y, si no me equivoco, ya perdió en ella algunos miles.

—Ah —dijo Markheim—, pero en esta ocasión tengo algo seguro.

—Esta vez, de nuevo, perderá usted —replicó el visitante con suavidad.

—¡Ah, pero guardaré la mitad! —gritó Markheim. —También la perderá —dijo el otro.

En la frente de Markheim comenzó a brotar sudor.

—Bien, pues entonces ¿qué importa? —exclamó—. Digamos que lo pierdo, digamos que vuelvo a caer en la pobreza, ¿seguirá una parte de mí, la peor, dominando hasta el final a la mejor? El mal y el bien corren por mí fuertes, jalándome en ambas direcciones; no amo una de las cosas, las amo todas. Puedo concebir grandes hechos, renunciaciones, martirios; y aunque haya caído en un crimen tal como el asesinato, no es la piedad extraña a mis pensamientos. Siento piedad de los pobres, pues ¿quién mejor que yo conoce sus aflicciones? Siento piedad por ellos y los ayudo; aprecio el amor, amo las risas honestas; no hay en la tierra cosa buena o verdadera que no ame desde el fondo de mi corazón. ¿Habrán mis vicios de dirigir mi vida y mis virtudes carecer de eficacia, como una carga pasiva que tuviera en la mente? No. También la bondad es fuente de acciones.

El visitante levantó un dedo.

—He observado que en los treinta y seis años que lleva en este mundo —dijo—, a través de muchos cambios de fortuna y muchas variaciones de temperamento, su caída ha sido constante. Hace quince años lo hubiera sobresaltado un robo. Hace tres, hubiera palidecido ante la mención de la palabra asesinato. ¿Hay algún crimen, alguna crueldad vil, ante el cual todavía retroceda? ¿Dentro de cinco años lo sorprenderé en ese hecho! Su camino señala hacia abajo, siempre hacia abajo, y nada sino la muerte puede detenerlo.

—Cierto —dijo Markheim roncamente—, en alguna medida he obedecido al mal. Pero así ocurre con todos; los santos mismos, en el mero ejercicio de vivir, se vuelven menos refinados y adoptan el tono de su circunstancia.

—Le haré una pregunta sencilla —dijo el otro—. Mientras responde, le presentaré su horóscopo verbal. En muchas cosas se ha vuelto más laxo; tal vez tenga razón en ser así; de cualquier manera, ocurre lo mismo con todos los hombres. Pero,

concedido eso, ¿es usted en cualquier aspecto particular, no importa cuán insignificante, más difícil de satisfacer en su conducta, o en todas las cosas se conduce con rienda más suelta?

—¿Cualquiera? —repitió Markheim, con pensamiento angustiado—. ¡No —agregó con desesperación—, en ninguno! En todos he ido cayendo.

—Entonces —dijo el visitante—, conténtese con lo que es, pues nunca cambiará. Y las palabras expresadas por usted en esta etapa han quedado irrevocablemente escritas.

Markheim estuvo callado por un largo tiempo y, a decir verdad, fue el visitante quien rompió el silencio:

—Estando las cosas así —preguntó—, ¿le mostraré dónde se encuentra el dinero? —¿No hay gracia? —preguntó Markheim.

—¿No hizo el intento ya? —replicó el otro—. Hace dos o tres años, ¿no lo vi en el estrado de las reuniones religiosas, su voz la más sonora en el canto de los himnos?

—Es verdad —dijo Markheim—, y ahora veo con claridad cuál es el deber pendiente. Desde el fondo de mi alma le agradezco esas lecciones. He abierto los ojos y, por fin, me veo tal como soy.

En ese momento, la nota aguda del timbre sonó por toda la casa. El visitante, como si fuera ésta una señal concertada de antemano, que hubiera estado esperando, cambió al punto de comportamiento.

—¡La sirvienta! —gritó—. Ha regresado, como se lo advertí, y ahora queda ante usted un trozo de camino más difícil. Debe decirle que su amo se siente mal; déjela entrar con rostro firme, pero serio; nada de sonrisas, no sobreactúe ¡y le prometo que tendrá éxito! Una vez que la chica esté dentro, la misma destreza que le sirvió para deshacerse del anticuario eliminará este último obstáculo en su salida. De ahí en adelante, tendrá toda la tarde, toda la noche de ser necesario, para saquear los tesoros de la casa y asegurar la huida. Es una ayuda que viene disfrazada de peligro. ¡Arriba! —gritó—. ¡Arriba, amigo mío, que su vida está en la balanza! ¡Arriba, a actuar!

Markheim miró fijamente a su consejero.

—Si estoy condenado a realizar actos malignos —dijo—, queda abierta una puerta de libertad: dejar de actuar. Si mi vida es algo dañino, puedo entregarla. Aunque me encuentre, como acertadamente dice usted, presto a toda tentación menuda, puedo aún, con un gesto decisivo, ponerme fuera de su alcance. Mi amor por el bien está condenado a la esterilidad, ¡así sea! Pero sigo conservando mi odio por el mal y, de allí, para amarga decepción de usted, verá que saco energía y valor.

Los rasgos del visitante comenzaron a mostrar un cambio maravilloso y bello: brillaron y se suavizaron en son de tierno triunfo y, a la vez que se iluminaban, se atenuaban y borrraban. Pero Markheim no esperó a observar o comprender la transformación. Tras abrir la puerta, bajó las escaleras muy lentamente, hundido en

pensamientos. Ante él pasó sobriamente su pasado y lo miró tal y como era: feo y tenaz cual un sueño, impredecible como la muerte en una reyerta, una escena de derrota. La vida, cuando así la miraba, no lo tentaba más; pero al otro lado percibía un puerto tranquilo para su barca. Se detuvo en el pasillo y miró dentro de la tienda, donde la bujía aún ardía junto al cadáver. Había un silencio extraño. Mientras miraba al anticuario, en su mente pulularon pensamientos sobre él. Y entonces el timbre irrumpió una vez más con sonar impaciente.

En el umbral se enfrentó a la sirvienta con algo parecido a una sonrisa:

—Es mejor que busque a la policía —dijo—. He matado a su amo.

## Olalla

—Sí —dijo el anticuario—, nuestras ganancias inesperadas son de varios tipos. Algunos clientes son ignorantes, y entonces los dividendos vienen de mis conocimientos superiores. Otros carecen de honradez —aquí mantuvo en alto la vela de modo que la luz cayera directamente sobre el visitante— y, en ese caso —continuó—, saco provecho de mi virtud.

Markheim acababa de entrar, dejando atrás las calles iluminadas por la luz del día; sus ojos no se habían acostumbrado aún a la mezcla de claridad y negrura que había en la tienda. Ante aquellas palabras filosas, y debido a la cercana presencia de la llama, parpadeó penosamente y desvió a un lado la vista.

El anticuario rio entre dientes.

—Viene a verme en navidad —prosiguió—, cuando sabe que estoy solo en casa, que he cerrado los postigos y decidido rehusarme a todo negocio. Pues bien, tendrá que pagarlo; tendrá que pagar mi pérdida de tiempo, pues debería estar dedicado al balance de mis libros. Tendrá que pagar, además, por un tipo de comportamiento que hoy noto muy preponderante en usted. Soy la esencia misma de la discreción, y nunca hago preguntas molestas; pero cuando un cliente es incapaz de mirarme a los ojos, tiene que pagar por ello —el anticuario rio entre dientes una vez más. Luego, volvió a la voz que usaba para negociar, aunque conservando una nota de ironía—. Como siempre, podrá usted explicar claramente cómo vino el objeto a su poder ¿verdad? —continuó—. ¿El gabinete de su tío todavía? ¡Un coleccionista muy notable, señor mío!

Y el pálido y pequeño anticuario de hombros caídos se puso casi de puntillas, mirando por encima de sus anteojos de oro y moviendo la cabeza de arriba abajo con plenas muestras de incredulidad. Markheim devolvió aquella mirada con otra de piedad infinita, en la que había un toque de horror.

—Esta vez —dijo— se equivoca. No he venido a vender, sino a comprar. No tengo ningún objeto curioso que ofrecer; el gabinete de mi tío está vacío hasta el último anaquel. Pero incluso aunque estuviera intacto, me ha ido bien en la bolsa de valores, y muy probablemente lo enriquecería y no lo contrario. Mi propósito hoy es de lo más sencillo. Busco un regalo de navidad para una dama —continuó, ganando en fluidez mientras pasaba al discurso que había preparado—. Desde luego, le debo toda clase de disculpas por así molestarlo, tratándose de un asunto tan menudo. Pero ayer me olvidé del caso y hoy, a la comida, debo presentar mi pequeño obsequio. Como usted bien sabe, no es cuestión de descuidar un casamiento ventajoso.

Vino una pausa, durante la cual el anticuario pareció sopesar con incredulidad lo anunciado. Llenaron aquel intervalo de silencio el tictac de muchos relojes

colocados entre el curioso amontonamiento de la tienda, y el leve paso de los coches de punto por una calle cercana.

—Bien, señor —dijo el anticuario—, así sea. Después de todo, es usted un viejo cliente. Y si, como afirma, tiene la oportunidad de un buen matrimonio, lejos esté de mí el volverme un obstáculo. He aquí un bello objeto para una dama —continuó—, este espejo de mano...siglo XV garantizado. Viene, además, de una buena colección. Me reservo el nombre en bien de mi cliente que era, justo como usted, mi querido señor, sobrino y heredero único de un coleccionista notable.

El anticuario, mientras así hablaba con su voz seca y mordiente, se había agachado para tomar de su lugar el objeto. Mientras hacía esto, un sacudimiento pasó por Markheim; un movimiento a la vez de las manos y de los pies, una aparición súbita en el rostro de muchas pasiones tumultuosas. Se fue tan rápido como había venido, no dejando más huella que un ligero temblor de la mano que en ese momento recibía el espejo.

—Un espejo —dijo roncamente; hizo una pausa entonces y repitió con mayor claridad—. ¿Un espejo? ¿Para navidad? De seguro que no.

—¿Y por qué no? —exclamó el anticuario—. ¿Por qué no un espejo?

Markheim lo miraba con una expresión indefinible.

—¿Me pregunta por qué no? —dijo—. ¡Pero mire... mire en él... mírese! ¿Le gusta lo que ve? ¡No! Y a mí tampoco, y a ningún hombre.

El hombrecito había retrocedido de un salto cuando Markheim, de modo tan súbito, lo enfrentó al espejo; pero ahora, al comprender que nada peor que aquello se intentaba, rio entre dientes:

—Su futura esposa, señor, debe estar extrañamente favorecida —dijo.

—Le pido —contestó Markheim— un regalo de navidad y me ofrece esto... ¡este maldito recordatorio de los años, de los pecados y de las locuras, esta conciencia puesta en la mano! ¿Lo dijo en serio? ¿Lo pensó bien? Dígamelo. Será mejor si lo hace. Vamos hableme de usted. Me atreveré ahora a afirmar lo siguiente: que, en el fondo, es usted un hombre muy caritativo.

El anticuario miró fijamente a su acompañante. Era muy extraño: Markheim no parecía reír; había en su rostro algo así como una ansiosa chispa de esperanza, pero nada de alegría.

—¿A dónde quiere llegar? —preguntó el anticuario.

—¿No es caritativo? —respondió el otro, tenebrosamente—. No es caritativo, no es pío, no es escrupuloso; no ama, no es amado... la mano para obtener dinero y una caja fuerte para guardarlo. ¿Es eso todo? Por el amor de Dios, señor mío, ¿es eso todo?

—Le diré de qué se trata —comenzó el anticuario con cierta aspereza, para romper una vez más en una risa entre dientes—. Pero veo que éste es para usted un compromiso de amor, y que ha estado bebiendo a la salud de la dama.

—¡Ah! —exclamó Markheim, lleno de una curiosidad extraña—. ¡Ah! ¿Estuvo alguna vez enamorado? Hábleme de ello.

—¡Enamorado! —exclamó el anticuario—. ¡Enamorado yo! Jamás tuve tiempo, ni lo tengo hoy para todas estas tonterías. ¿Quiere el espejo?

—¿Qué prisa hay? —replicó Markheim—. Es muy agradable estar aquí platicando. La vida es tan corta e insegura que no me apresuraría nunca a alejarme de ningún placer; ni siquiera de uno tan moderado como éste. Más bien debíamos asirnos, asirnos a lo poco que nos es dado obtener, como se aferra un hombre al borde de un precipicio. Si bien lo piensa, cada segundo es un precipicio, un precipicio de una milla de profundidad, lo bastante hondo para que, si caemos en él, perdamos todo rasgo humano. Por ello, es mejor platicar placenteramente. Hablémonos. ¿Por qué llevar esta máscara? Volvámonos confidente uno del otro. ¿Quién lo sabe? Tal vez termináramos amigos.

—No tengo sino una cosa que decirle —respondió el anticuario—, o efectúa la compra o abandona mi tienda.

—Cierto, cierto —dijo Markheim—. Basta de tonterías. Vayamos al negocio. Muéstreme algo más.

El anticuario volvió a agacharse, esta vez para colocar el espejo en el estante; su escaso pelo rubio le cayó por encima de los ojos al hacerlo. Markheim se acercó un poco, una de las manos en el bolsillo de su gabán. Se irguió, llenándose los pulmones de aire. Al mismo tiempo, en su rostro se dibujaban muchas emociones diferentes: terror, horror, resolución, fascinación y una repugnancia física. A través de un gesto desfigurado de su labio superior, sus dientes quedaron a la vista.

—Tal vez esto sirva —observó el anticuario.

Y entonces, cuando comenzaba a levantarse, Markheim saltó desde atrás sobre su víctima. La delgada y larga daga brilló al caer. El anticuario luchaba como una gallina; se golpeó la sien con el estante y, en seguida, cayó sobre el piso en un montón.

El tiempo tenía una veintena de vocecillas en aquella tienda, algunas majestuosas y lentas, como correspondía a su considerable edad; otras parlanchinas y presurosas. Todas ellas contaban los segundos en un intrincado coro de tictacs. Entonces el paso de los pies de un muchacho, que corría sonoramente por el pavimento, irrumpió en medio de aquellas voces menos fuertes e hizo que, con un sobresalto, Markheim tuviera conciencia de sus alrededores. Miró en derredor con horror. La vela estaba sobre el mostrador, y la llama oscilaba solemne debido a una corriente. A causa de ese movimiento mínimo, toda la habitación estaba llena de un bullicio silencioso y no cesaba de subir y bajar como un océano: las altas sombras asentían, las grandes manchas de oscuridad se hinchaban y encogían como si respiraran, los rostros de los retratos y los dioses de porcelana cambiaban y ondulaban como imágenes en el agua. La puerta interior permanecía entreabierta y

figsaba en aquella confederación de sombras con una larga hendedura de luz diurna que parecía un dedo señalador.

Los ojos de Markheim volvieron de esos vagabundeos ceñidos por el miedo al cuerpo de la víctima, allí donde yacía a la vez encorvado y tendido, increíblemente pequeño y extrañamente más insignificante que en vida. Vestido con aquellas ropas pobres y avarientas, en aquella actitud desgarrada, el anticuario parecía un montón de aserrín. Markheim había tenido miedo de verlo y he aquí que nada era. Y sin embargo, mientras lo miraba, ese hato de ropa vieja y ese charco de sangre comenzaron a encontrar voces elocuentes. Allí debía quedar. Nadie había que diera movimiento a los hábiles goznes o dirigiera el milagro de la locomoción. Allí debía quedar hasta que lo encontraran. ¿Que lo encontraran? ¡Sí! ¿Y entonces? Entonces esa carne muerta lanzaría un grito que resonaría por toda Inglaterra, para luego llenar el mundo con los ecos de la persecución. Sí, muerto o no, aquél seguía siendo el enemigo. "El tiempo lo fue cuando el cerebro no funcionaba", pensó. Y la segunda palabra se le introdujo en la mente. El tiempo, ahora que el hecho estaba consumado; el tiempo, ya concluido para la víctima, se había vuelto perentorio e importante para el asesino.

Tenía aún en la mente aquel pensamiento cuando, primero uno y después otro, con toda posible variedad de ritmos y voces —uno profundo como la campana de una torre de catedral, otro haciendo sonar en sus notas agudas el preludio de un vals —, los relojes comenzaron a anunciar las tres de la tarde.

La súbita irrupción de tantas lenguas en aquella cámara muda lo aturdió. Comenzó a moverse, yendo de un lugar a otro con la vela, acosado por las sombras movientes, sobresaltado hasta el alma por la aparición casual de reflejos. Vio en muchos espejos suntuosos, algunos de diseño inglés, otros hechos en Venecia o Amsterdam, cómo su rostro se repetía y se repetía como si fuera un ejército de espías; tropezaba con sus propios ojos, que lo perseguían; y el sonido de sus propios pasos, leve como sonaba, turbaba la quietud circundante. Y mientras continuaba llenándose los bolsillos, su mente lo acusaba, con iteración nauseabunda, de las mil fallas presentes en su plan. Debió elegir una hora más tranquila; debió preparar una coartada; no debió usar un cuchillo; debió ser más cauteloso y únicamente atar y amordazar al anticuario, sin matarlo; debió mostrarse más atrevido y haber matado también a la sirvienta; debió hacerlo todo de otra manera. Arrepentimientos punzantes, un afán continuo y fatigoso de la mente para cambiar lo inalterable, para planear lo que era ya inútil, para ser arquitecto de un pasado irrevocable. Mientras tanto, y por debajo de toda actividad, terrores bestiales, como el escabullirse de ratas en un ático desierto, le llenaban de tumultos las cámaras más remotas del cerebro. La mano del alguacil caería pesadamente sobre su hombro, y sus nervios saltarían como un pez atrapado; o bien veía, en un transcurrir galopante, el banquillo de los acusados, la prisión, la horca y el negro ataúd.



El terror a la gente que pasaba por la calle aparecía ante su mente como un ejército sitiador. Era imposible, pensó, que algún rumor de la lucha no hubiera llegado a sus oídos, despertándoles la curiosidad. Y en ese momento, en todas las casas vecinas, los adivinó sentados en silencio, con el oído presto: gente solitaria, condenada a pasar la navidad con el solo acompañamiento de memorias venidas del pasado, con un sobresalto sacadas de ese tierno ejercicio; felices fiestas familiares, quedadas en silencio alrededor de la mesa, la madre con el dedo aún levantado: toda condición y edad y disposición, y todos, desde el corazón mismo, husmeando y escuchando y tejiendo la cuerda con que lo ahorcarían. A veces le parecía imposible moverse con la debida suavidad; el tintineo de las elevadas copas de Bohemia sonaba como una campana; alarmado por la sonoridad de los tictacs, estuvo tentado de detener los relojes. Y entonces, una vez más, con una rápida transición en la índole de sus terrores, el silencio mismo del lugar le pareció una fuente de peligros, algo que golpearía y congelaría a los transeúntes. Y pisaba con mayor decisión, y se movía ruidoso entre los objetos de la tienda e imitaba, con baladronada muy premeditada, los movimientos de un hombre ocupado que, sin preocupaciones, andaba por su casa.

Pero se encontraba ya tan exigido por las diferentes alarmas que, estando una parte de su mente alerta y sagaz, otra temblaba en el borde mismo de la locura. Una alucinación en especial se asió con firmeza a su credulidad. El vecino que, el blanco rostro pegado a la ventana, escuchaba; el transeúnte detenido, por una suposición horrible, en la acera; podían, en el peor de los casos, sospechar, pero no saber. Sólo el sonido penetraba por las paredes de ladrillo y las ventanas cerradas. Pero aquí, en la casa, ¿estaba solo? Sabía que sí. Había visto a la sirvienta con aire de cortejo, vestida con lo mejor de su humilde ropa, diciendo en cada listón y en cada sonrisa "es mi día libre". Sí, estaba solo, desde luego. Y pese a ello, en el cuerpo de aquella casa vacía que estaba encima de él ¿no escuchaba con toda seguridad el rumor de un pisar delicado? Estaba consciente, inexplicablemente consciente de alguna presencia. Ah, era seguro. Su imaginación lo seguía por cada habitación y cada rincón de la casa; y ahora era una cosa sin rostro, pero con ojos para ver; y ahora una sombra de sí mismo; y ahora vuelve a contemplar la imagen del anticuario muerto, que de nuevo respira con astucia y odio.

A veces, con un esfuerzo enorme, miraba la puerta abierta, que parecía seguir rechazando sus ojos. La casa era de cielo raso elevado, el tragaluz pequeño y sucio, y el día ciego a causa de la niebla. La luz que se filtraba hasta la planta baja era sumamente débil, y se la veía borrosa en el umbral de la tienda. Y sin embargo, en esa franja de luminosidad dudosa, ¿no oscilaba a la espera una sombra?

De pronto, en la calle, un caballero muy jovial comenzó a golpear la puerta con su bastón, acompañando los golpes con gritos y chocarrerías, en los cuales continuamente se llamaba por su nombre al anticuario. Markheim, vuelto de hielo, echó una mirada al muerto. Pero no, seguía del todo inmóvil: había huido lejos,

mucho más allá de donde podía escuchar esos golpes y esos gritos; estaba hundido bajo mares de silencio; y su nombre, que en otras ocasiones habría atraído su atención hasta en el rugir de una tormenta, se había convertido en un sonido hueco. Y al poco tiempo el caballero jovial desistió de sus llamados y partió.

He aquí una insinuación clara de que se apresurara a cumplir lo aún pendiente, que se alejara de aquel barrio acusador, que se sumergiera en un baño de multitudes londinenses y alcanzara, al otro lado del día, ese abrigo de seguridad y de supuesta inocencia: su lecho. Un visitante había venido. Otro pudiera imitarlo en cualquier momento, mostrándose más obstinado. Sería un fracaso demasiado aborrecible haber llevado a cabo el hecho y no cosechar las ganancias. El dinero, ésa era ahora la preocupación de Markheim; y como medio para obtenerlo, las llaves.

Miró por encima del hombro la puerta abierta, donde la sombra seguía aguardando y temblando. Sin ninguna repugnancia consciente en la cabeza, y sin embargo con un temblor en el vientre, se acercó al cuerpo de la víctima. Todo rasgo humano había desaparecido. Como un traje a mitades lleno de salvado, por el piso estaban desperdigados los miembros y el tronco doblado. Y sin embargo, aquella cosa le repelía. Aunque tan deslucida y nimia para el ojo, pudiera ser de más peso para el tacto. Tomó el cuerpo por los hombros y lo puso de espaldas. Se lo sentía extrañamente ligero y manejable; los miembros, como si estuvieran rotos, adoptaban las posturas más singulares. Habían robado al rostro toda expresión; pero estaba tan pálido como la cera, y horriblemente embarrado de sangre en una de las sienes. Ésa era, para Markheim, la única circunstancia desagradable. Lo hacía volver, de inmediato, a un cierto día hermoso en una aldea de pescadores: un día gris, de viento sonoro, con una multitud en la calle, y el sonar de cornetas, el resonar de tambores, la voz nasal de una baladista; y un muchachillo que, hundido de cabeza en la multitud y a medias dividido entre el interés y el miedo, iba y venía hasta que, llegado al principal lugar de reunión, vio una caseta y un telón lleno de imágenes, tristemente dibujadas y coloreadas con mal gusto: Brownrigg con su aprendiz, los Manning con su huésped asesinado, Weare en el apretón de muerte de Thurtell y una veintena más de crímenes famosos. Aquello era tan claro como una ilusión; volvió a ser aquel muchachillo; veía una vez más, y con la misma sensación de rechazo físico, los viles cuadros; aún estaba aturdido por el golpear de los tambores. A su memoria vino un compás de la música oída aquel día; y con ello, por primera vez, sufrió un remordimiento de conciencia, un golpe de náusea, una súbita debilidad en las rodillas, que de inmediato debió resistir y superar.

Juzgó más prudente enfrentarse a esas consideraciones que huir de ellas; mirar con mayor firmeza la cara del muerto, haciendo que su mente comprendiera la naturaleza y la magnitud del crimen. Muy poco antes aquel rostro se había movido con todo cambio de sentimiento, aquella boca pálida había hablado, aquel cuerpo había estado ardiendo con energías gobernables; y ahora, debido a un acto suyo, ese trozo de vida se había detenido como cuando un relojero, con dedo intruso, detiene

el ritmo de un reloj. Así razonó en vano; le fue imposible alcanzar mayor arrepentimiento en su conciencia; ese corazón que antes había temblado ante crímenes pintados en imágenes, miraba a la realidad sin conmoverse. Si acaso, sentía un asomo de piedad por quien estuvo dotado, en vano, con todas esas facultades que hacen del mundo un jardín de encantamientos; alguien que jamás había vivido y que ahora estaba muerto. Pero de contrición nada, ni una vibración.

Así, librándose de aquellas consideraciones, tomó las llaves y se dirigió a la puerta abierta de la tienda. Afuera había comenzado a llover con fuerza; el sonido del aguacero sobre el tejado había desvanecido el silencio. Como si fuera una caverna rezumante, las cámaras de la casa estaban rondadas por ecos incesantes, que llenaban el oído y se mezclaban al tictac de los relojes. Y, según se acercaba Markheim a la puerta, creyó escuchar, como en respuesta a su cauteloso andar, los pasos de otros pies que se retiraban escalera arriba. La sombra seguía palpitando vagamente en el umbral. Puso en sus músculos una tonelada de resolución y tiró de la puerta.

La débil y neblinosa luz del día brilló levemente en el piso desnudo y en las escaleras; en la brillante armadura situada, alabarda en mano, en el descanso; en los oscuros tallados de la madera y en los cuadros que colgaban sobre los paneles amarillos del muro. Tan sonoro era el batir de la lluvia en toda la casa que, a oídos de Markheim, comenzó a separarse en muchos sonidos diferentes. Pisadas y suspiros, el paso de regimientos en marcha a la distancia, el tintineo de monedas en el mostrador y el rechinido de puertas abiertas furtivamente parecían mezclarse con el repiqueteo de las gotas en la cúpula y el precipitarse del agua por los caños. La sensación de no estar solo creció en él hasta el borde mismo de la locura. Presencias lo acosaban y cercaban desde todos los lados. Las oía moverse en las habitaciones superiores; oía que en la tienda, el muerto se ponía de pie; y según comenzaba, con grandes esfuerzos, a subir la escalera, había pies que huían quedamente delante de él y que a sus espaldas lo seguían con aire furtivo. ¡Si estuviera sordo, pensó, con cuánta tranquilidad dominaría mi espíritu! Y una vez más entonces, escuchando con atención renovada, se bendijo de tener aquella sensación de intranquilidad que cuidaba de las avanzadas y era centinela confiable de su vida. Su cabeza giraba continuamente sobre el cuello y sus ojos, que parecían salirse de las órbitas, exploraban todos los lados, y en todos los lados eran recompensados a medias por el último asomo de algo imprecisable que se desvanecía. Los veinticuatro escalones hasta el primer piso fueron veinticuatro agonías.

En el primer piso las puertas estaban entornadas; tres de ellas parecían tres emboscadas, que le sacudían los nervios como las bocas de unos cañones. Nunca más, sintió, estaría suficientemente defendido y fortificado contra los observadores ojos de los hombres; ansiaba estar en casa, rodeado de muros, enterrado en su cama, invisible a todos menos a Dios. Ante aquel pensamiento titubeó un poco, recordando relatos de otros asesinos y los miedos que, se decía, tenían de una venganza divina.

Eso, al menos, no ocurría con él. Temía las leyes de la naturaleza que, con sus procedimientos insensibles e inmutables, pudieran conservar alguna prueba condenatoria de su crimen. Temía, diez veces más, con un terror esclavizante y supersticioso, alguna escisión en la continuidad de la experiencia humana, alguna ilegalidad caprichosa de la naturaleza. Se dedicaba él a un juego de habilidades, en el cual dependía de las reglas y calculaba las consecuencias a partir de las causas. ¿Y si la naturaleza, como aquel tirano derrotado que tiró al suelo el tablero de ajedrez, rompiera el molde de su encadenamiento? Aquello mismo había sucedido a Napoleón (dicen los escritores) cuando el invierno cambió la fecha en que aparecía. Lo mismo pudiera ocurrirle a Markheim: los sólidos muros hacerse transparentes y revelar los actos de él como los de las abejas en una colmena; los gruesos tablones ceder bajo sus pies como arenas movedizas, inmovilizándolo en sus garras; sí, y había posibilidades más sombrías: por ejemplo, que la casa se derrumbara y lo apresara junto al cuerpo de la víctima; o que la casa vecina se incendiara y los bomberos lo rodearan por todos sitios. Temía estas cosas; y, en cierto sentido, podría llamárselas las manos de Dios, extendidas para luchar contra el pecado. Pero respecto a Dios mismo, estaba tranquilo. Sin duda que el acto cometido era excepcional, pero también lo eran las razones para cometerlo, que Dios conocía. Era allí, y no entre los hombres, que sentía la seguridad de recibir justicia.

Cuando se vio a salvo en la sala, después de haber cerrado la puerta tras sí, se dio cuenta de que se sentía libre de alarmas por un tiempo. La habitación estaba desmantelada, aparte de no tener alfombra, y llena con cajas de empaque y muebles incongruentes; había varios espejos de cuerpo entero, en los cuales se veía desde distintos ángulos, como un actor en la escena; había muchos cuadros, con y sin marco, el frente hacia la pared; había un fino aparador estilo Sheraton, un gabinete de marquetería y una enorme y vieja cama, resguardada por tapices. Las ventanas daban al exterior; para gran fortuna de él, la parte inferior de las contraventanas estaban cerradas, y esto lo ocultaba de los vecinos. Aquí, pues, Markheim puso una caja de embalaje junto al gabinete y comenzó a buscar entre las llaves. Fue un largo proceso, ya que había muchas; además, era tedioso y, después de todo, tal vez nada hubiera en el gabinete, siendo que el tiempo apremiaba. Pero lo exacto de la ocupación lo apaciguó. Con el rabillo del ojo veía la puerta e, incluso, la miraba de frente de vez en cuando, como un comandante sitiado que verifica el buen estado de sus defensas. Pero, en verdad, se encontraba en paz. La lluvia que caía en la calle sonaba de un modo natural y placentero. Al poco tiempo, por otra parte, las notas de un piano despertaron con la música de un himno, y las voces de muchos niños se unieron a la tonada y a las palabras. ¡Cuán majestuosa, cuán consoladora la melodía! ¡Cuán puras esas voces jóvenes! Markheim, sonriente, les prestó oído mientras probaba las llaves; en su mente pululaban ideas e imágenes similares; niños que iban a la iglesia y el resonar del gran órgano; niños en el campo, bañistas a orillas de un arroyo, paseantes de los campos llenos de arbustos, pilotos de cometas en el cielo

ventoso y navegado por nubes; y luego, con otro cambio en la cadencia del himno, de vuelta a la iglesia, a la soñolencia de los domingos de verano, a la voz sonora y suave del párroco (y sonreía ligeramente al recordarlo) y las pintadas tumbas jacobianas, y el borroso mensaje de los diez mandamientos en el presbiterio.

Y mientras así, a la vez ocupado y reminiscente, se encontraba sentado, un sobresalto lo puso de pie. Un relámpago de hielo, un relámpago de fuego, un golpe de sangre pasaron por él; y allí quedó, transfijo y expectante. Pasos subían por la escalera lenta y regularmente, y al poco tiempo una mano se posó en la perilla de la puerta, la cerradura sonó y la puerta se fue abriendo.

El miedo tenía a Markheim en un puño. No sabía qué esperar: el muerto caminando, los oficiales encargados de la justicia humana, algún testigo casual que ciegamente entraba a la habitación para condenarlo a la horca. Pero cuando por la apertura asomó un rostro, echó un vistazo por todo el cuarto, lo miró a él, lo saludó y sonrió, como en amistoso reconocimiento, y luego desapareció, cerrando la puerta tras sí, con un grito ronco el miedo se liberó de todo control. Ante aquel sonido, el visitante regresó.

—¿Me llamó? —preguntó con tono amable.

Y diciendo esto, entró en la habitación y cerró tras sí la puerta.

Markheim, inmóvil, lo miraba con toda su fuerza. Tal vez hubiera una película frente a sus ojos, pues el contorno del recién llegado parecía cambiar y oscilar como el de los ídolos a la luz temblorosa de la tienda; en ocasiones le parecía conocerlo; en ocasiones le parecía que el otro tenía rasgos en común con él; y siempre, como una masa de terror viviente, en su pecho sentía la convicción de que aquello no era ni de la tierra ni de Dios.

Y pese a todo, la criatura presentaba una extraña apariencia cotidiana mientras, allí de pie, miraba a Markheim con una sonrisa. Y cuando agregó: "Supongo que está buscando el dinero", lo hizo en un tono de cortesía normal.

Markheim no respondió.

—Debo advertirle —prosiguió el otro— que la sirvienta dejó a su novio antes de lo acostumbrado, y pronto estará aquí. Si descubren al señor Markheim en esta casa, innecesario es describirle las consecuencias.

—¿Me conoce? —exclamó el asesino.

El visitante sonrió.

—Hace mucho que es usted uno de mis favoritos —dijo—, y por largo tiempo lo he venido observando y a menudo he procurado ayudarlo.

—¿Quién es usted? —exclamó Markheim—. ¿El diablo?

—Lo que pueda ser —respondió el otro— no influye sobre el servicio que me propongo hacerle.

—¡Puede influir —exclamó Markheim—, influye! ¿Recibir ayuda de usted? ¡No, nunca, nunca de usted! No me conoce aún; ¡gracias a Dios, aún no me conoce!

—Lo conozco —replicó el visitante con una especie de severidad o más bien firmeza amable—. Lo conozco hasta el fondo de su alma.

—¡Que me conoce! —exclamó Markheim—. ¿Quién podría conseguirlo? Mi vida no es sino un disfraz y una denigración de mí mismo. He vivido para defraudar mi naturaleza. Todos los hombres lo hacen. Todos los hombres son mejores que el disfraz que crece alrededor de ellos y los asfixia. Se ve a cada uno de ellos arrastrado por la vida, como un ser a quien algunos bandidos han envuelto en una capa, ahogándole los gritos. Si tuvieran control sobre sí mismos, si pudiéramos verles la cara, serían por completo diferentes, ¡se distinguirían como héroes y santos! Soy peor que la mayoría; mi yo se encuentra más abrumado; sólo Dios y yo conocemos mis razones. Pero, de tener tiempo, podría revelarme.

—¿Ante mí? —preguntó el visitante.

—Ante usted primero que nadie —respondió el asesino—. Lo supuse inteligente. Lo consideré (ya que existe) capaz de leer el corazón. Y sin embargo, ¡pretende juzgarme por mis actos! Piénselo, ¡mis actos! Nací y he vivido en una tierra de gigantes; los gigantes me han arrastrado por las muñecas desde que nací de mi madre; los gigantes de las circunstancias. ¡Y usted me juzgaría por mis actos! Pero, ¿es incapaz de ver dentro de mí? ¿No puede comprender que el mal me es odioso? ¿No alcanza a ver dentro de mí la clara escritura de mi conciencia, jamás borrada por ninguna sofistería caprichosa, aunque demasiado a menudo la haya hecho de lado? ¿No puede ver en mí eso que seguramente debe ser común a la humanidad: un pecador involuntario?

—Todo esto ha sido expresado con mucho sentimiento —fue la respuesta—, pero no me concierne. Esos puntos de apoyo están más allá de mis límites, y nada me interesa qué compulsión pueda haberlo arrastrado, siempre y cuando haya sido en la dirección correcta. Pero el tiempo vuela. La sirvienta se demora porque mira los rostros de la multitud y los retratos en los tableros de avisos, pero aun así se acerca; y recuerde, ¡es como si la horca misma caminara hacia usted a través de las calles navideñas! ¿Quiere que lo ayude? ¿Quiere que lo ayude yo, que lo sé todo? ¿Quiere que le diga dónde encontrar el dinero?

—¿A qué precio? —preguntó Markheim.

—Le ofrezco el servicio como un regalo de navidad —replicó el otro. Markheim no pudo evitar el sonreír con una especie de triunfo amargo.

—No —dijo—, no aceptaré nada de usted. Si estuviera muriendo de sed y fuera su mano la que pusiera el jarro en mis labios, encontraría valor para rechazarlo. Tal vez sea crédulo, pero nada haré para ponerme en poder del mal.

—No tengo objeciones a un arrepentimiento en el lecho de muerte —observó el visitante.

—¡Porque no cree en su eficacia! —exclamó Markheim.

—No he dicho eso —replicó el otro—, pero miro esas cosas desde una perspectiva diferente, y cuando la vida ha concluido, mi interés cesa. El hombre

vivió para servirme, para diseminar opiniones oscuras a socapa de la religión, o para sembrar cizaña, como usted lo hace, en el transcurso de un frágil acatamiento del deseo. Ahora que se acerca tanto a su liberación, sólo un servicio más puede agregar: arrepentirse, morir sonriendo y, con ello, aumentar la confianza y la esperanza de los más timoratos de mis seguidores supervivientes. No soy un amo tan duro. Pruébeme. Acepte mi ayuda. Complázcame mientras viva como lo ha hecho hasta ahora; complázcame con mayor generosidad, ocupe con sus codos toda la mesa; y cuando la noche comience a caer y a correrse el telón le diré para consolarlo que encontrará incluso fácil el resolver su lucha contra la conciencia, y el lograr una paz de acatamiento con Dios. Vengo ahora mismo de un lecho de muerte semejante, y la habitación estaba llena de dolientes sinceros, que escuchaban las últimas palabras del hombre; y cuando miré aquel rostro, que a modo de pedernal había sido opuesto a la misericordia, encontré que sonreía con esperanza.

—Y entonces, ¿me supone usted ese tipo de criatura? —preguntó Markheim—. ¿Piensa que no tengo aspiración más generosa que pecar y pecar y pecar para, finalmente, colarme en el cielo? Mi corazón se rebela ante tales pensamientos. ¿Es ésta, entonces, la experiencia que ha tenido con la humanidad? ¿O supone en mí esa bajeza porque me ha descubierto in fraganti? ¿Es este asesinato en verdad tan impío que haya secado las fuentes mismas de la bondad?

—El asesinato no representa a mis ojos una categoría especial —replicó el otro—. Todos los pecados son un asesinato, tal como toda vida es una guerra. Considero a su especie como marinos muertos de hambre sobre una balsa, que arrancan mendrugos de las manos del hambre y se alimentan de la vida ajena. Sigo a los pecados más allá del momento en que se los comete; en todo encuentro que la muerte es la consecuencia última; a mis ojos, la hermosa doncella que engaña a su madre con gracias seductoras respecto a un baile, no menos visiblemente muestra el gotear de la sangre humana que un asesino como usted. ¿Dije que sigo los pecados? También las virtudes. No se diferencian ni por el grueso de una uña, pues ambos son guadañas para el ángel cosechador de la muerte. El mal, para el cual vivo, no consiste en un acto, sino en el carácter. Me es querido el hombre malo, no el acto malvado cuyos frutos, si pudiéramos seguirlos lo bastante lejos en la impetuosa catarata de las edades, bien pudieran resultar más bien aventurados que los de las virtudes más exquisitas. Y no le ofrezco favorecer su escape porque haya asesinado a un anticuario, sino porque es Markheim.

—Abriré mi corazón ante usted —respondió Markheim—. Este crimen en que me ha sorprendido será el último para mí. En el camino he aprendido muchas lecciones; él mismo es una lección, una lección de peso. Hasta el presente me encaminaba con repugnancia a lo que no debía hacer; era esclavo de la pobreza, esclavo obligado y castigado con dureza. Hay virtudes robustas que pueden resistir esas tentaciones; no la mía. Tengo sed de placer. Pero hoy, de este acto, derivo advertencia y riquezas; tanto el poder como una resolución renovada de ser yo

mismo. En todas las cosas seré un actor libre en el mundo; comienzo a verme como un ser cambiado, las manos agentes de la bondad y el corazón en paz. Algo viene a mí desde el pasado; algo en lo que he soñado los domingos al anochecer cuando escucho el órgano de la iglesia, que he predicho cuando derramo lágrimas sobre los libros nobles, o de lo que hablé, siendo un niño inocente, con mi madre. He ahí mi vida. Me extravié por unos años, pero ahora veo, una vez más, la ciudad de mi destino.

—Supongo que piensa emplear este dinero en la bolsa de valores —subrayó el visitante—. Y, si no me equivoco, ya perdió en ella algunos miles.

—Ah —dijo Markheim—, pero en esta ocasión tengo algo seguro.

—Esta vez, de nuevo, perderá usted —replicó el visitante con suavidad.

—¡Ah, pero guardaré la mitad! —gritó Markheim. —También la perderá —dijo el otro.

En la frente de Markheim comenzó a brotar sudor.

—Bien, pues entonces ¿qué importa? —exclamó—. Digamos que lo pierdo, digamos que vuelvo a caer en la pobreza, ¿seguirá una parte de mí, la peor, dominando hasta el final a la mejor? El mal y el bien corren por mí fuertes, jalándome en ambas direcciones; no amo una de las cosas, las amo todas. Puedo concebir grandes hechos, renunciaciones, martirios; y aunque haya caído en un crimen tal como el asesinato, no es la piedad extraña a mis pensamientos. Siento piedad de los pobres, pues ¿quién mejor que yo conoce sus aflicciones? Siento piedad por ellos y los ayudo; aprecio el amor, amo las risas honestas; no hay en la tierra cosa buena o verdadera que no ame desde el fondo de mi corazón. ¿Habrán mis vicios de dirigir mi vida y mis virtudes carecer de eficacia, como una carga pasiva que tuviera en la mente? No. También la bondad es fuente de acciones.

El visitante levantó un dedo.

—He observado que en los treinta y seis años que lleva en este mundo —dijo—, a través de muchos cambios de fortuna y muchas variaciones de temperamento, su caída ha sido constante. Hace quince años lo hubiera sobresaltado un robo. Hace tres, hubiera palidecido ante la mención de la palabra asesinato. ¿Hay algún crimen, alguna crueldad vil, ante el cual todavía retroceda? ¿Dentro de cinco años lo sorprenderé en ese hecho! Su camino señala hacia abajo, siempre hacia abajo, y nada sino la muerte puede detenerlo.

—Cierto —dijo Markheim roncamente—, en alguna medida he obedecido al mal. Pero así ocurre con todos; los santos mismos, en el mero ejercicio de vivir, se vuelven menos refinados y adoptan el tono de su circunstancia.

—Le haré una pregunta sencilla —dijo el otro—. Mientras responde, le presentaré su horóscopo verbal. En muchas cosas se ha vuelto más laxo; tal vez tenga razón en ser así; de cualquier manera, ocurre lo mismo con todos los hombres. Pero, concedido eso, ¿es usted en cualquier aspecto particular, no importa cuán



insignificante, más difícil de satisfacer en su conducta, o en todas las cosas se conduce con rienda más suelta?

—¿Cualquiera? —repitió Markheim, con pensamiento angustiado—. ¡No —agregó con desesperación—, en ninguno! En todos he ido cayendo.

—Entonces —dijo el visitante—, conténtese con lo que es, pues nunca cambiará. Y las palabras expresadas por usted en esta etapa han quedado irrevocablemente escritas.

Markheim estuvo callado por un largo tiempo y, a decir verdad, fue el visitante quien rompió el silencio:

—Estando las cosas así —preguntó—, ¿le mostraré dónde se encuentra el dinero? —¿No hay gracia? —preguntó Markheim.

—¿No hizo el intento ya? —replicó el otro—. Hace dos o tres años, ¿no lo vi en el estrado de las reuniones religiosas, su voz la más sonora en el canto de los himnos?

—Es verdad —dijo Markheim—, y ahora veo con claridad cuál es el deber pendiente. Desde el fondo de mi alma le agradezco esas lecciones. He abierto los ojos y, por fin, me veo tal como soy.

En ese momento, la nota aguda del timbre sonó por toda la casa. El visitante, como si fuera ésta una señal concertada de antemano, que hubiera estado esperando, cambió al punto de comportamiento.

—¡La sirvienta! —gritó—. Ha regresado, como se lo advertí, y ahora queda ante usted un trozo de camino más difícil. Debe decirle que su amo se siente mal; déjela entrar con rostro firme, pero serio; nada de sonrisas, no sobreactúe ¡y le prometo que tendrá éxito! Una vez que la chica esté dentro, la misma destreza que le sirvió para deshacerse del anticuario eliminará este último obstáculo en su salida. De ahí en adelante, tendrá toda la tarde, toda la noche de ser necesario, para saquear los tesoros de la casa y asegurar la huida. Es una ayuda que viene disfrazada de peligro. ¡Arriba! —gritó—. ¡Arriba, amigo mío, que su vida está en la balanza! ¡Arriba, a actuar!

Markheim miró fijamente a su consejero.

—Si estoy condenado a realizar actos malignos —dijo—, queda abierta una puerta de libertad: dejar de actuar. Si mi vida es algo dañino, puedo entregarla. Aunque me encuentre, como acertadamente dice usted, presto a toda tentación menuda, puedo aún, con un gesto decisivo, ponerme fuera de su alcance. Mi amor por el bien está condenado a la esterilidad, ¡así sea! Pero sigo conservando mi odio por el mal y, de allí, para amarga decepción de usted, verá que saco energía y valor.

Los rasgos del visitante comenzaron a mostrar un cambio maravilloso y bello: brillaron y se suavizaron en son de tierno triunfo y, a la vez que se iluminaban, se atenuaban y borrraban. Pero Markheim no esperó a observar o comprender la transformación. Tras abrir la puerta, bajó las escaleras muy lentamente, hundido en pensamientos. Ante él pasó sobriamente su pasado y lo miró tal y como era: feo y

tenaz cual un sueño, impredecible como la muerte en una reyerta, una escena de derrota. La vida, cuando así la miraba, no lo tentaba más; pero al otro lado percibía un puerto tranquilo para su barca. Se detuvo en el pasillo y miró dentro de la tienda, donde la bujía aún ardía junto al cadáver. Había un silencio extraño. Mientras miraba al anticuario, en su mente pulularon pensamientos sobre él. Y entonces el timbre irrumpió una vez más con sonar impaciente.

En el umbral se enfrentó a la sirvienta con algo parecido a una sonrisa:

—Es mejor que busque a la policía —dijo—. He matado a su amo.